

Historia de Luz

Yvonne González-Báez Luján

Historia de Luz

Yvonne González-Báez Luján

Premios DEMAC 2005-2006



México, 2006

Primera edición, noviembre 2006

Historia de Luz

por

Yvonne González-Báez Luján

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2006, por

Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.

José de Teresa 253,

Col. Campestre

01040, México, D.F.

Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208

Correo electrónico: demaclibros@demac.com.mx

demac@demac.com.mx

Contacto: masajesluz@yahoo.com

www.masajesluz.com

Impreso en México

ISBN 968-6851-62-3

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

ÍNDICE

Capítulo 1	11
Capítulo 2	24
Capítulo 3	29
Capítulo 4	34
Capítulo 5	38
Capítulo 6	41
Capítulo 7	49
Capítulo 8	55
Capítulo 9	59
Capítulo 10	65
Capítulo 11	74
Capítulo 12	77
Capítulo 13	79
Capítulo 14	83

Capítulo 15	89
Capítulo 16	91
Capítulo 17	96
Capítulo 18	103
Capítulo 19	110
Capítulo 20	115
Capítulo 21	118
Capítulo 22	122
Capítulo 23	141
Capítulo 24	143
Capítulo 25	148
Capítulo 26	158
Capítulo 27	162
Epílogo	165

*A mi padre,
Alejandro Antonio González-Báez Cardoso,
en honor a sus 65 años de lucha y tenacidad.*

*A Alex, mi hermano,
por su regalo invaluable,
gracias al cual sigo disfrutando
la vida en plenitud.*

*A todos los que forman parte de Historia de Luz,
por ser quienes han iluminado
—y siguen iluminando— mi existencia.*

AGRADECIMIENTOS

A mi maestra y guía en Amati, Edmée Pardo, y a mis compañeras Charlotte, Esther, Laura, Lily, Margarita y Ruthy, por sus comentarios y sugerencias, así como por llorar, saborear y disfrutar conmigo este escrito durante el taller literario cuyo nombre no podría ser más adecuado: “Narrativa del alma”.

A mi esposo, Alejandro Altamirano, por apoyarme en este proyecto respetando mi tiempo y espacio para escribir.

A Documentación y Estudios de Mujeres, A. C., por el impulso y apoyo que brinda a quienes nos atrevemos a contar nuestra historia.

Gracias a ustedes mi relato de vida toma cuerpo, forma y figura en esta obra.

CAPÍTULO 1

“Todo ha terminado”, dijo mi padre frente al féretro de mi madre el 13 de octubre de 1986. Junto a él estábamos mi hermano Pablo, mi hermana Marisol y yo. Llorábamos. “Todo ha terminado”, repetí mentalmente. Sí, por fin ella descansaba y, para ser franca, también yo.

Terminaba un largo martirio ocasionado por la enfermedad bipolar que mi mamá había padecido durante varios años, era maniaco depresiva. Adiós a aquellos momentos desesperantes en que veía a mi madre tomar hasta perder el sentido y desvariar en público. Adiós a los momentos de vergüenza frente a mis amigas, cuando la encontramos en la recepción de un hotel abrazando a otro tipo. Adiós a aquella ocasión en que, estando yo encargada de ella y de mi hermana, mi madre alcoholizada metió dos hombres a la casa en plena madrugada. Adiós a aquel recuerdo de verla con esos hombres desnudos en la sala. Adiós a los gritos y a la gran inseguridad a la que fui expuesta aquella noche. Adiós a las lágrimas de impotencia ante tal enfermedad. Adiós también a sus momentos de depresión, en los que era prácticamente imposible que se bañara por el pánico que le producía el agua. Adiós a las largas idas y venidas en línea recta en su habitación o pasillo, mordiendo hielo y tronándose los dedos. Adiós a esos sonidos que llegaron a ser estridentes para mis oídos. Adiós a su silencio, a mi miedo, a su distancia.

Divagué en mis recuerdos mientras veía su cuerpo inerte. ¿Dónde, cuándo y cómo había desaparecido esa mujer tan cariñosa, dulce y agraciada que fue mi madre? ¿Qué le había pasado a quien

años atrás había sido la envidia de muchas mujeres por hermosa, buena ama de casa, madre y esposa? Ella, que nos había convertido a mis hermanos y a mí en hijos ejemplares, siempre bien vestidos, educados y atentos... ¿Dónde había quedado esa gran mujer?

Para mí empezó a desaparecer en septiembre de 1980, cuando yo, de doce años, cursaba sexto de primaria. Antes de ese momento no sabía de su enfermedad que, al parecer, llevaba tiempo aquejándola. Cierta día, al regresar de la escuela, no la encontré en casa. En su lugar estaba su hermana, mi tía Lizy, quien pasó la tarde con nosotros y no comentó una palabra sobre el paradero de mi mamá. Como ese día, hubo muchos más, sin su presencia y con las cada vez menos frecuentes visitas de mi tía. Todo seguía siendo un misterio. Así transcurrió casi un largo mes de soledad, sin comprender bien a bien lo que estaba pasando.

Mientras tanto, yo tenía que atender a mi hermana menor y los quehaceres domésticos. De mi papá tampoco sabía mucho, pues con esta nueva dinámica casi no estaba en casa.

Recuerdo que transcurridas tres semanas, entre pláticas sin sentido, finalmente mi papá, muy a la ligera, me comentó: “Tu mamá está en el hospital, en terapia intensiva, porque intentó suicidarse”. ¿Suicidarse? Esa palabra apenas entraba en mi vocabulario. Imposible imaginar lo que significaba, ni la magnitud de tal acontecimiento. Sólo comprendí que mamá estaba grave, pero ¿cómo, por qué y cuándo sucedió? No hubo más respuestas.

No sabía entonces que, lejos de nuestros oídos infantiles y nuestro mundo color de rosa, se apoderaba de ella esta enfermedad. Nunca la había visto deprimida. Generalmente se veía entusiasta, alegre y de buen humor. Cierta que a veces era de personalidad fuerte y otras alegre, pero nunca supuse que eso implicara un estado alterado, inicios de euforia, ni mucho menos delirios de grandeza. Para mí, hasta ese último día que la vi, era la mejor madre, la mujer más elegante, bella y la más atenta del mundo.

¡Por fin llegó el día en que fuimos a recogerla al hospital! Ya había salido de peligro. Nos vestimos como si fuéramos a un bautizo o a un acto social muy importante. Así era como ella nos arreglaba los domingos. Yo llevaba un vestido azul que a ella le gustaba mucho y mi cabello muy bien peinado. Debido al gran acontecimiento, puse todo mi esfuerzo en hacerle dos coletas a mi hermana Marisol, en ese entonces de seis años. Pensé que mi madre iba a salir como la recordaba: sonriente, elegante y feliz de volver a ver a sus hijos, su máspreciado tesoro.

Allí estábamos, esperando ese gran momento, ese abrazo maternal que pondría término a toda esa angustia y soledad, y que nos uniría otra vez. Finalmente regresaríamos a nuestra rutina normal. ¡Qué lejos estaba mi ilusión de la realidad!

Se presentó ante nosotros una señora totalmente diferente: una mujer callada, sin expresión alguna en su rostro. Traía puestos unos pants verdes, caminaba lento, encorvada, había subido de peso y tenía bastante vello. ¡Ésa no era mi madre! ¡Imposible! ¡En la vida la había visto de pants, mucho menos sin maquillaje y con todo ese pelo! Y su expresión... más bien, su inexpressión ante la felicidad que debía representar volver a ver a sus hijos tras un largo mes de ausencia, no era lógica ni normal. ¡Algo estaba muy mal!

Desde entonces mi vida no volvió a ser la misma; hubo un cambio radical, imposible de digerir. Algo tan profundo que aún ahora me es difícil descifrar y comprender. Comenzaron años de suplicio, en los que maduré a fuerza, a punta de dolores, de incomprendiones, de sinsabores y responsabilidades, nada usuales para una niña de mi edad en el entorno en que nos desenvolvíamos. Presencí cómo se desmoronaba mi familia feliz y, para mucha gente, la familia perfecta. Vi cómo, poco a poco, la fortuna de mi papá se iba a un hoyo sin fondo por los altos costos de los hospitales, doctores, enfermeras y medicinas que necesitaba mamá.

Tuve que afrontar ver a mi padre irse de la casa y quedarme como responsable de mi mamá enferma, de mi hermana pequeña

y del cuidado del hogar. Recuerdo muy bien el día que nos participó su decisión de irse. Aprovechó una visita a México de mi hermano Pablo —que estudiaba en el extranjero— para llevarnos a comer, a él y a mí, al Caballo Bayo. Como Marisol era muy pequeña para comprender la gravedad del asunto, no fue requerida. Para entonces, ella tenía siete años, yo catorce y Pablo diecisiete. Así, mientras saboreábamos un delicioso consomé de carne, escuchamos una de las noticias más dolorosas de mi vida. Mi papá comenzó a explicarnos que prácticamente ya había agotado todos los recursos emocionales, financieros y médicos para sacar a mi mamá adelante. Se sentía impotente, pues todo intento había sido fallido. Las alternativas eran dos: internarla en un hospital psiquiátrico de por vida o marcharse él de la casa.

A Pablo, por vivir fuera de México, no le afectaba tanto lo que pasara internamente en la familia; no obstante, con los años es el que más ha resentido la ruptura familiar. La decisión recaía sobre mí. Traté de pensar cómo sería que Marisol y yo creciéramos sin la presencia de nuestra madre. ¡A nosotros sí nos hacía falta, aunque fuera enferma! Además, para mí, aceptar que la internaran indefinidamente era, por un lado, sentenciarla a muerte y, por el otro, tomar el camino fácil de la irresponsabilidad. No. No podía darme por vencida tan pronto. No viviría el resto de mi vida con la conciencia intranquila, sabiendo que habían metido a mi mamá en un manicomio por no tener quien la cuidara. Aunque carecía de la edad y madurez suficiente para hacerme cargo de ella, ilo intentaría! La moneda estaba echada: mi papá se iría de casa.

No sabía aún a lo que me estaba comprometiendo. Viví momentos de muchas contradicciones. Mi hermana y yo íbamos a uno de los mejores colegios de México, pero no invitábamos a nuestras amigas “riquillas” a casa por miedo a que vieran a mi mamá en tan mal estado. Oíamos de los grandes viajes que hacían durante los veranos, mientras que nosotras apenas íbamos a Acapulco. Pertenecíamos a un prestigioso y elitista club deportivo, muy cerca del

parque de Los Remedios y, ¡oh paradoja!, no había remedio adecuado que me ayudara a explicarle a mi hermana todo lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor. Me dolía darme cuenta de que mientras yo hacía hasta lo indecible por estirar el dinero en casa, mi hermano Pablo viviera casi ajeno a esta situación, estudiando en Estados Unidos. Me dolía saber que, tras haber vivido en la opulencia, entre la enfermedad de mamá y la prestigiosa academia militar donde estaba Pablo, se habían consumido los ahorros de papá, quedando en bancarrota tras la devaluación de 1982.

Esas carencias fueron las que me obligaron a ser escrupulosa en las finanzas, organizada y controladora, a veces hasta la obsesión. Ahora trato de contenerme ante tales impulsos. Sin embargo, en ese entonces fueron mis mejores herramientas para resistir ante aquellas ambivalencias a las que a diario fuimos sometidas mi hermana y yo.

Aunque mi papá prometió ayudarme desde afuera en lo que pudiera, fue como subirme a la montaña rusa sin cinturón, como echarme desde una avioneta sin saber abrir el paracaídas. Me tiré a una alberca sin agua. Fungí como enfermera de una mujer que no quería tomar sus medicinas, que aparentaba hacerlo y luego las tiraba al escusado. Quise ser la legisladora que suponía que, implantando leyes en la casa para que no hubiera botellas de licor, podría controlar el alcoholismo de mi madre. Representé el papel de maestra, tutora y compañera de mi hermana en todo momento y lugar. Fui el gendarme que hacía que mamá se quedara en casa por el peligro que implicaba que saliera a las tiendas porque se robaba las cosas. Personifiqué a la “señora de la casa” que le decía a la sirvienta qué hacer de comer y cómo limpiar; y la que supervisaba que no metiera extraños a nuestro hogar. Intenté ser la administradora que estiraba al máximo el dinero que mi papá me daba para comprar los enseres semanales de la casa, las medicinas y el sueldo de la muchacha. Esto y más, a mis catorce años. Ése fue el inicio de mi adolescencia.

Todo fue inútil. Mi mamá pasó varias veces de la depresión a la euforia por no tomarse sus medicamentos. Recuerdo que una vez rompí contra la pared del patio trasero, con una rabia incontrollable, botellas de alcohol que adquirió y tomó hasta perder el sentido, sin importar la regla que prohibía licor en la casa. Otro día tuve que ir, muerta de pena, a recoger a mi hermana y a mi mamá al retén de seguridad de Liverpool, donde estaban en custodia por intentar robar ropa en los vestidores del establecimiento. En otra ocasión, con mucho miedo, sufrí la traición de la sirvienta que, junto con otros rateros, se llevaron cosas de gran valor. Por más que lo intenté, nunca me alcanzaron los fondos, como administradora, para comprarle a Marisol los patines que tanto quería. Recuerdo también cuando ella quiso invitar a una compañerita a jugar a la casa y le suplicó a mamá que no tomara para que su invitada no se asustara. ¡Cómo me dolió ver que mi madre rompió su promesa incluso antes de que la amiguita llegara a la casa!

Incontables noches lloré en mi cama de impotencia. Me daba cuenta de que no conseguía nada de lo que me había propuesto. Lo único que agradezco de todo eso es que entre Marisol y yo creciera un amor incondicional, una unión más allá de la hermandad.

Pasamos éstos y más sinsabores durante dos largos años en los que nuestra madre tuvo que ser internada en un hospital psiquiátrico tres veces y otras tres en urgencias por intentos de suicidio. Así transcurría mi juventud, hasta aquella fatídica noche en que la encontré desnuda en la sala de nuestra casa con dos hombres. Allí comprendí que lejos de estarla ayudando a salir adelante, Marisol y yo nos estábamos hundiendo con ella, poniendo en riesgo, además, nuestra seguridad.

Al día siguiente hablé con mi papá y al contarle lo ocurrido me dijo: “Esto no puede seguir así. Mañana mismo la envío nuevamente al hospital psiquiátrico”.

Era lunes. Una mañana helada de invierno. Marisol y yo esperábamos el camión escolar en la esquina de la casa cuando pasó

mi papá en el auto con mi mamá a su lado. Iban rumbo al hospital. Con temple de acero le dije a mi hermanita, de nueve años entonces: “Despídete de mamá porque posiblemente ésta sea la última vez que la veas”. Ella, muy obediente, sacó su manita del abrigo y la sacudió en ademán de adiós sin derramar una sola lágrima. Así de herido tenía su corazón. Así de dura teníamos ya el alma de tanto dolor.

Mi papá regresó a vivir con nosotros, pero casi nunca lo veíamos, ya que se la pasaba trabajando. Una tarde, mientras yo tomaba la siesta, me despertó el timbre de la casa. Era Larissa, mujer a la que había visto una sola vez en la oficina de mi papá. Venía a buscarme para tomar un café. Por compromiso, acepté. Sentadas en una cafetería cercana, me pidió que le platicara cómo me sentía con la situación familiar. Pocas personas mayores se acercaban a preguntarme algo así, por lo que, al contarle tanta desventura, me desboqué en llanto. Me tomó de la mano y me ofreció su ayuda, su amistad, su apoyo incondicional. De fondo se escuchaba la canción *Chiquitita*, del grupo Abba, que mi mamá solía cantarme años atrás y me hacía sentir protegida. Larissa y yo nos hicimos muy amigas, aunque con el tiempo me di cuenta de que su intención primordial había sido granjearse mi confianza porque estaba saliendo con mi papá. Quería que Marisol y yo la aceptáramos antes de formalizar la relación con nuestro padre.

Después de algunos meses, mi mami salió del hospital, pero no volvió a vivir con nosotros. Mi abuelo, su padre, se hizo cargo de ella. Vivían a la vuelta de nuestra casa, por lo que Pablo, que ya vivía en México, Marisol y yo la íbamos a visitar de vez en cuando. La cuidaban dos enfermeras y, a pesar de ello, intentó suicidarse nuevamente cortándose las venas. Su intento falló —por quinta vez— y, para su desgracia, sus tendones de la mano derecha no volvieron a funcionar. El daño había sido tan profundo que ya no pudo volver a escribir bien ni a tejer hermosos suéteres. Su único entretenimiento se había visto cortado de tajo,

como su muñeca. Ante tales circunstancias, sufrió aún más amargamente. Si algo tenía que pagar, lo hizo en esos meses. Recobró su lucidez y se dio cuenta del daño que nos había causado; vivía con el dolor de no tenernos a su lado y, sobre todo, de saber que su adorado esposo quería a otra mujer. Aparte, tenía que lidiar con su padre alcohólico y dos enfermeras que no la dejaban ni de día ni de noche.

Durante ese tiempo me empeñé en seguir siendo buena estudiante, trabajadora y tutora de mi hermana, además de continuar al mando de la casa. Quería que mi papá estuviera orgulloso de mí. Quizá tenía miedo de que, si no demostraba ser eficiente, él decidiera irse otra vez y dejarnos nuevamente solas a mi hermana y a mí. Quizá también fue por eso que enfermé del riñón. Mis miedos eran muchos y muy fuertes, pero a pesar de mi enfermedad, me convertí en una excelente estudiante, en escritora juvenil y en la mejor *scout* de México. Era admirada por mi capacidad de superación ante las adversidades que afrontaba. Ciertamente también era una adolescente con necesidad de reconocimiento, de amigos, de fiestas y distracción. Así que no he de negar que salía mucho los fines de semana con mis amigos y mi novio Anselmo. Como no tenía quien se preocupara por mí, a veces llegaba a altas horas de la noche.

Después del temblor de 1985 Pablo se fue a Monterrey a estudiar la carrera, y mi papá, Marisol y yo decidimos mudarnos a Guadalajara. Eso lo consideré maravilloso, pues Anselmo se había ido a vivir allí unos cuantos meses antes por motivos de estudio, y Larissa había transferido sus oficinas a esa ciudad. Para el 13 de agosto de 1986, ya había empacado todo para hacer el gran cambio. Nuestra vida estaba por tomar nuevos rumbos. Parecía no importarme dejar todo atrás, incluso a mi madre enferma, a quien por no causarle mayor dolor, no le avisamos de nuestra partida.

Pasadas siete semanas me sentía feliz en nuestro nuevo hogar. Tenía nuevos amigos y estaba llena de actividades que me hacían

sentir realizada. Por fin dormía tranquila. Una noche, sin embargo, una voz muy fuerte me despertó diciendo mi nombre: “¡Luz!”; me incorporé de un brinco. No vi a nadie, pero inmediatamente supe que era mi mamá llamándome interiormente. Supuse que ya se había enterado de nuestra partida. No volví a conciliar el sueño en toda la noche. Me levanté y le escribí un poema, mismo que le envié por correo a la mañana siguiente. Nunca llegó a leerlo.

Exactamente una semana después pasó lo que de alguna manera temíamos. Era el 13 de octubre de 1986. Al terminar de comer, mi papá se había ido a su nueva oficina en cuanto acabó el postre. Media hora después regresó. Marisol y yo seguíamos platicando en el comedor. Se acercó a nosotras con ojos llorosos y voz entrecortada: “Luz, es tu mamá, ahora sí lo logró”. No tuvo que decir más. Sabía lo que esas palabras significaban: mi mamá había muerto. Se había suicidado. Su infierno había terminado. Con pena, mezclada con cierto alivio, me levanté de la mesa, hice la maleta de mi hermana y la mía para tomar carretera rumbo a México. Ya habría tiempo después para más explicaciones. Empacar e irnos era lo primordial en esos momentos. En el camino, mi papá nos contó lo que mi abuelo paterno le había dicho por teléfono en cuanto llegó a la oficina: mamá había estado inconsolable al sabernos lejos. Desesperada, sintió que su vida no tenía ya sentido y agarró, delante de las enfermeras, el bote de limpiapisos con amoniaco que estaba usando la muchacha para trapear y se lo tomó. No hubo manera de hacerla parar.

A mi hermano le tocó presenciar todo el suplicio y acompañar a mi madre hasta el final. Sabemos que su muerte fue lenta y muy dolorosa. Aunque no estuve allí, no puedo dejar de sentir náuseas cada vez que huelo amoniaco al pensar en el martirio de nuestra madre durante los últimos momentos tan atroces de su vida y en el dolor emocional que sufrió Pablo.

“Todo ha terminado”, oí repetir a mi papá en Gayosso. Sí, eso creía yo también al divagar entre mis dolorosos recuerdos que

por fin parecían encontrar sepultura dentro del féretro de mi mami. Pero no, no era así. El dolor era profundo y había echado raíces en mi corazón, en mi mente, en mi ser.

Mi único aliciente era escribir. Una noche, en la soledad de mi cuarto y con el quebranto de mi alma, escribí este mensaje, que se convirtió en un diálogo con mi ser espiritual. Éste es el primer encuentro –del que al menos tengo conciencia– con la manifestación de la luz que va más allá de mi ser corporal.

Escribí mientras lloraba y divagaba, sacando todo el tormento que sentía dentro:

Hoy no escribo para dar ánimo a los demás, sino para calmar un torbellino ruidoso que me atormenta, que me dice que estoy mal, que mi fin no es este mundo loco, ambicioso, que estoy aquí por una razón que no cumplo y me estoy yendo... Voy, vengo, y terminaré siendo una loca que sólo dejó eso: locura. ¿Y dónde quedó mi objetivo, mi fin, mis raíces, mi amor, mi muerte, mi voz? ¿Dónde quedé yo? Llamo y no responde, sólo hay un cuerpo que recuerda, que llora, que ve nubes, tormenta, oye música que retumba en las paredes tapizadas de la casa maternal... Llamo y ella sólo llora –o al menos ese cuerpo siente llorar, desvanecerse–, es consciente de todo, agradece todo, pero... pero no es feliz. Ha perdido la confianza, aunque tiene amor. Ha perdido la esperanza, aunque tiene a Dios. Ha ganado muchas cosas; pero ella se perdió.

¡Luz! ¿Dónde estás? Luz, Luz, Luz, ¿dónde te encuentras? ¿Por qué no sales y das la cara? ¿Por qué me dejas a mí todo el pesar? ¿Por qué no me mueves como sabes? ¿Por qué no dejas de llorar? Mis ojos ya están hinchados, ya no aguantan más. Mi cara se desfigura, ¿no te importa la fealdad? El cuerpo se me entume entre tanta actividad. La garganta se me achica, la saliva es ácida. El hambre viene y va; el ansia de correr se acerca. Mis manos quieren jalar, romper, tomar y tronar. Veo a la gente y es como un cristal... pero hago un esfuerzo y vuelvo a la normalidad...

Lucho... ¿no sabes qué es enfrentar los problemas? ¡Yo sí! Mientras tú te escondes, yo batallo hasta contigo, hasta con tu propia rebeldía, y tú, desaparecida. ¿No te das cuenta de que así no llegarás al final?

Mi mano respondió:

—¡Qué quieres! —dejé de escribir al saber que no era directamente yo quién escribía. Intuí que era mi espíritu tratando de responderme. No sabía qué hacer. Me esforcé en seguir y mi mano continuó escribiendo:

Sssh... No pienses, no razones, sólo siente y escribe... No te distraigas, saca todo lo que tienes... No soy Dios, ni tu conciencia, ni tu doble, ni tu voz. Soy el mismo que te escucha cuando alzas tu clamor. Cuando al fin de la subida dices: “Gracias, lo logré”, cuando triunfas en tus metas y el fracaso no lo ves. Soy el dueño de tu cuerpo que te lleva a comer, que te impulsa a levantarte cuando ya no quieres ser. Soy amor, soy perdón, soy la Paz que tienes dentro. Soy capaz de decidir si me escondo o te encuentro. Soy quien pide por tu Don de ser más que un pastor. Soy el cielo que tú ves, azul, dorado o negro, pero con sol. Soy el pájaro que canta cuando tú callas tu pregón.

Comenzó un diálogo entre la Luz angustiada y la Luz de mi interior:

—No te escondas, no te vayas. El silencio es mejor; pero no porque te calles la palabra se termina. Conmigo la ensalzas, conmigo la culminas.

—Ves al cielo y anhelas ser escuchada por Él. Ves la Tierra y te agobias, pierdes luz, pierdes fe. El amor aquí lo tienes, palabras bellas te repite, sorda estás, porque YO... yo te alejo, ¿para qué? Para que sepas que luchar es la fuerza del amar. Tu misión es ser perfecta sin poder ni omisión. Tu misión es conocer quién escribe del amor. Mas no debes enloquecer; veo tu cara y tu futuro. Tú lo ves tan oscuro y lo crees tan cercano.

–¡Mentira! ¡Maldita cabeza!

–¡Olvídate del mundo! No te agobies por personas... Lamentarse ya no sirve. ¡Adelante! Tu hermana aún existe. Sí, la conozco. Es preciosa, es un ángel, como todos tus ayudantes.

–¿Qué ayudantes?

–Los que te conocen, te apoyan, te quieren, te odian, esos que hacen que te veas como quieren que seas.

–¿Y quién soy Yo?

–Eres YO.

–Si bien entiendo la lección, mi misión es ser amor, es ser canción para el Señor, es ser cielo para el Sol. ¡Tan sencillito! ¿Y con qué?

–Luz, Luz, Luz... con el mundo, con tus pies, con el pasto, con la res, con el viento, con el pez, con tu cuerpo... ¡CON TU SER!

–¡Pero eso trato!

–¡Ahh! Acabas de parar y ahora reflexionas. ¿Eso tratas? ¡No, Señor! Lo que tratas es de llegar al cielo por tus dones, mas no por tu trabajo. Qué esfuerzo has tenido, eso ya ha quedado discutido, pero eso es abajo. La cima tiene peso, peso de valor, de CALIDAD, no de ANSIEDAD.

–Entonces... ¿Estoy mal?

–En parte sí, jovencita. ¿Has oído hablar de la humildad? No te pido que hagas libros, sino que brindes una sonrisa al extraño, a tu amado, al hermano o ermitaño.

–Oye, antes de seguir. ¿Y mi futuro? ¿Y mi loquera? ¿Y mi vida?

–¿Por qué el mañana? ¿Cuántas sonrisas diste hoy? El mañana será tan loco como menos sonrisas hayas dado; tu vida, peor. Ante una alegría, una sonrisa; ante una mañana, una sonrisa. Ante un pobre, una sonrisa. Ante un problema, una sonrisa. Ante el enemigo, una sonrisa. Ante el amigo, otra sonrisa. Ante Dios, tu mejor sonrisa; ante Mí, TU sonrisa. Esa sonrisa será tu motor. Cuando no puedas sonreír es señal de que no puedes impartir ese

trabajo. Así, harás lo que tienes que hacer, pero recuerda: ¡SIEMPRE SONREÍR!

Tu ideal ya no será: “Dejar este mundo un poco mejor de como lo encontraste”, ni “El chiste de la vida no es tener problemas, sino saberlos resolver...” Ésas son frases que adoptaste, pero la tuya propia (ya que ahora tendrás propia identidad, la otra la estropeaste) es simple: SONREÍR.

–¿Y cuando sienta tristeza y me ahogue en mi egoísmo y en mi orgullo, en mi afán de ser más?

–Es más quien sabe sonreír, que quien sabe presumir. El primero es feliz, el segundo es aprendiz.

–¿Quién me dijiste que eras?

–Soy quien quieres tú que Yo sea.

–¿Dónde te puedo encontrar si el dinero me sofoca?

–En tu boca.

Atentamente, tu Sonrisa.

CAPÍTULO 2

Durante el padecimiento de mi mamá me enfermé del riñón. El primer indicio de este mal se presentó en uno de los tantos campamentos a los que fui, siendo miembro de un grupo scout. Una mañana, al despertarme en la tienda de campaña, una amiga se empezó a reír al verme con el ojo totalmente hinchado. No le di importancia. Nunca creí que ese leve síntoma iba a ser el inicio de una larga y ardua carrera contra la muerte; en esta ocasión, mi propia muerte.

Después de ese campamento de siete días con intensa actividad física, mal comida, mal bañada, mal dormida y con una leve infección de garganta, llegué a mi casa aliviada y agradecida de poder tomar un rico baño de tina y de acostarme en mi cama, calentita.

A la mañana siguiente desperté nuevamente hinchada, pero esta vez no del ojo, sino de las piernas. Transcurrió una semana y la hinchazón empeoró. Subí diez kilos en siete días. Fui a ver a un doctor que no atinó a lo que tenía. Así pasé de consultorio en consultorio, de especialista en especialista, hasta que por fin, después de un mes, llegué con un excelente nefrólogo.

—Sus riñones no están funcionando bien —le dijo el doctor a mi papá—. Hay que hacerle una biopsia, pero antes, tengo que mandarle a hacer varios estudios.

Entre todos esos estudios, además de percatarse de que mi índice de creatinina estaba en 4.5, cuando el máximo aceptable es de 1.5, me hicieron una urografía excretora (radiografía de los órganos urinarios) para ver lo que estaba ocasionando la hinchazón. Se la llevamos al doctor para su interpretación.

—¡Esta niña no tiene un riñón! —dijo el médico.

—¿Qué significa eso? —mi mente comenzó a trabajar a mil por hora—. ¿Tengo quince años y hasta ahora se dan cuenta de que nací con sólo un riñón? ¿Cómo puede ser eso? ¿Dónde cabe tanta estupidez? ¡Sin un riñón uno no puede vivir! ¿O sí?

De hecho, sabía tan poco sobre riñones y su funcionamiento, que no sabía si mis juicios eran correctos o no.

—No puede comer alimentos ricos en proteínas —oí decir al doctor.

—¿Qué? —pensé yo—. ¡Este doctor debe estar loco de remate! Está bien que haya subido diez kilos en una semana, ¡pero son de agua, doctor, de agua! Mi peso normal no rebasa los treinta kilos. ¡Si me quita las proteínas voy a desaparecer!

Creía saber más que el médico, pero, claro, poco a poco fui cayendo en la cuenta de que no era así. Las proteínas envenenaban mi sangre. No podían ser filtradas por mi único, grave e irreversiblemente dañado riñón.

—Tiene que tener una dieta muy estricta: nada de sales, nada de lácteos, nada de huevo, ni de cosas enlatadas. Un solo vaso de leche al día y cien gramos de carne. Eso sí: fruta y verdura hervida ¡la que quiera!

—¡Wow, vaya dieta! ¿Qué voy a hacer? ¡No la voy a soportar! ¿No más quesadillas, ni tacos al pastor que me fascinan? ¿Ni sardinas? ¡Ni siquiera cereal! ¿Qué voy a comer? ¡Ni crean que voy a seguir esa estúpida dieta!

Mi reacción fue de rebeldía, pero me sentía tan mal que no tenía fuerzas para seguir protestando. Me puse a llorar. Unos días después, sintiéndome mejor física y moralmente, decidí que no me convertiría en víctima de mi enfermedad. ¡Tenía que sacar fuerzas de donde fuera para seguir cuidando a mi mamá, a mi hermana y para seguir con mis estudios! Así que mejor decidí tomar un papel más activo en mi enfermedad. Me puse a investigar sobre el funcionamiento de los riñones. Invité a mi amigo

Alfonso, que quería ser doctor, para que me explicara qué eran y para qué servían.

A Alfonso lo había conocido poco tiempo antes, en el campamento donde amanecí con el ojo hinchado. Era un joven miembro de la brigada de Primeros Auxilios. Llegó en la ambulancia para atenderme cuando en una actividad me caí de sentón de un árbol. “Qué chico tan guapo”, pensé cuando se acercó a revisarme ataviado con traje blanco de médico y lentes oscuros. Definitivamente, si alguien tenía que explicarme qué me pasaba, quería que fuera él y no un doctor parco y seco que utilizaba palabras rimbombantes, imposibles de comprender.

Así que lo invité a mi casa a tomar un café. Entre la preocupación de mi enfermedad y mi alegría por verlo, le pregunté todas mis inquietudes, entre ellas cómo había sido posible que hubiera vivido tantos años sin un riñón, sin aparentes pormenores en mi infancia... hasta entonces.

—Los riñones, entre muchas otras funciones, filtran la sangre de impurezas, de toxinas producidas por los alimentos —me explicó—. Estas impurezas se desechan mediante la orina. Cuando los riñones fallan, uno se intoxica con su propia sangre contaminada. Se puede vivir perfectamente bien con un riñón, siempre y cuando éste no se dañe, pues no tendría relevancia, por así decirlo, como es tu caso. Aunque no es lo idóneo, podemos vivir bien con un ojo, un brazo, un pulmón y todo de lo que tenemos un par. Tener dos es para facilitar la función del miembro u órgano, mas no porque sea indispensable —me dijo—. Por eso habías vivido sin problemas renales evidentes todos estos años. Cuando uno enferma de los riñones, los síntomas, además de hincharse, son náuseas y vómitos, agotamiento e insomnio.

“¡Eso es!” , pensé. Ciertamente que hasta entonces me consideraba una niña sana, pero sus palabras me ayudaron a recordar algo que tenía totalmente olvidado: mi tía Lizy solía decirme que de bebé no me gustaba comer; que todo lo vomitaba y que sólo quería

tomar agua. Los adultos se pasaron creyendo que en mi infancia simplemente yo era una niña difícil, mañosa y que, con el tiempo, se me quitaría. Nunca se les ocurrió hacerme estudios. También recordé cuando tenía siete años y odiaba sentarme a comer. Todo me daba asco y vomitaba con facilidad. “¡Niña mañosa!”, me gritaba mi mamá dándome una palmada en la espalda cuando regresaba de vomitar en el baño, aún con náuseas. También recordé cómo me costaba trabajo conciliar el sueño y me despertaba en la madrugada sin volver a dormirme. Sin embargo, con el tiempo –así como lo habían pronosticado los adultos– todos esos achaques de infancia habían desaparecido como por obra y arte de magia... hasta ese momento.

–Ahora tu riñón está dañado –prosiguió Alfonso sacándome de mis divagaciones y recuerdos–, y al no tener relevancia, la situación se vuelve crítica, pero cuenta conmigo para todo lo que necesites.

–Gracias –le respondí aturdida, sin compartirle mis recuerdos de infancia, ni explicarle mi sentir.

Ése fue el inicio de una gran amistad. Muchos años después, ya como pediatra, recibió a mi hija al nacer y la atendió en sus primeros meses de vida. Le sigo guardando el mismo cariño y admiración de antaño.

Al poco tiempo de esa primera plática, me hicieron una biopsia. Me abrieron para tomar un pedacito de mi riñón y analizarlo. Los resultados arrojaron el diagnóstico, más bien veredicto, algo altisonante: “Glomérulo nefritis crónica”. En palabras simples eso significa que tenía una infección ocasionada por estreptococos en la garganta. Al no haberme tratado a tiempo ni adecuadamente, la infección se pasó a mi único riñón, haciendo que las células de éste se atrofiaran. A partir de ese momento tendría que estar en régimen alimenticio muy estricto para así alargar la vida de mi riñón.

–Llegará un día, sin embargo, que tu riñón no pueda más y desarrolles insuficiencia renal crónica –me dijo el urólogo al que

me refirieron tras el diagnóstico—. El trasplante será inminente. Lo que vamos a tratar de hacer con las dietas y los medicamentos es que ese día tarde mucho en llegar.

Así, entre dietas, doctores y análisis pasaron tres años. Hice una vida prácticamente normal, aunque con varios cambios tanto familiares como personales.

CAPÍTULO 3

Al mes de la muerte de mi mamá, de regreso en Guadalajara, mi papá y Larissa me invitaron a comer unas ricas tortas ahogadas. De haber sabido el motivo de la invitación, hubiera preferido algo menos irritante. Bastante tenía con la noticia que recibiría:

–Tu papá y yo nos casaremos en diciembre –me dijo Larissa.

Lo precipitado de la decisión me ocasionó un dolor punzante en el corazón. Mi mami acababa de morir y, sin guardar casi luto ni respetar el de sus hijos, nuestro padre había decidido rehacer su vida sentimental. Claro, ya llevaban años saliendo, y Marisol y yo estábamos contentas de que papá tuviera una compañera. Sabía que él sufrió mucho con la enfermedad de mi madre; que luchó contra viento y marea por muchos años para ayudarla y evitar que nosotros supiéramos, desde más chicos, de su padecimiento; que, aunque se hubiera ido de la casa, me apoyaba y ayudaba con lo que podía. Sabía que había hecho su mejor esfuerzo por ser un buen padre, pero querer restaurar su vida de la noche a la mañana sin pensar que esta nueva opción nos limitaba e impedía que nosotros restauráramos la nuestra con la calma requerida, era muy difícil de comprender y de aceptar.

Les pregunté el porqué de la abrupta decisión. El pretexto fue que el contrato de renta del departamento de ella estaba por vencer y no querían seguir pagando dos rentas. Así que, otra vez, nuestra estructura familiar se vería alterada con una nueva integrante en la familia, con otro cambio de casa, con otra dinámica. Fue duro, pero lo aceptamos por el bien de mi papá y de nuestra estabilidad. De todas maneras no teníamos otra alternativa. La decisión

la habían tomado ya, sin considerarnos. Más valía ver las cosas con buena cara para llevar la fiesta en paz. Era muy pronto para saber que esto traería aún más inestabilidad.

La boda se realizó en la ciudad de México. Aprovechamos el viaje para dismantelar por completo nuestra casa de infancia. Mi papá decidió vender aquella casa que albergó a nuestra familia entera y unida, allí donde mis hermanos y yo habíamos vivido nuestras primeras travesuras, donde tuvimos los primeros amigos e hicimos nuestras primeras fiestas. Allí donde las navidades siempre tuvieron un matiz mágico, donde las escaleras se transformaron varias veces en trampolín de circo, la azotea en el mejor asoleadero y la terraza en mi propio jardín botánico. Allí donde descubrí las caricias del primer amor, donde mi hermana aprendió a patinar y donde jugamos a hacer pastelitos de lodo para venderlos a nuestros vecinos. Allí donde nuestra perra tuvo cinco veces cachorritos, con los que la colonia se llenó de mascotas. Aquella casa hermosa cuyas paredes perfumamos con nuestros recuerdos de infancia, sería puesta en venta y quedaríamos sin raíces.

Era muy difícil dejar todo eso atrás. Me dio una gripa tan fuerte que me impidió ayudarle a papá a terminar de dismantelarla. Seguramente fue del llanto atorado que mi alma era incapaz de hacer fluir de otra forma. Me refugié en casa de mis mejores amigas, Iris y Aura. Su mamá, Luz del Carmen, me procuró, me atendió y vio por mí hasta que salí de la gripa más fuerte que he tenido. Desde entonces, ella se convirtió en mi segunda madre. Ese fin de semana la llamé por primera vez *Mamá Carmen*, ya que, como buena madre, me había tratado con cariño. Como si fuera su hija, me frotó los pies con alcohol, me subió tés calientes a la cama y me tomó la temperatura. Me ayudó en todos los sentidos a curarme de un mal físico, a superar un dolor emocional y me dio esa presencia materna, sabia, pura y desinteresada que sólo

una madre puede dar. La mía había muerto, pero allí estaba Mamá Carmen para ayudarme.

Sané el mismo día que la mudanza partió con el resto de nuestras pertenencias hacia Guadalajara. Nunca más volvería a pisar la casa de mi infancia. No volvería a ver mi silueta reflejada en los espejos gigantes del clóset de mamá. Nunca más habría de recorrer sus pasillos, ni de brincar en sus escaleras. Muchas veces sueño con esa casa de mi niñez. Ahora que lo escribo, me doy cuenta de que dejé encerradas allí muchas ilusiones, alegrías y mi mundo color de rosa. Desearía volver a ella, visitarla y dejar salir del aroma de su cocina la inocencia; del color de sus alfombras, el arco iris que le falta a mi madurez. Desearía escuchar nuevamente los tacones de mi madre caminando por el pasillo y la rodilla de mi padre tronar al subir las escaleras. Todo eso quedó allí guardado, sin ser liberado. Allí quedó mi infancia atorada. Nunca vi cerrarse la puerta de esa casa por última vez. Guardo la fantasía de llegar nuevamente y subir corriendo a cambiarme el uniforme escolar por ropa más cómoda para aventarme en mi cama a estudiar o a hablar por teléfono. Guardo la añoranza de una vida de inocencia.

Guardo, por otro lado, la pena de saber que fue allí también, en esa casa hermosa, donde se desvaneció mi mundo, mi burbuja de cristal. Allí, en mi tierna juventud, tuve que despertar al mundo real, donde aprendí con la enfermedad de mi madre sobre el dolor, la carga de la responsabilidad, el trabajo y la soledad.

A las dos semanas del matrimonio, regresamos nuevamente a Guadalajara. Ahora viviríamos juntos como “familia”, pero no contábamos con que a Larissa, poco tiempo después, se le abrirían otros horizontes profesionales que nos afectarían a todos: le ofrecieron ser directora de un intercambio estudiantil cuya sede se encontraba en Washington, D. C. Al aceptar la oferta, tendrían que mudarse a Estados Unidos. Cuando se tomó esa determinación, yo tenía dieciocho años, por lo que mi papá me dio la opción de

quedarme en Guadalajara o irme con ellos: “Como ya eres mayor de edad –me dijo–, puedes decidir si vienes con nosotros o te quedas”.

Reflexioné: “Están por publicar mi primer libro de pensamientos en verso. Estoy en un programa de desarrollo empresarial para jóvenes. Acabo de ganar, junto con unas amigas, el primer lugar como empresarias juveniles y pronto nos iremos a Puerto Rico como representantes mexicanas. También me acabo de ganar una beca para seguir mi carrera de mercadotecnia. Aquí tengo muchos amigos y un novio que me adora... Además, parece que nuestra vida toma la pauta de estar siguiendo a Larissa adonde ella se dirija. Es momento de tomar las riendas de mi propia vida...” ¡Me quedo!

Me sentía orgullosa de mi decisión, pero la respuesta de mi papá ensombreció mi entusiasmo: “Bueno, Luz, veo que eres lo suficientemente madura para saber lo que te conviene y tomar tus propias decisiones –me dijo en el tono solemne que había adquirido por influencia de su nueva esposa–. Eso tiene sus repercusiones y responsabilidades implícitas. De ahora en adelante tendrás que ver por ti misma. Yo sólo te apoyaré con cien dólares mensuales; siempre y cuando sigas estudiando”.

Me dejó helada. No era el dinero tan escaso que iba a recibir de su parte lo que me dolió. Fue el menosprecio que sentí de golpe por todos los años que ya tenía de ser madura, responsable y no sólo de ver por mí, sino por mi hermana y, en su momento, por mi madre. ¡Su sermón no venía al caso! Tenía ganas de gritarle: “¡Papá, desde hace mucho veo por mí misma, soy responsable y madura, pero eso no quita que te quiera y te necesite cerca!” ¿Acaso no había sido lo suficientemente buena para que me apreciara, me reconociera y quisiera mantener un lazo más paternal conmigo, por lo menos? El dolor era intenso, pero no valía la pena decirle nada. Me tragué mi pesar y mis palabras y asumí mi decisión con orgullo y valentía. Me limité a aceptar su gran apoyo

de cien dólares mensuales y el coche que un año antes me había regalado.

Eso no era todo. ¡Además se llevarían a mi hermana! ¡Me iban a arrancar a mi nena! Eso era un dolor aún más difícil de digerir. Habíamos sido uña y carne durante varios años. Fui su protectora y ella, para mí, un estandarte, un motivo para luchar. Aunque ella era seis años menor que yo, se había convertido en mi confidente, me daba consejos y me respetaba. ¡Y ya no iba a estar a su lado! Se me rompía el corazón.

Verano de 1987. Eran las siete de la mañana del día que partieron. Yo estaba acostada en mi cama, me sentía tan triste que no podía levantarme. Mi nena –como le decía de cariño–, se acercó y me dio su manita. ¡Aquella manita era tan linda, tan tierna, tan dulce y a la vez tan fuerte! La sostuve entre mis manos y la acerqué a mi corazón. No podía dejarla ir y, sin embargo, no tuve otra opción. Poco a poco, como en cámara lenta, nuestras manos se fueron separando. Sentí cómo nuestra energía se dividía, se rompía, y muy dentro de mí sabía que nuestra relación cambiaría para siempre. Perdería a mi nena, a mi hermanita Marisol. Se convertiría en mujer y vería mis defectos, mis limitaciones y quizá olvidaría lo importante que había sido para mí. Cada una haría su vida y ese lazo se desvanecería, ya no sería igual. El corazón se me hizo pedazos. Me sentí sola y devastada. Fue el día más triste de mi vida. Ni la muerte de mi mami me había dolido tanto como esa separación.

Por otro lado, Pablo llevaba ya varios años viviendo lejos de nosotros, primero en Estados Unidos, luego en Monterrey y, en ese entonces, en la ciudad de México. Así que a partir de ese momento los tres hermanos tendríamos rumbos diferentes, cada uno sufriendo su propia soledad familiar, viviendo su propio destino.

“Seguir adelante y triunfar” se volvió mi lema.

CAPÍTULO 4

Al mes de la partida de mi familia a Estados Unidos, se publicó en Guadalajara mi primer libro de pensamientos en verso. Cuando mi editor me entregó el primer ejemplar y vi mis ojos plasmados en esa portada, me eché a llorar. El impacto fue tan grande, que sentí como si me estuvieran entregando a un hijo en brazos. Leí el título: *Sueños de una mujer*. Sí, ese libro era como un sueño donde, a mis diecinueve años, ya me sentía una mujer. “Luz, eres un sueño hecho mujer. ¡Adelante!”, escribió como dedicatoria mi editor en el libro que sostenía entre mis manos.

Metí los mil ejemplares en la cajuela del *Mayate*, como le decía a mi coche color verde que me llevaba y traía a todos lados. Estaba muy orgullosa y feliz, pero también muy ocupada. Tenía muchos compromisos empresariales que atender, por lo que no haría la promoción del libro hasta dos semanas después. Decidí dejarlos en la cajuela, sin saber el riesgo que corrían. Una semana más tarde, después de una junta en el Club de Industriales, le pedí a una amiga que me acompañara a hacer unas compras para mi casa. Saliendo del supermercado, de reojo vi que un muchacho nos seguía. No le di importancia. Al llegar al coche, mientras mi amiga y yo sosteníamos una conversación muy animada, traté de cerrar la portezuela y el muchacho se interpuso.

—¡Ay, qué susto me diste! —le dije creyendo que quería pedirme un aventón.

Sorpresivamente sacó una pistola y me dijo:

—Si no quieres tener problemas, ibájate!

Tardé en reaccionar. Me sacó del coche y me jaloneó. Dos muchachas que venían caminando por la acera se dieron cuenta de

la situación, por lo que nuestro asaltante se desconcentró. Aproveché entonces para volver a meterme al coche. Me aferré al volante del carro y pensé para mis adentros: “¡Dios mío, ayúdame!” De pronto, sin saber de dónde me vino tanta calma, le ordené: “¡Súbete!”, y muy obediente, se subió en el asiento trasero. Como había dos testigos, no le convenía que siguiéramos allí.

El *Mayate* tenía una falla mecánica en el encendido electrónico y no quería arrancar. Tras poner al tanto a nuestro asaltante, mi amiga salió a arreglar el desperfecto del motor, mientras yo intentaba darle marcha. Por fin arrancó. No sabía adónde dirigirme, por lo que le dije: “Sé que estás en problemas. Quiero ayudarte. El coche no te lo voy a dar, pero vamos contigo adonde tengas que ir, ¡así sea a asaltar un banco! Dime por dónde me voy”. No podía dejar que me quitaran lo que en ese momento era todo mi patrimonio, con toda la edición de mi libro en la cajuela, mis provisiones de la semana, y libros de la universidad y del trabajo. “Si me quita el coche, me quita la vida”, pensé estúpidamente, pero eso me ayudó a no tener ni un ápice de miedo en ese momento.

Me fue guiando por callecitas, alejándonos de la vía pública. Ingenuamente pensaba que en verdad íbamos a un lugar a hacer alguna fechoría. Así que cuando me dijo: “Párate aquí”, y vi que no había ni un banco, ni otra bandita esperándonos, ni nada más que un lote baldío sin gente, caí en cuenta de su intención: nuevamente intentaría quitarme el coche, lejos de cualquier testigo. Obedientemente me detuve, pero no lo apagué.

—¡Ahora bájate! —me ordenó.

Como el auto era de dos puertas, forzosamente me tenía que bajar para que él tomara el volante, ya que él estaba en el asiento trasero.

—No —le dije—. No me voy a bajar. Sé que estás en problemas. ¿En qué te puedo ayudar?

Era un muchacho joven e inexperto. Intuí que no quería hacernos daño, por lo que aproveché y le comencé a dar un sermón

sobre la delincuencia, la pobreza y el abandono. Así me la llevé un rato, que a mi amiga se le hizo eterno. A él supongo que le empezó a aburrir, pues de pronto volvió a sacar la pistola y la puso entre mi amiga y yo.

–Si no temes por tu vida, a ver si temes por la de tu amiga –me dijo, al tiempo que le ponía a ella la pistola en la sien izquierda.

–Ni temo por mi vida ni por la de mi amiga –le respondí serenamente, sin voltear a ver de frente la imagen que de reojo me acechaba–. Temo por la tuya, ¿en qué te puedo ayudar? –le dije enérgicamente.

Como no me debilitaba, retiró la pistola de la cabeza de mi amiga y seguí con mi sermón. En un instante de desesperación, volteé y le agarré el cañón de la pistola queriendo deshacerme del arma que le daba poder y ponía en riesgo la vida de todos. Él, por supuesto, hizo presión hacia atrás, evitando que se la quitara. Lo miré a los ojos y, con una serenidad que no sé de dónde obtenía, le dije:

–No hay necesidad de usar la violencia. O me das la pistola o la guardas, por favor.

Muy obedientemente, la guardó. Proseguí con mi discurso. Le dije que le podía conseguir un trabajo digno, que lo encauzaría al desarrollo y la educación y lo sacaría de las drogas, la delincuencia y el maltrato de la calle... En fin, así pasaron unos interminables veinte minutos, hasta que le dije:

–Seguro me viste chiquita e indefensa; pero las apariencias engañan. No voy a permitir que te lleves algo que me pertenece, necesito y he trabajado para ganármelo. No es justo.

Mi amiga, ya desesperada, volteó y le dijo:

–Ya, mano, no creo que te vaya a dar el coche. ¿Por qué no te vas y buscas otro?

–Bueno, déjame salir –me pidió.

Finalmente abrí la portezuela y le jalé el asiento para que saliera. Me dio la mano, se disculpó y salió corriendo.

Fueron momentos muy angustiantes, pero ahora que lo veo en retrospectiva, también estuvieron llenos de paz. Sé que no fui yo quien dijo todo lo que dije. Sé que fue un Ser, un guía, un ángel que nos protegió y que me dio la dirección para hablar de la manera en que lo hice. Fue una fuerza superior, muy, muy intensa. Una presencia que, con el tiempo, se haría más presente, más patente en mi vida.

La siguiente vez que mi papá fue a Guadalajara, le platiqué el suceso. Su cara estaba pálida. Al terminar el relato y ver su expresión de desaprobación, le dije:

–De las pocas cosas que me imaginé en el momento fue tu cara de enojo al enterarte de que había perdido el coche en un asalto.

Muy apesadumbrado me respondió:

–¿Y no te imaginaste mi cara si alguien más me hubiera tenido que hablar para decirme que mi hija había muerto al haberse negado a dar su coche en un asalto?

No. La verdad no me imaginé esa opción, pero sus palabras llegaron más allá de lo que él se podía imaginar. ¡A mi papá le importaba si algo malo me sucedía! Eso hizo que el amargo suceso hubiera valido la pena.

Logré, además, salvar los mil libros de la edición que tenía guardada en la cajuela del coche, mismos que en menos de un año se vendieron en México, Puerto Rico, El Salvador y Estados Unidos.

CAPÍTULO 5

Mi vida siguió su curso. Estudiaba becada la carrera de mercadotecnia y administración y trabajaba en la compañía de helados más importante de Guadalajara. Además, encontré tiempo para hacer mi propia empresa de investigación de mercados y comencé los trámites para comprar un departamento a plazos, con el esfuerzo de mi trabajo. Había roto con Anselmo poco después de establecerme en Guadalajara, pero ahora contaba con el amor de Luciano, un hombre alto y guapo con quien llevaba ya varios meses de relación. La estatura parecía no importarnos. Él medía un metro ochenta, mientras que yo no alcanzaba –y sigo sin alcanzar– el metro y medio. El amor no parecía conocer fronteras ni en la talla ni en el nivel educativo. Él había dejado la carrera técnica y no pensaba continuar sus estudios, mientras que yo comenzaba mi licenciatura y planeaba hacer después una maestría. No importaba.

Así, entre tanta actividad, la compañía de Luciano y la satisfacción de mi departamento, pasaron varios meses, olvidando la soledad familiar y restándole importancia a mi enfermedad renal. Seguía la dieta en la medida de lo posible, dadas las limitaciones de tiempo, lugar y espacio por mi trabajo. Me sentía bastante bien, hasta que una mañana me costó mucho trabajo despertar. Había tenido insomnio y estaba muy cansada. Supuse que era el estrés por tanta actividad, pero además tenía náuseas. “¿Estaré embarazada? –me pregunté–. No, debe ser el estrés”, me repetí.

Llevaba seis años yendo semestralmente a ver al doctor en México con mis más recientes análisis de orina de veinticuatro

horas, biometría hemática y química sanguínea. Como mis resultados se mantenían estables, la mayoría de las veces me regresaba a Guadalajara el mismo día. Si llegaba a tener tiempo, lo organizaba para quedarme el fin de semana con mi hermano o alguna amiga para ponernos al tanto en nuestras vidas. “Ya le contaré al doctor todos mis achaques en la próxima consulta, en menos de un mes”, dije para tranquilizarme.

Fui a la ciudad de México a mi cita regular con el médico. Por cuestiones de trabajo tenía que regresar pronto a Guadalajara. Sin embargo, el doctor, al ver mis análisis, me dijo:

–¡Tu creatinina está en diez! ¿Qué haces parada?

–¡Cómo que qué hago parada! ¡Tengo mucho trabajo, doctor!
–le respondí.

–¡No puedes regresarte así! El momento se acerca, Luz, tu riñón está dejando de funcionar. Sabíamos que este día llegaría tarde o temprano. Tienes que empezar con hemodiálisis lo más pronto posible y para ello hay que hacerte una fístula intravenosa.

–¿Una qué?

–Hay que unirte una vena con una arteria para que tu sangre corra más rápido y así realizar las hemodiálisis. Esto es como un riñón artificial exterior que hará la función de purificar la sangre.

–Doctor, de verdad que tengo que regresar a Guadalajara. Tengo muchos asuntos pendientes que resolver.

–¿Puede ser algo más importante que tu propia vida? –me preguntó con un tanto de sarcasmo mezclado con preocupación.

Llamó al especialista en trasplantes, el nefrólogo que años atrás había diagnosticado mi enfermedad y que ahora me iba a hacer la mentada fístula.

–Casualmente tengo una convención en Guadalajara en tres días. Allá te opero –me dijo.

Sin más remedio, asentí. Así terminó esa consulta.

–¿Cómo te fue? –me preguntó mi hermano, al recogerme del doctor.

–Ha llegado el momento, gordo. Mi riñón ya no funciona.

–¿Qué significa eso?

–Me tienen que hacer un trasplante lo más pronto posible, pero antes tengo que tener una cirugía y unas hemodiálisis. No entiendo bien lo que sea, pero dicen que es para limpiar mi sangre.

–Gorda, ya te lo había dicho hace unos años y te lo repito ahora: si necesitas un riñón, cuenta con el mío.

No lo pensó dos veces. “¡Cómo! –dije para mis adentros–. Mi hermano, que ante una inyección se desmaya, ¿está dispuesto a arriesgar su vida por mí? Mi hermano, con el que poco he compartido, que casi no ha vivido de cerca mis penas y glorias, ¿está dispuesto a salvarme la vida? ¡Qué acto tan heroico!”

No tenía palabras para agradecerle tanta bondad y entrega.

–Gracias, gordo –fue lo único que logré articular, llena de admiración y gratitud.

Me sentía muy débil. Es curioso... no me había sentido tan mal, hasta ese momento en que, con la noticia, toda la enfermedad de seis años cayó sobre mí; como si de repente me hubieran puesto encima un bulto de cemento. El final, fuera cual fuera, se estaba acercando.

Regresé a Guadalajara a hacer los preparativos necesarios para mi ausencia, tan larga como ésta pudiera ser. El negocio de las investigaciones se quedó a cargo de Rafael, un gran amigo que trabajaba para mí. Dios lo bendiga. Me ayudó mucho. También tuve que darme de baja en la universidad. “Ni modo –me dije–, perderé un año de estudios, pero será en aras de salvar toda una vida que quiero tener por delante. ¡No voy a morir aún!”

CAPÍTULO 6

La fístula que me hicieron en Guadalajara se tapó. Tuve que regresar a la ciudad de México para que me operaran nuevamente. Llegué a casa de mi hermano, esta vez con más holgura, por lo que aproveché para hablarle a varias amigas, entre ellas a Iris, amiga de los scouts a quien quería muchísimo.

–Hola –le dije– estoy en México.

–¡Qué bueno! –me respondió–. Quisiera verte. Tengo algo muy importante que decirte.

–Me operan mañana por la mañana, es una cirugía ambulatoria. Si me siento bien al salir, me voy a tu casa a platicar.

–Perfecto.

–Nos vemos mañana, entonces.

Me fui sola al hospital pensando en lo valioso que eran para mí las amistades. Durante el trayecto recordé los momentos gratos de mi adolescencia: vivencias en los scouts, cuando nos otorgaron a Aura –hermana de Iris, entonces mi mejor amiga– y a mí la insignia Phoenix, el máximo distintivo de la tropa femenil. Recordé el tiempo que nos tomó conseguirla y todo lo que habíamos aprendido en el camino. Haber sido las primeras en toda la República mexicana en obtenerla fue motivo de gran orgullo. Aún ahora la imagen de todo el grupo scout gritando la porra: “¡Rrráu, Rrráu, Rrráu!” sigue poniéndome la piel de gallina. De hecho, recientemente me habló la guía actual de la patrulla que yo iniciara en 1982 para avisarme que habría un brindis por los cuarenta años del grupo al que pertenecí. Querían que estuviera presente por haber sido una de las pioneras de la tropa y la primera guía de la

patrulla Pelícanos-Sheratan. Fueron momentos muy gratos de mi adolescencia que aún ahora me enorgullecen.

Durante el camino al hospital también pensé en mis amigos de la juventud y, sobre todo, en mi ex novio Anselmo. Él había sido mi primer amor. Con él me hice mujer y experimenté las delicias de la ternura y de la pasión. Fue mi entrañable compañero, con quien tuve una intensa relación de casi cuatro años. Él me apoyó en cada paso de la enfermedad de mi mamá. Él era el que me ayudaba a olvidar, aunque fuera por un rato, las penas que pasaba en casa con mi madre alcoholizada.

Junto con él, Iris, su novio Darío, Aura y Francisco habíamos formado el grupo de *Los LPC*, es decir, “los Puros Cuates”. Seis jóvenes adolescentes en busca de aventura y relajación, de fiestas y bailes. Amigos entrañables de los scouts que me ayudaron a sopesar toda la angustia y responsabilidad que vivía en mi casa. Nuestro talismán: una herradura de caballo con seis hoyos, representando a cada uno de nosotros; nuestra canción: *Foot-loose*; nuestro modo de transporte: la caribe blanca de Darío.

Recordé cómo los *LPC* habíamos sido tan unidos que los sentimientos entre unos y otros se mezclaban. Tanto, que entre Anselmo y Aura empezó a haber —o al menos así me lo parecía—, algo más que amistad. Comenzaron a frecuentarse a mis espaldas, a escribirse cartas, a platicar más. Yo me daba cuenta porque veía el auto de Anselmo estacionado afuera de casa de Aura cada vez que pasaba por allí, o porque cuando le hablaba a él por teléfono, escuchaba la voz de ella al fondo. Sabía que pasaban juntos mucho tiempo y eso me empezó a incomodar, a encelar.

Reflexioné entonces en lo importante que había sido la amistad de Iris cuando Anselmo se fue a vivir a Guadalajara y Aura a Italia. Aunque me sentía intranquila con sus aparentes flirteos, no podía negar que ambos habían sido para mí unos ángeles, mis mejores compañeros, mis más cercanos confidentes, mis apoyos más fuertes. Al irse los dos casi al mismo tiempo, me hubiera

derrumbado en la tristeza y soledad de no haber sido por Iris. Sa-
líamos al cine y nos quedábamos platicando hasta altas horas de
la madrugada, fumando y arreglando el mundo. Así sopesé la tris-
teza y valoré su amistad. Ahora, veinte años después, seguimos
frecuentándonos y queriéndonos muchísimo. Tanto, que se ha con-
vertido en la madrina de mi hija. Ella entró a mi vida como una
antorcha dispuesta a iluminar mi camino en los momentos de
mayor necesidad.

Recordé también cómo, un año después de que Anselmo se
fuera a Guadalajara, Marisol, mi papá y yo nos mudamos a esa
misma ciudad por influencia de Larissa. Estaba feliz de estar nueva-
mente cerca de Anselmo, mi adorado novio, esperando que mis
celos ya no tuvieran fundamento. Sin embargo, una tarde salí con
él a tomar un helado y encontré en su coche un cuaderno donde
tenía varios poemas que él había escrito para Aura. Parecía que el
tiempo y la distancia, lejos de separarlos, los estaba uniendo más.
Él me juró que no era cierto, pero me harté de sentir que tenía
dividido el amor de mi novio con mi mejor amiga. No me intere-
saba. Así que, sin más ni más, rompí con él.

Cuando falleció mi mamá y él se enteró, fue a México inmedia-
tamente a consolarme. Supongo que creyó que después del deceso
y de sentirme otra vez apoyada por él, regresaríamos. Ya de
vuelta en Guadalajara, me dejó una mañana un par de rosas en el
parabrisas de mi *Mayate*. Eran las rosas más hermosas que había
visto. Estaban tupidas de enormes pétalos llenos de color, de un
brillo inusual. Una era roja representando nuestro amor, la otra,
amarilla en símbolo de amistad. Cuando las vi, pese a su belleza,
las llevé directo al bote de la basura. Así, de tajo, quería romper
con cuatro años de amor y compañerismo. Ya no quería saber
nada de él. Esa tarde me fue a ver, y al darse cuenta de mi actitud
me gritó: “¡Tu mamá ha muerto, pero no por eso vas a enterrar
todo lo demás! ¡Yo sigo vivo y te amo!” Hice oídos sordos. Empe-
zaba para mí una nueva vida. Sí, estaba decidida a enterrar en la

sepultura de mi madre su amor y todo lo que en ese momento me hiciera daño, me doliera o me incomodara, ya fuera del presente o del pasado.

Pocos meses después conocí a Luciano y nos enamoramos perdidamente. Sin embargo, como era muy flojo y casi no trabajaba, decidí romper con él tras casi un año y meses de noviazgo. Anselmo me volvió a buscar. Al darme cuenta de que Aura ya había regresado a México y que la relación entre ellos no había prosperado, no sólo regresamos, sino que decidimos vivir juntos. En septiembre de 1988 dejé mi departamento para irme a vivir con él y con Daniel, otro amigo de los scouts y ex novio de Aura, que también se había mudado a vivir a Guadalajara. Nos autodenominamos la *Familia Dubach*, nombre compuesto por las dos primeras iniciales del segundo apellido de cada uno. Fue lo más cercano que tuve a una familia desde hacía mucho tiempo. Todo lo hacíamos por turnos: cada uno cocinaba un día, la limpieza de la casa la dividíamos por secciones, alternando las obligaciones para no hartarnos. El vehículo que utilizábamos también tomaba turnos entre el precioso Mustang gris de Anselmo, la moto Ninja de Daniel y mi *Mayate*. ¡Hasta la música que escuchábamos la escogíamos alternadamente! Fueron tiempos de mucha tranquilidad, estabilidad y comodidad, pero carentes de emoción. Yo me sentía hueca, vacía.

Fue entonces cuando el destino me jugó una carta inesperada: camino al supermercado, esperando en el Mustang a que el semáforo se pusiera en verde, Anselmo me tocó la pierna y me señaló a alguien que estaba parado en la esquina. ¡Era Luciano tratando de cruzar la calle! El corazón me dio un vuelco. Desde ese momento, no pude dejar de pensar en él. Dos días después sucumbí a la tentación de llamarlo por teléfono. Nos vimos y no pudimos volver a separarnos. Comencé entonces a vivir una doble vida: pareja de Anselmo durante el día en nuestra casita hermosa, y amante de Luciano en la noche en mi propio departamento. Así

pasaron unas cuantas semanas de hipocresía, pero también de mucha aventura. Mi vida tomó color con un matiz diferente.

La farsa terminaría pronto, sin embargo. Una noche, sin más, Daniel –que ya había vuelto con Aura– nos anunció a Anselmo y a mí su próximo matrimonio. Sentí que mi mundo se desmoronaba, pues de irse Daniel, la *Familia Dubach* desaparecería y me quedaría sola con Anselmo. No. No me gustaba la idea. Después de felicitar a Daniel y aparentemente celebrar, Anselmo se fue a dormir. Me quedé sola con Daniel y me puse a llorar. Él no entendía mi tristeza, hasta que le confesé mi situación, mi doble vida y la infidelidad en la que vivía. Él no lo podía creer.

–Luz, tu mundo externo lo tienes perfectamente organizado y controlado, pero tu mundo interno es un verdadero desastre. Tienes que hacer algo. No puedes seguir así.

Tenía razón. Era obsesivamente organizada. Mi agenda no sólo era una herramienta de trabajo, era mi manera de tener controlada mi vida, al menos por fuera. Pero más cierto era que mi vida interior sufría una descompensación imposible de controlar. Me había desbocado y no sabía cómo retomar el rumbo. Decidí sincerarme con Anselmo.

–Amo a Luciano –le dije sin más al día siguiente–. Cuando me lo señalaste en el semáforo, algo muy profundo se movió dentro de mí. Le hablé por teléfono para saludarlo, nos vimos y desde entonces no lo he podido dejar. Te soy infiel, Anselmo, y no creo que sea justo para nadie, mucho menos para ti. Ahora que Daniel se casa, tú y yo viviremos juntos, solos bajo el mismo techo, pero mi corazón estaría en otro lado. Estoy muy confundida. Creo que es mejor que me regrese a vivir a mi departamento.

–Me dejas frío, totalmente perplejo. No me lo esperaba en lo absoluto. Estoy muy herido, pero creo comprenderte –me dijo con el corazón destrozado, pero queriendo justificarme hasta en eso–. Has sufrido muchas penas y necesitas liberarte. Te amo,

Luz, y quiero lo mejor para ti. Si eso implica renunciar a ti, estoy dispuesto a hacerlo. Ya te recuperaré una vez; espero recuperarte después. Sólo te pido que te des un tiempo para ti, sola, sin estar con él ni conmigo. Tranquilízate. Analiza tus sentimientos, tus motivos y tus impulsos. Puede que lo que sientas por Luciano tampoco sea amor. Ése es mi mejor consejo, como amigo, como amante, como el ser que más te quiere en el mundo.

Empaqué mis cosas y esa misma noche me regresé a mi departamento. Se me hizo muy coherente y sabio lo que Anselmo me había sugerido. Por amor y respeto a él, y sobre todo a mí misma, estaba dispuesta a seguir su consejo. Deseaba estar sola por un tiempo. Necesitaba centrarme y saber lo que quería, pero Luciano me esperaba en mi departamento. Lo abracé liberada. Al soltarnos de ese abrazo le conté la sugerencia de Anselmo y mi disposición de llevarla a cabo.

—Déjame sola, Luciano. Te llamaré cuando arregle mis sentimientos y sepa bien qué y a quién quiero.

—Está bien. Sólo te pido un beso de despedida.

El beso duró toda la noche y varios meses más. Ya no salió de mi departamento. No pude separarme de él. Olvidé mi promesa y mi decisión de romper con ambos. Por falta de madurez o de fuerza de voluntad, no arreglé mis sentimientos. Simplemente fluían o se atrofiaban. Esta vez los dejé fluir a favor de mi amor por Luciano.

Todo eso sucedió en 1988, antes de que mi enfermedad se declarara mortal. Yo trabajaba, estudiaba y había comenzado mi empresa de investigaciones. Me sentía plena y, sobre todo, enamorada. Vino mi papá de Washington y Luciano aprovechó para hablar con él y confesarle su amor por mí. Le pidió formalmente autorización para vivir juntos, con la promesa de casarnos en cuanto nuestra economía se estabilizara. Él, para variar, no tenía trabajo. A mí no me importaba pagar todas las cuentas hasta que él comenzara a trabajar. Mi papá no tuvo más remedio que aceptar,

supongo que por lo feliz que me veía. De cualquier forma, el destino me la iba a cobrar más adelante.

Volví al momento presente, en 1989, al microbús que me llevaba al hospital. No cabe duda de que había sido bendecida con grandes amistades y con fuertes amores. Paradójicamente, en ese momento en que estaba por tener una cirugía, no contaba con alguien que me acompañara ni me apoyara en caso de alguna complicación.

Gracias a Dios todo salió bien. La operación fue todo un éxito. Hasta salí caminando del quirófano y, conforme a lo planeado el día anterior, tomé el camión rumbo a casa de Iris. Tras una breve plática sobre cómo me sentía y cómo me había ido en la intervención quirúrgica, me soltó de golpe y porrazo una noticia que no me esperaba:

–Luciano te pinta el cuerno –me dijo.

Sentí que el corazón se me achicaba, se me secaba como ciruela pasa. ¡No lo podía creer! Es lo que menos esperaba oír en esos momentos tan duros y críticos de mi vida.

–Yo tengo la culpa.

Volví a mis recuerdos de horas atrás, cuando justamente reflexionaba sobre cómo le había sido yo infiel a Anselmo. Había llegado la hora de ajustar cuentas. Iris me estaba abriendo los ojos. Me comenzaba a explicar cómo Daniel lo había visto con otra mujer en mi coche, saliendo de una discoteca. Él no se había atrevido a decírmelo, pero se lo comentó a Iris, para que, por su medio, me enterara. Ella, debido a la relevancia del caso, decidió ir primero a Guadalajara a corroborarlo. Y sí, era cierto, y sentía la responsabilidad moral de decírmelo. No quería que estuviera esperanzada con alguien tan ruin y tan bajo.

–Yo tengo la culpa –repetí al regresar de mis recuerdos–. Le fui infiel a Anselmo y ahora lo estoy pagando. Además, a Luciano lo he estado manteniendo, y por darle de más, lo he hecho un flojo.

¡Pero supuestamente nos amábamos! ¡Pronto nos casaríamos! ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Regresar a Guadalajara,

mentarle la madre y quedarme sola y enferma? Debatí en mi interior: ¡Lo necesitaba más que nunca!, pero no podía denigrarme; nunca lo había hecho. ¡No lo iba a hacer en esos momentos! Decidí cambiar mis planes y regresar esa misma noche a Guadalajara para hablar con él. Tomé el avión de regreso con el corazón destrozado y la herida del brazo recién operado sangrando.

Eran las once de la noche cuando llegué a Guadalajara. Luciano no estaba en casa, tenía mi coche y no había escuchado mis recados pidiéndole que fuera a recogerme al aeropuerto. Así que tomé un taxi a mi departamento. Él se apareció hasta las cuatro de la mañana. Lo confronté en el acto. Por supuesto, negó todo, pero sus hechos hablaban por sí mismos. De cualquier forma, ya no tenía energías ni ánimos para indagar más. No estaba en condiciones de hacerlo ni víctima ni verdugo. Así que le hablé con claridad:

—Mira, Luciano, no sé si me amas o no. De hecho, en estos momentos ya ni me importa. Algo se ha roto entre nosotros, algo irreparable: la confianza, pero independientemente de eso, hay otro factor: tú has vivido a mis expensas durante varios meses. Has hecho uso y desuso de mi departamento y de mi coche, yo pago las comidas y nuestras cada vez más esporádicas salidas. Digamos que ahora te toca corresponder. No puedo quedarme sola. Mi familia, como sabes, está parte en Estados Unidos, parte en México. Mientras esté en Guadalajara, te ocuparás de mí, me llevarás al hospital a mis hemodiálisis y verás por mí. Si no es por amor, tendrá que ser en retribución por todo lo que yo he hecho por ti. No se hable más del asunto.

No sé de dónde saqué tanta claridad, dirección y precisión para hablar. Seguramente fue la misma presencia divina que me acompañó aquel día del asalto a mano armada. Esa presencia que ha de estar todos los días conmigo, que poco a poco se manifiesta de una o de otra manera en momentos difíciles, circunstancias adversas y tiempos de cambio. Sea lo que sea, lo agradezco.

CAPÍTULO 7

Mi deterioro físico se aceleró rápidamente. La fístula, por mi abrupto viaje de regreso a Guadalajara, se abrió. Temía que tampoco sirviera. Un doctor logró salvarla y, gracias a eso, comencé las famosas hemodiálisis que me cayeron como bomba. Me sentía muy débil durante el largo proceso de cuatro horas que duraba cada tratamiento, dos veces por semana.

En una ocasión vomité a la mitad del procedimiento. Sentí que la fístula donde estaba conectada a la máquina de hemodiálisis iba a explotar. Debido a esa sensación horrorosa, decidí cerrar la boca y no dejar que me saliera más vómito. Me lo tragué. Pedí que me desconectarán. No podía más. Tuve una broncoaspiración y las enfermeras no se dieron cuenta, yo no sabía qué me había pasado; pero me sentía como trapo. Así me mandaron a mi casa. Conforme fue pasando la noche, la cosa empeoró. No podía respirar. Mientras Luciano dormía como tronco, yo moría poco a poco de asfixia. No podía ni gritarle, ni pararme a decirle lo mal que estaba. Creí que allí, en aquel sillón rosa donde estaba semiacostada, moriría. Eran mis últimas horas. Me envolvió una gran luz que me llenó de paz.

Como a las 6:30 a.m. sonó el teléfono y, gracias a Dios, Luciano despertó para contestarlo. Era el doctor que había hablado para preguntar cómo seguía. ¡Un milagro! Fue entonces cuando Luciano se dio cuenta de mi estado. Alarmado, le dijo al doctor:

—Está como hilacho y amarilla. Tiene los ojos abiertos, pero no habla.

—¡Tráela al hospital inmediatamente!

No me podía ni parar...

Mi *Mayate*, con el problema del encendido electrónico, no quiso arrancar. Era como si se negara a llevarme en tan deplorable estado a ningún lugar, con miedo a que ése fuera mi último viaje. Luciano pidió entonces un taxi. He de haber perdido la conciencia, pues no recuerdo el camino. Sólo recuerdo haber llegado al hospital y al doctor diciéndome: “No le hagas al tío Lolo, ¡respira!” Perdí la conciencia nuevamente...

Después de varias horas —o días, no sé—, me pasaron de terapia intensiva a una habitación del hospital. Cuando recobré el conocimiento, casualmente estaba conmigo la hermana de una amiga mía, quien con paciencia de santa estaba tratando de hacerme volver. Se llamaba Luz, igual que yo, lo que tomé como buen augurio, como un espejo mostrándome la vida, dándome esperanzas. Me acariciaba la mano. Poco a poco recuperé el sentido, aunque aún no podía hablar. Vi entrar a gente querida a mi cuarto. Luciano les ha avisado de mi estado. Varios lloraban. Parecía como si hubieran ido a despedirse de mí. “¿Tan mal estoy?”, pensé para mis adentros. Yo ya me sentía mejor. Me dijeron que mi hermano y un primo venían en camino desde México. “Al menos iba a tener la oportunidad de despedirme de mis seres queridos”, seguí reflexionando, pero ¿y mi papá y mi hermana? No, ellos no vendrían.

Conforme fueron pasando los días, me fui recuperando, pero no quería que me hicieran más hemodiálisis. ¡Las odiaba! El doctor decidió entonces que era mejor que recobrar fuerzas y transferirme a México lo más pronto posible para seguir allá mi tratamiento. De cualquier forma, en esa ciudad se realizaría el trasplante, así que prefirió que mis doctores del D. F. dictaminaran lo concerniente a las hemodiálisis. Además, así seguirían haciéndole los exámenes de compatibilidad a mi hermano.

Cuando tuve la suficiente fuerza para salir del hospital, Luciano y mi hermano me llevaron a México. Pasaron unos cuantos días

más entre análisis, exámenes y hemodiálisis. Todo se estaba alistando para el trasplante. ¡Por fin llegó mi papá!

Era la noche del día nueve del noveno mes de 1989. Números que parecen no decir nada, pero que numerológicamente sembraban sigilosamente mi destino. En cuatro días, el 13 de septiembre sería el trasplante. Estaba muy débil. No tenía fuerzas ni para escribir; pero oí una voz que me dijo: *Te salvarás* y me quedé dormida.

Dormí durante varias horas, hasta que otra voz me despertó con la frase: *No he venido a llamar a los sanos, sino a los enfermos*. Ya me sentía mejor, así que me incorporé para escribir un poco. Terminé el escrito con esto:

Estoy tranquila con la vida porque sé que si Dios me da la oportunidad de seguir viviendo, será un renacer, un volver a empezar, un disfrutar de cada momento, un luchar por triunfar, por amar de verdad. Será aceptar la vida con un verdadero SÍ. Será dar lo mejor de mí. Y si he de morir, me voy tranquila, en paz, con la seguridad de que seré recordada y de que dejo gente que seguirá lo que yo no pude terminar.

En el momento de entrar a cirugía, mi hermano y yo íbamos a la par, cada uno en su camilla. Logramos tomarnos de la mano. Nos unía la angustia, el temor y la incertidumbre; pero también nos enlazaba el amor. Tras unas horas, nos uniría, además, un lazo físico aún más grande: un riñón que pasaría de su cuerpo al mío para siempre. “¡Hasta pronto, gordo!”, logré decirle antes de que nos separaran para conducirnos a nuestro correspondiente quirófano.

Durante la operación oí voces. Supongo que eran los doctores hablando, o quizá mi ángel o guías del más allá que me estaban dando alguna lección para llevarme de regreso a la vida, cuando despertara. No lo sé. Aunque estaba totalmente anestesiada, las

voces llegaban contundentes. No era claro lo que decían, ni tenía conciencia de las palabras, pero me ayudaron a perderme en la inconsciencia, en el limbo...

–¡El trasplante ha sido todo un éxito! –fue lo primero que oí decir al doctor cuando desperté.

No sabía si se dirigía a mí o a mis familiares que estaban como a cinco pasos de mi cama. Seguía somnolienta. Estuve dormida poco más de ocho horas. Las primeras palabras que recuerdo haber dicho son:

–Doctor, quiero ayudar a los enfermos del riñón. Que mi experiencia sirva a otros.

–Poco a poco, Luz, todo a su tiempo –me respondió–. Hay más tiempo que vida.

–¡Hummm! ¡Qué rico es el consomé de pollo de este hospital! –dije al primer bocado.

Lo que no sabía es que no era que el consomé de hospital fuera rico, sino que llevaba tanto tiempo sin el sentido del gusto, que poco a poco fui perdiendo con la insuficiencia renal, que, al recordarlo, ¡hasta el consomé tan insípido del hospital me supo a gloria! ¡Fue el mejor manjar que había comido en años! ¡Todo me sabía sabroso! Y así comencé a subir de peso. Al momento del trasplante, a mis veintiún años, sólo pesaba veintisiete kilos. Era prácticamente un hueso. Tras la cirugía, en menos de dos meses, subí veinte kilos. Desde ese momento, tomar medicamentos sería parte de mi rutina diaria. El complejo inmunosupresor –como le llaman los médicos– consta de tres medicamentos que debería tomar de por vida para evitar el rechazo del nuevo riñón trasplantado. Medicinas carísimas y que, además, tienen efectos secundarios. De eso me preocuparía después. Por lo pronto, lo importante era salir adelante.

Estaba feliz de haberme salvado, pero bastante confundida. Mi vida de pronto había cambiado radicalmente: perdí la beca en la universidad por haberme dado de baja para la operación; mi

novio Luciano se había ido a Guadalajara y no había regresado a verme; mi departamento en Guadalajara –según me decían– estaba hecho un desastre, y yo parecía pelota por los efectos de las medicinas y de todo lo que había engordado. No reconocía mi propia faz. Me costó mucho trabajo aceptar que ésa era mi nueva vida. Estaba muy deprimida. Comencé a creer que me estaba volviendo esquizofrénica, pues en la noche las voces volvían a mi cerebro, me hablaban, me daban ideas y sentía un fuerte impulso de escribir, así que tomé papel y pluma.

En resumen, esto es lo que me transmitieron, dirigiéndose a todos los seres humanos:

No es por casualidad que nos encontramos aquí, en este lugar, con este espacio, con esta gente, en este momento.

Henos aquí por un motivo, el cual generalmente desconocemos. A medida que vayamos comprendiéndonos a nosotros mismos, como parte de un TODO, y a la vez como individuos independientes capaces de realizar lo que queramos, encontraremos PAZ, y esa paz es DIOS.

No hay bueno ni malo, no hay justo ni injusto. Sólo será si nosotros así lo creemos. Tampoco hay tiempo ni espacio... es el HOY y el AHORA, y es en este momento en el que debemos dar lo mejor de nosotros mismos con el fin de encontrarnos cada vez más.

No hay obstáculos... sólo los que NOSOTROS MISMOS ponemos ante nuestro cuerpo, nuestra mente, nuestro espíritu.

¿Dinero? Es bueno y malo, según queramos utilizarlo. ¿Salud? ¿Problemas? ¡TODO! Igual pueden ayudar a encontrarnos tanto como llevarnos hasta nuestra perdición.

Estamos aquí para manifestarnos. ¿Cómo? Como nuestro espíritu y nuestro interior nos lo indiquen: algunos con el fanatismo religioso; otros, con la escritura; otros, como profesionistas; otros como mártires, algunos otros como...

Lo importante es CREER en lo que se hace, entregarse a esa causa, hacerlo por algún motivo que nos llene.

No podemos culpar a nadie más que a nosotros mismos de nuestro destino, o de lo que algunos llaman suerte. El sufrimiento existe y, a veces, es inevitable, como lo es la muerte, pero aun esas fuerzas ajenas a nuestro poder son herramientas que debemos saber o aprender a manejar para nuestro beneficio y encuentro con nosotros mismos.

Nada ni nadie puede hacernos daño si no lo deseamos. Sólo la fuerza interna que poseemos y que debemos conocer dictaminará qué circunstancia, persona, cosa o hecho nos mueve para nuestro bien o nuestro mal y hasta qué punto. Lo cierto es que TODOS participamos en el crecimiento y transformación de nuestro universo con el fin de que llegue a la total armonía.

CAPÍTULO 8

Durante el proceso de recuperación, mi hermano y yo vivimos juntos en un departamento en la ciudad de México. Estuvimos muy unidos. Creo que fue entonces cuando comenzamos a conocernos de verdad. Supe que era un hombre admirable, que luchaba por conseguir todo lo que se proponía. Su recuperación de la cirugía fue sorprendente. En menos de un mes ya estaba haciendo su vida perfectamente normal. Le encantaba el arte. Yo disfrutaba viéndolo pintar. Aprendí mucho de él y gracias a él escuché por primera vez lo que era la tendencia dadaísta, y ahora, cada vez que analizo una pintura, no puedo sino pensar en Pablo y en esos meses que compartimos.

Aunque me iba recuperando muy bien de la cirugía, extrañaba tanto a Luciano que no lograba conciliar el sueño. A diario le hablaba por teléfono y él prometía que al día siguiente iría a verme. Ese día nunca llegó; eran falsas promesas. Ya no contaba con él, ipero seguía usando mi departamento en Guadalajara! ¡Estaría abusando de mí hasta en eso? ¡No lo podía creer!

Mi papá iba y venía de Washington constantemente, en parte por trabajo y en parte para ver cómo íbamos mi hermano y yo. Nuestra relación también recuperó la cercanía de antaño, me apoyaba en lo que podía. Cuando estaba en México me acompañaba a mis revisiones médicas. En cierta ocasión, casi al mes de la cirugía, fuimos al doctor. Al ver mi cara de tristeza y angustia por la situación con Luciano, me dijo: “Luz, vas muy bien en tu recuperación. No quiero que nada se interponga. Te sugiero que vayas a Guadalajara y arregles lo que te preocupa. Es más probable que

deteriores tu salud con tanta angustia, que haciendo un viaje a tan pocos días de tu cirugía”.

No me lo dijo dos veces. Al día siguiente mi papá y yo volamos a Guadalajara. Llegamos a mi departamento a medio día y al entrar a mi recámara vi a Luciano dormidote y el anillo de otra mujer en mi buró. ¡Sólo eso me faltaba! ¡Aparentemente no sólo vivía de mi dinero, en mi departamento, sino que, además, tenía el descaro de traer a la vieja a mi casa! Él se excusó diciendo que era un anillo que había conseguido para vender y así pagarme todo lo que me debía. No sabía si reírme o agarrarlo a bofetadas. Mi departamento estaba hecho un asco. Mi papá quiso interferir sacándolo a patadas, pero al ver su intención, le dije: “Papá, este hombre no se va sin antes dejar este departamento impecable. Nada más falta que yo tenga que limpiar toda esta porquería”. Dos horas después lo saqué de mi casa y lo despedí de mi vida.

Fue una relación de más de dos años, muy intensa y hermosa, gracias a la cual aprendí mucho, pero con la que también sufrí y crecí a la mala. No entiendo cómo y cuándo me dejé llevar y cegar de tal forma para que me viera la cara tan abiertamente. No sé cómo fui tan ingenua, pero no me arrepiento de haberlo vivido ni de haberlo terminado. El último adiós fue breve, sin lágrimas ni desatinos. Con un “buena suerte en tu vida” se rompió esa promesa de amor que algunos meses antes nos habíamos hecho: vivir juntos para siempre. ¡Menos mal que no la llevamos hasta el altar! Además, una nueva promesa se abría ante mí: la esperanza de una vida sana, libre y llena de retos. No me dejaría vencer.

Regresé a México más tranquila, triste, sí, pero con la certeza de recomenzar mi propia vida sin lastres ni ataduras. Seguí con mi proceso de recuperación, aunque cada vez con más ganas de retornar y rehacer mi vida en Guadalajara. Haber estado allá unos cuantos días, me impulsó a pensar en las nuevas oportunidades que se abrirían en el trabajo, con mi empresa... en fin ¡tenía muchos proyectos que quería realizar!, pero los doctores prefirieron

que permaneciera unos meses más en la ciudad de México. Ya habría tiempo para lo demás: “Cierto que volverás a hacer una vida normal, pero todo a su tiempo, Luz”, me repetía el doctor constantemente. Todos los días hacía nuevos planes y proyectos para cuando regresara a mi hogar.

Mientras tanto, convivir de cerca con mi hermano me ayudó a valorar lo grandioso que era y a conocer más sobre él. Comencé a darme cuenta de que sus amigos eran muy cariñosos, en especial uno con el que había vivido algún tiempo. Además, como estaba estudiando en la Academia de Arte de San Carlos, sus compañeros, como buenos artistas, eran bohemios, pero, para mi gusto, un poco raros. Trataba de no juzgarlos. “Cada quien es como es”, me autoaleccionaba. Hasta que una noche uno de sus cuates se quedó a dormir con mi hermano. A la media hora empecé a escuchar ruidos muy extraños, quejidos y suspiros provenientes de aquella habitación. “¿Qué? ¿Qué está pasando?” Mis conjeturas llegaron a la evidente conclusión: mi hermano era homosexual.

Al principio me fue difícil aceptarlo, sobre todo porque aún no tenía la confianza para preguntárselo ni para hablar directamente con él sobre el asunto. Sentía que si él no había querido decírmelo, yo no tenía por qué cuestionarlo. Así que guardé el secreto varios años, hasta que él quiso abrirse y compartir su vida privada conmigo, cosa que le agradezco de todo corazón. En ese entonces, sin embargo, no sabía cómo manejar la situación. Quería tomarlo con naturalidad, pero era muy duro. Sí, muy duro. Pedí iluminación, guía y dirección al respecto. Sabía que por medio de mi mano vendría la respuesta. Así que me puse a escribir.

Comencé:

No creo conveniente juzgar, ya que lo que es bueno para mí, no necesariamente lo es para los demás y viceversa. No puedo conocer la realidad total de los demás y por eso no debería emitir juicios

sobre ellos. Puedo decir lo que opino, pero no debo —ni puedo— tratar de cambiarlos. Es probable que ésa sea su manera de manifestarse, de encontrarse a sí mismos. No puedo censurar a los homosexuales, a pesar de que me cueste trabajo aceptar su realidad. Si deseo hacer algo, simplemente es dejar que encuentren su camino hacia sus verdaderos “yo”. No censurar.

Me cuestioné, entonces, sobre la religión, sobre los valores, sobre lo que supuestamente debía ser lo correcto. Crecí con lineamientos religiosos muy estructurados y rígidos respecto a estos temas. Mi mano respondió:

No hay mejor ni peor religión. Todas son medios. El fin último es siempre el mismo: Dios, uno mismo, la paz, la felicidad. Llámese ésta Infinito, o Sol, o Yahvé, o Buda o Cristo o Yo Soy. Cada uno debe escoger su medio. Todos pueden tanto ayudar como perjudicar. ¿Qué valdrá más: un ateo que no crea en nada, pero que sigue su propia filosofía y la manifiesta con amor hacia sí mismo y hacia los demás, o un judío, mahometano, católico, o como quiera llamársele, que únicamente se reprime por “cumplir con las prohibiciones de su religión”, pero que no las utiliza para liberarse y encontrarse a sí mismo, para amar Y RESPETAR a los demás?

Ese día comprendí que, por un lado, mi religión me había ayudado, pero por otro, que me había limitado, al incitarme a juzgar a quienes amaba. Decidí amarlo como era.

CAPÍTULO 9

Por fin, cuatro meses después del trasplante, regresé a Guadalajara. ¡Pondría todos mis proyectos en acción!

Primer proyecto: iniciar una empresa de reclutamiento y selección de personal con mi amigo Rafael, quien estuvo encargado del negocio de investigaciones de mercado durante mi trasplante. La idea de este nuevo negocio surgió tres meses atrás, cuando terminé con Luciano. En ese entonces, Rafael y yo habíamos quedado en que, para comenzar la empresa, él se encargaría de vender mi coche y, con el dinero, rentaríamos una casa donde pondríamos la oficina y viviríamos él, su familia y yo juntos. Así no estaría sola en mi departamento en caso de sufrir alguna eventualidad con mi riñón. Ellos estaban dispuestos a ayudarme si se requería. Sonaba bien.

A mi llegada, sin embargo, cuando él ya había vendido mi coche, las cosas comenzaron a tomar un matiz diferente, más real: ya no contaba con mi *Mayate* y Rafael no podía llevarme y traerme a todos lados. El plan de vivir juntos en la casa ya no era tan ideal, pues se combinaban no sólo gustos, sino actitudes diferentes bajo un mismo techo. Económicamente, había entendido que yo ponía el capital inicial con mi coche y que él y su familia se encargarían de los primeros meses de renta, hasta que el negocio reeditara. Ellos, por su parte, supusieron que también aportaría dinero mensualmente desde el principio para gastos de manutención, renta y mobiliario, cosa que no estaba dentro de mis posibilidades. Además, se me hacía injusto, dado que ya había sacrificado mi coche para iniciar. Me sentí acorralada. Empecé a percibir

que en toda circunstancia quedaba en desventaja y que así no me convenía vivir con ellos. Dejar mi departamento para hacer este cambio se me hizo de pronto un riesgo muy grande. Tras varias noches de insomnio y de angustia, me eché para atrás en ese primer proyecto. Me costó mi coche, un negocio posiblemente próspero y la ilusión, pero sobre todo, la amistad de mi gran amigo y casi socio, Rafael. Eso fue lo que más me dolió. De alguna manera sentía que lo había traicionado, cuando en realidad había sido un proyecto planteado y platicado a destiempo, sin bases, salud ni dinero suficiente por ambas partes.

Por si fuera poco, mi papá me obligó a pedirle el dinero del coche de regreso, cuando lo que yo quería era dejar el asunto en paz. Sabía que con mi decisión los había perjudicado mucho, debido a que ellos se habían echado el compromiso de rentar una casa más grande, fuera de sus posibilidades, para convertirla en negocio. Sin mi participación y conexiones empresariales, ellos tendrían mayor dificultad para sacar el negocio adelante y, por ende, la renta y los gastos de la casa. Ya me sentía bastante mal con esto como para cobrarles el coche, pero mi papá me dijo: “Una cosa es la amistad y otra el negocio. Si las cosas no estuvieron bien planteadas y ni siquiera se inició la empresa, cada uno debe recuperar su inversión, ya sea en capital o en especie”. Una gran lección.

Con el tiempo, Rafael me pagó hasta el último centavo, lo que reconozco como muestra de honorabilidad y honradez de su parte. Por azares del destino, hace poco vi en la revista para la que escribo una nota sobre él y su próspero negocio. En aquel entonces él tenía un proyecto que consideraba casi imposible de realizar: televisión en tercera dimensión. Junto con su esposa logró sacarlo adelante y ahora se están haciendo millonarios. Lo busqué para felicitarlo en su empeño por hacer realidad sus anhelos. Nos vimos en un café. Con gran entusiasmo me puso al tanto de todo lo que había logrado desde la última vez que nos vimos.

Después me tomó la mano y me agradeció que entonces hubiera decidido renunciar al proyecto, pues con eso él también había aprendido mucho. Según cuenta, gracias a esa decisión se le abrieron nuevos horizontes, mismos que ahora lo estaban llevando a la cumbre. De haber sabido esto entonces, no me hubiera hundido tanto. Trece años de sentirme culpable llegaban a su fin con sus palabras de agradecimiento. Mi alma descansó. Le deseo todo el bien que se merece.

Segundo proyecto: reincorporarme a la compañía de helados más grande de Guadalajara, donde estaba encargada de las comunicaciones, además de ser asistente de reclutamiento, selección y capacitación de personal. El creador y entonces dueño de la empresa me quería mucho. Había sido mi padrino al iniciarme como empresaria juvenil. Siempre le guardaré todo mi amor y cariño. Ya sea por eso o por el buen desempeño que tenía antes del trasplante, no habían dejado de pagarme durante los meses que estuve ausente. Quería recompensar a la empresa presentándoles nuevos proyectos. Así, comencé un boletín informativo interno, ayudé a coordinar la revista corporativa y reestructuré el manual de franquicias, pero mi estado de ánimo, mi frágil salud, el desatino del negocio y la soledad familiar me abrumaban. Lloraba todo el día, incapaz de realizar mis labores adecuadamente.

Entré en una crisis depresiva. Me sentía inútil y suponía que me estaban haciendo el favor de mantenerme en el trabajo por caridad humana, no por mis méritos. Tenía ganas de renunciar, pero necesitaba ese ingreso para subsistir, así que tuve que seguir de capa caída. Como ya no tenía coche, iba y venía en camiones —poniendo mi salud en riesgo— y dejando que los días pasaran sin remedio. ¿Para esto me había salvado? ¿Para esto había deseado tanto regresar a Guadalajara?

Tercer proyecto: arreglar mi departamento. Luciano lo había descuidado mucho y luego había quedado abandonado, por lo que francamente estaba en condiciones deplorables. Quería

remodelarlo, pero no tenía ni tiempo, ni dinero, ni la salud adecuada para hacer los arreglos pertinentes. No servía el escusado, el calentador explotó, la alfombra estaba asquerosa, la cocina cochambrosa... en fin, se estaba convirtiendo en un lugar prácticamente inhabitable. Mi huevito, mi resguardo, se estaba desmoronando como yo. No sabía qué hacer.

Casualmente, mi abuelo y su esposa Clarita –a quien siempre he considerado como una verdadera abuela– se habían mudado a Guadalajara durante mi recuperación del trasplante. Ahora creo que más que casualidad fue que me los enviaron como angelitos guardianes para ayudarme en estos tiempos de soledad y hundimiento. Un día en que me sentía muy desesperada, milagrosamente hablaron por teléfono para saludarme. Le conté a mi abuelo mi situación. Él me contestó:

–Bueno, hija, así es la vida. Ni modo. Espero que pronto te vaya mejor.

–Sí, abuelo, así lo espero yo también.

–Adiós, hija.

Me quedé llorando, sintiéndome sola, incomprendida y desprotegida. A los cinco minutos volvió a sonar el teléfono. Era nuevamente él.

–Hijita, acabo de contarle a Clarita lo que me dijiste. Quedamos de acuerdo en que no puedes seguir viviendo así. Te ofrecemos con los brazos abiertos nuestra casa para que te vengas a vivir con nosotros el tiempo que quieras.

–Abuelo, te tomo la palabra. El fin de semana me voy para allá, porque de verdad que ya no puedo más. ¡Mil gracias!

Fue un aliciente muy grande contar con manos familiares, cariñosas y protectoras. Iba por un fin de semana y me quedé tres meses. Clarita se portó conmigo como una madre, pero como seguía en depresión, sentía que era una carga para ellos.

Todos los proyectos por los que había regresado a Guadalajara se habían desmoronado en menos de dos semanas. Además, como

había perdido la beca, aún no podía reintegrarme a los estudios. No tenía aliciente ni razón que me motivara a vivir. No entendía por qué me había salvado. Lloraba. Lloraba a diario, a todas horas.

Algunas veces iba a visitar a mi amiga Myriad. Ambas llegamos del D. F. a vivir a Guadalajara el mismo mes. Coincidimos en la misma escuela, el mismo salón. Desde el primer día nos hicimos amigas. Teníamos circunstancias de vida muy similares: Ella había perdido a su padre en un accidente automovilístico. Juntas habíamos comenzado la empresa juvenil de sobres y papel para escribir *Duni: Diseños Unidos con Imaginación*, con la que ganamos el primer lugar en el programa de Desarrollo Empresarial Mexicano. Gracias a ese logro, fuimos a Puerto Rico representando a los empresarios juveniles. Aunque tuvimos nuestros malentendidos, vivimos momentos de mucha unión y le guardo gran cariño. Con los años, también su hermano resultó homosexual. Aunque eso no lo sabíamos entonces, algo inconsciente hacía que nos comprendiéramos y ayudáramos la una a la otra.

Un día durante ese periodo de depresión, mientras platicaba con ella en la cocina de su casa, entró su mamá. Al verme tan abatida me dijo:

—Luz, ¿qué haces sola, viviendo tanta desesperación? Estuviste a punto de morir. Lo que necesitas en estos momentos es el amor, apoyo y protección de tu familia. No tienes nada en Guadalajara que amerite quedarte aquí. Estás sufriendo carencias emocionales, físicas y laborales que puedes nutrir con tu familia cerca. Es una fortuna estar viviendo con tus abuelitos, pero a quienes verdaderamente necesitas es a tu padre y a tu hermana. Para salir adelante tienes que dejarte querer, que te atiendan un rato. Así te restablecerás más rápido y mejor.

Sí. Eso deseaba de verdad, pero ¿cómo le haría saber a mi papá que necesitaba ayuda, cuando siempre había sido yo la fuerte, la que todo lo podía y todo lo sacaba adelante? Mi orgullo por un lado y mi depresión por el otro no me dejaban pensar correctamente.

Las palabras de la mamá de Myriad, sin embargo, fueron como una luz, un destello de esperanza para salir de mi desesperación y de mi soledad. Sí, le haría saber a mi papá lo mal que me sentía y que necesitaba de su protección, compañía y amparo.

La siguiente vez que fue mi papá a Guadalajara por cuestión de negocios aproveché para compartirle mi desaliento y desesperación. A su regreso a Estados Unidos se lo dijo a Larissa y ambos decidieron apoyarme para que fuera a pasar el verano con ellos. Ella me había conseguido trabajo cuidando el bebé de una amiga suya, cuyo esposo tenía cáncer y estaría hospitalizado varios meses. No lo pensé dos veces.

CAPÍTULO 10

El 30 de abril de 1990 tomé el avión a Estados Unidos. ¡Por fin volvería a ver a mi hermanita, a abrazar a mi nena! Mi emoción fue en aumento mientras la sobrecarga anunciaba nuestro próximo arribo a Washington, D. C. No sabía cómo me vería mi hermana, con mi cara gorda, mis granos y mis vellos, sin olvidar mi estado de ánimo tan depresivo. Totalmente diferente a como ella, casi dos años antes, me había dejado de ver.

A mi llegada, la vi al final del largo pasillo que conectaba las salas de espera con el área de recepción de viajeros. Iba con Larissa, nuestra madrastra. Mi papá no había ido, pues, para variar, estaba de viaje. Por fin nos abrazamos. Su abrazo, un poco formal, un poco distante, me desconcertó, pero lo tomé como parte de mi baja autoestima. Sus únicas palabras hacia mí fueron: “No me acordaba de que fueras tan chiquita”. No supe si tomarlo como gracia, dado que ella, por supuesto, había crecido mucho, o como algo que dijo sólo para salir del paso, para no comentar algo más duro sobre mi físico tan alterado.

—¿Nos vamos a casa, mami? —le dijo a Larissa.

“¿Mami?”, pensé yo. ¿Las primeras palabras que oigo salir de su boca son para decirle mami a la esposa de mi papá? ¿Tan pronto se olvidó de nuestra verdadera mamá? ¡Quería gritarle desde mis entrañas que ella no era su madre!, pero no estaba ni en la posición adecuada, ni con el ánimo suficiente para empezar esta nueva etapa con problemas. La punzada en el estómago la iba a tener que dejar clavada. Ya habría tiempo para sanarla.

Llegamos a casa. Un lugar muy lindo y acogedor, pero falto de algo... no supe de qué. Al día siguiente comencé mi nuevo

trabajo como *baby sitter*. Fue muy lindo, pues por fin tuve una actividad con contacto humano cálido, sin sentirme juzgada o hecha menos.

Al regresar a casa trataba de sacarle plática a mi hermana, aunque la sintiera distante. En una ocasión me le acerqué y le dije:

–Hola, nena, ¿cómo te va? ¿Tienes tarea?

–¿Te pido un favor? –me respondió, haciendo caso omiso a mi pregunta– ya no me digas nena. Ya estoy más grande y el apodo me hace sentir aún niña.

–Está bien –le dije bastante herida.

Me di la vuelta y me fui. Salí a caminar, estaba desconcertada.

Lo pensé mejor. Era cierto: ya no era nena, tres semanas antes había cumplido dieciséis años. Merecía llamarse simple y llanamente Marisol, pero aún a mis entonces veintiún años, Iris y yo también nos decíamos así. No usaba el apodo por lo chiquita, sino por el trato cariñoso que nos dábamos. Pero era cierto: nos dábamos, tiempo pasado. La distancia de nuestros corazones era más grande que los kilómetros que nos habían separado. Ya no era la misma niña con la que compartí tantas cosas. Nuestras vidas habían tomado rumbos distintos por casi dos años. Ella tenía su nueva “mamá”, nuevos amigos, nueva escuela, su nueva vida. Yo era algo así como un anexo. Al menos así me sentía. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué estaba tan distante?

Con el tiempo me enteré de la manera en que Larissa la aleccionaba sobre la madurez, la fortaleza de carácter y, a la vez, se encargaba de desacreditarme como hermana, como ser responsable, como persona madura. Ciertamente, mi adolescencia fue bastante reventada, desenfrenada. No pretendo excusarme, pero si bien en ese entonces había llegado a casa a altas horas de la noche y había salido mucho con *los LPC* y con Anselmo, había sido para alivianar la presión que tenía de tanta responsabilidad como guardiana de mi mamá, ama de casa, estudiante y protectora de mi hermana. Además, sentía que a nadie le importaba a qué hora llegara a dormir. No tenía padres, como mis demás amigas, a los

que les importara si llegaba a buena hora. Como adolescente, lejos de sufrir esa carencia de protección paternal, la tomé como ventaja aprovechándome para hacer lo que me viniera en gana.

Marisol tuvo que saber de esto a través de los juicios que Larissa hizo sobre lo que yo le conté en México. En ese entonces, antes de que se casara con mi papá, creí que era mi amiga y le confiaba cosas, sin suponer que luego serían utilizadas para granjearse el amor de mi hermana y ponerla en mi contra. Marisol no tuvo más remedio que condescender a sus opiniones. De lo contrario, si refutaba algo, tendría que aguantarse hasta la madrugada sus interminables sermones aleccionadores del porqué ella tenía la razón. Su neurosis se estaba llevando entre las patas a mi hermana, pero yo era ajena a esa realidad. Sólo percibía que mi nena se alejaba de mí, aliándose con la esposa de mi padre; su nueva mami. De alguna manera me sentía más sola que en mi departamento de Guadalajara.

Ese verano, pese al distanciamiento de Marisol, fue alentador. Con la ayuda del precioso bebé que cuidaba, salí adelante. No cabe duda de que atender a un bebé cuando se está deprimido es la mejor medicina. Sus sonrisas tan angelicales, tan libres de prejuicios y de problemas, alegran el día de cualquiera de forma indescriptible. Además, sentirme útil, necesitada e indispensable para alguien, hizo que no tuviera tiempo de pensar en mis infortunios.

Siempre le agradeceré a Larissa, pese a todo, haber sido el puente que necesitaba para pasar de la depresión a la tranquilidad: me encontró el trabajo más adecuado para mi situación. Algo que me remuneró no sólo económicamente, sino con el amor y ternura de un angelito de apenas siete meses de vida.

Con mejores ánimos comencé a ver la posibilidad de conseguir un programa de intercambio estudiantil con el fin de hacer un año de mi carrera, entonces trunca, en Estados Unidos. Por medio de la universidad donde estudiaba en Guadalajara lo conseguí. Como parte del intercambio, una familia estadounidense se

fue a mi departamento, beneficiándome con la renta del esposo y los dos hijos, que habían ido a acompañar a su mamá en sus estudios. Para entonces ya tenía dinero suficiente para arreglar mi departamento, así que lo remodelé para que el trato fuera benéfico para ambas partes.

Todo funcionó de maravilla. Ingresé a una universidad en Maryland y mi vida dio un giro de 180 grados: todas mis clases de mercadotecnia las utilicé para hacer una campaña de donación de órganos. Puse en marcha un proyecto para ayudar a promover los trasplantes de órganos en Estados Unidos. Las materias de investigación de mercados y publicidad fueron mis mejores aliadas. Motivé a mi grupo para hacer una investigación sobre la actitud de la población americana hacia la donación de órganos, gracias a la cual fui convocada para participar en el congreso de *United Network for Organ Sharing*. La campaña publicitaria que hice como proyecto final en la materia de publicidad se aprobó tres años después para llevarse a cabo en un hospital de Maryland. Aproveché para asociarme a varias organizaciones internacionales relacionadas con trasplantes de órganos. Aquel decreto que le dije al doctor, dos años atrás al despertar de la cirugía, poco a poco se hacía realidad: “Doctor, quiero ayudar a los enfermos del riñón, que mis experiencias sirvan a otros”. Eso había dicho y ahora lo estaba logrando, en el lugar menos planeado, de la forma menos esperada.

Me sentía plena, con muchos proyectos y una nueva vida. Además, vivía en la universidad, por lo que dejaron de afectarme la relación patológica de mi madrastra y la sequedad de mi hermana. Me puse también a hacer ejercicio, con lo que bajé diez kilos. Sobra decir que en poco tiempo recuperé la autoestima. Entonces comprendí que, de no haber pasado las cosas como pasaron, no habría tenido la oportunidad de vivir estas nuevas experiencias. Agradecí la infidelidad de Luciano, el trasplante, la pérdida de mi negocio, de mi coche y de mi seguridad. Gracias a todo eso, ahora

disfrutaba del giro que mi vida había dado en Estados Unidos. De otra manera, me hubiera conformado con ser la novia cornuda, con una vida ajetreada, sin frutos ni prosperidad en mi propia tierra, sin la posibilidad de conocer a tanta gente linda en otro país y con mayor proyección.

Me abrí a nuevos horizontes. Por si fuera poco, como era estudiante internacional, tuve la oportunidad de hacer amigos de todas partes del mundo. Viendo la gran diversidad de países que representábamos, se me ocurrió fundar una organización de estudiantes para que el resto de la comunidad universitaria conociera de nuestras culturas, comidas, bailes y costumbres. *United Nations of Frostburg* fue ampliamente aceptada como club internacional dentro del campus.

En lo espiritual, también hallé cabida incorporándome a grupos de estudios sobre la Biblia y a organizaciones ecuménicas donde muchas personas de diversas religiones colaborábamos en un fin común: el amor y respeto a nuestros semejantes y a la naturaleza.

En lo sentimental estaba contenta con tantos amigos, pero no tenía pareja. Había un muchacho al que no lograba conocer, por más que lo intentaba. No coincidíamos en ninguna clase, no formaba parte de ninguna organización, ni iba a las reuniones a que yo asistía, así que no había forma de conocerlo. Sólo lo veía pasar de ida a mis clases o en la cafetería, donde generalmente comía solo. Era muy tímido, pero se veía reflexivo, profundo y había algo indescifrable en él que llamaba mucho mi atención. Un día, caminando con mi amiga nicaragüense lo vimos pasar. Le dije: “Ese chavo se parece a tu *muchachito*”, como ella le decía a su novio. Efectivamente eran muy parecidos; y ella y yo también lo éramos, no tanto en lo físico, sino en nuestra forma de pensar. Quizá eso me motivó a buscar conocerlo. Como quinceañera en día de san Valentín, le escribí una notita, misma que mantuve en mi cartera durante un mes antes de animarme a dársela. El tiempo se me agotaba. En dos semanas terminarían las clases y, después del

verano, tendría que regresar a Guadalajara a seguir mis estudios. ¡Quería conocerlo antes de irme! Así pues, un domingo, al regresar de misa, lo vi en la cafetería y supe que si no lo interceptaba en ese momento, nunca lo haría. Como siempre, se sentó a comer solo. Les dije a mis amigos que en un momento regresaba y me acerqué a su mesa.

–Hola –le dije.

–Hola.

–¿Puedo sentarme?

–Sí, claro.

–Te he estado observando.

–Sí, lo sé.

Su respuesta me tomó tan de sorpresa que ya no supe qué más decir.

Saqué entonces la notita de mi cartera, se la entregué y le dije:

–Esto es para ti.

–Soy judío –me dijo, al tiempo que veía la cruz de oro que traía colgando en mi pecho. Era la cruz que me ponía especialmente para ir a misa los domingos.

–¿Y qué? –le respondí mientras me alejaba muerta de pena y emoción.

Ni siquiera le pregunté su nombre. Después sabría que se llamaba Lior.

De reojo lo vi leyendo la notita: “Me llamo Luz. Te he estado observando y creo que eres una persona interesante e inteligente. No quiero perder la oportunidad de conocerte antes de que me regrese a mi país, México. Si también quieres conocerme, vivo en Cambridge Hall, habitación 601”.

Guardó la notita en su pantalón. Me dije: “Bien, ya está hecho, que sea lo que tenga que ser. Si no me busca, al menos por mí no quedó”.

Después de desayunar me fui a estudiar a mi dormitorio, pues tenía un examen muy importante al día siguiente. A la media hora

apareció su cara en el marco de la puerta que había dejado entreabierta para que se ventilara mi cuarto. La verdad, nunca pensé que fuera, ni mucho menos tan pronto, conociendo lo tímido que era. Me dejó perpleja.

–Hola –me dijo con una sonrisa.

–¡Hola! –respondí con grata sorpresa.

–¿Te importaría si estudio aquí un rato?

–¡Claro que no! Por favor pasa y ponte cómodo.

Ambos nos pusimos a estudiar, como si nos conociéramos de tiempo atrás. Al principio no me podía concentrar en mis apuntes, pero su presencia era pacífica, me inspiraba confianza y tranquilidad. Al poco rato ya estaba concentrada en lo mío, dejando que él también estudiara lo suyo. A las dos horas, de la nada, comenzó a platicar:

–Mi hermano está a punto de preguntarle a su novia si se quiere casar con él. No sabe cómo hacerlo, aunque es muy extrovertido. Yo no soy así. Soy más introvertido, me gusta ver a la gente, me encanta la geografía, ésa es la especialidad en mi carrera...

Y así siguió por una hora continua, sin casi dejarme participar, ni mucho menos seguir estudiando. Fue como si le hubieran dado cuerda para hablar todo lo que no había dicho en un año. No sabía dónde apagarlo, ni cómo callarlo.

–¿Tienes hambre? –le pregunté.

–Sí, claro, vamos a comer.

El resto del domingo lo pasamos juntos. Y el lunes, y el martes, y el miércoles... y toda la semana. Para el sábado siguiente ya sabía todo sobre su familia, su infancia, sus estudios y demás. Ese día salimos a tomar la copa con mis amigos internacionales. Inmediatamente lo aceptaron. Desde entonces, se convirtió en *mi muchachito*. Nos hicimos novios.

Había dos problemas: uno, yo regresaría a México en cuanto terminara el verano. Dos, su familia no veía con buenos ojos que yo fuera latina y, peor aún, católica. “Te casarás con una mujer

blanca, americana y judía”, lo sentenciaron en cuanto supieron sus papás de nuestra relación. Cuando me lo comentó, le dije:

—Es cierto que somos de religiones distintas, pero ambas están fundadas en el amor y en el respeto. Esto no puede separarnos. Si fuera por mi salud, por verme impedida para tener hijos o algo así, estaría dispuesta a dejarte, pero no por esto. ¿Estás de acuerdo?

—Completamente.

La siguiente semana transcurrió llena de felicidad y de actividades, muchas de ellas a su lado. El momento de cierre de semestre pronto llegaría. Yo quería quedarme a terminar mis estudios, pero ¿cómo hacerlo? No encontraba la forma. Lloré. Era domingo. Fui a misa, pedí que una puerta se me abriera. Al regresar a mi cuarto, sonó el teléfono. Era Larissa. Me escuchó muy triste.

—Luz, he estado pensando en ti —me dijo—. Sé que estás feliz en la universidad y que tu vida ha cambiado mucho desde que estás aquí.

Después de platicar un rato más, me preguntó:

—¿Quisieras quedarte?

—¡Sí! —dije inmediatamente.

—¿Cuánto tiempo te faltaría para terminar tu carrera?

—Un año.

—Bueno, tu papá y yo vamos a ver cómo te apoyamos para que te quedes ese año y termines tus estudios aquí. Ya platicaremos al respecto y haremos los preparativos durante el verano mientras vivas con nosotros.

—¡Gracias, gracias!

¡No lo podía creer! En menos de una hora había quedado prácticamente resuelta mi vida, mi futuro, gracias a ella. Otra vez había sido ella quien, con su apoyo, dio paso a un futuro lleno de posibilidades. No cabe duda de que la vida me demostraba una vez más que todos tenemos bondades, que ella, en particular, era una persona con gran corazón y buenas intenciones. Fui corriendo a abrazar a Lior. Éramos felices.

El verano de 1991 comenzó. Gracias a mi papá conseguí trabajo como asistente administrativa en el Instituto Cultural Mexicano, que formaba parte de la embajada de México en Washington. Me encantó. Los viernes, Lior iba a recogerme para ir a cenar, tomar la copa, ir al parque o al cine. Esto lo agradecía infinitamente, pues la dinámica familiar era muy compleja y pesada. Mi papá seguía viajando mucho. Marisol y yo teníamos que pasarnos la hora de la cena, y las subsecuentes, escuchando a Larissa con sus vicisitudes laborales, sus tristezas y penas. Aunque la quería bien, su actitud llegaba a ser agobiante. No quería contrariarla, pues si refutábamos algo de lo que ella dijera o sintiera, salía peor. Mejor nos quedábamos calladitas y escuchando horas enteras. Nuestras intervenciones eran para apoyarla e incentivar alguna crítica a alguien que ella no aguantara particularmente en ese momento.

Fue entonces cuando comprendí mejor a Marisol y cómo había tenido que aprender a sobrellevar la vida con Larissa. Ahora yo también me sentía comprometida a ser niña buena, para no tener que entrar en discusiones. Además, era ella quien prácticamente mantenía la casa. A mi papá, por más que hacía un proyecto aquí y allá, no le iba bien económicamente. Yo aportaba más de cincuenta por ciento de mi sueldo mensual para mi manutención con ellos. Aún así, me sentía controlada por Larissa, dado que gracias a ella también tenía seguro médico e iba a terminar mis estudios.

El siguiente semestre pasó muy rápido. Incorporé a mi plan de estudios la materia de geografía para acercarme más al mundo de Lior. ¡Fue la única materia en toda mi vida que casi repruebo!

CAPÍTULO 11

Mi riñón se había mantenido estable desde el trasplante. Desafortunadamente no corrí con la misma suerte en mi último semestre escolar. Apenas iniciábamos el ciclo, en enero de 1992, cuando mi salud comenzó a deteriorarse. Era un día helado y caía una tormenta de nieve. No podíamos salir a ningún lado, lo que agradecí, pues me sentía muy débil. Me dediqué a poner mis fotos en un álbum y por alguna razón, en ese momento incierto, sentí nostalgia. Al terminar de llenar una página de fotos de reuniones y fiestas con amigos escribí: *Momentos maravillosos que nunca olvidaré*. Cerré el álbum, me tomé un té y me fui a dormir.

Desperté a media noche con un fuerte dolor de cabeza, ganas de vomitar y mucho escalofrío. Llamé a Lior. Cuando él y otros tres amigos llegaron, me vieron muy mal. Necesitaba urgentemente un médico. Llamaron a la ambulancia, pero nevaba tan fuerte que en el hospital les dijeron que no podrían recogerme. Lior se armó de valor y me llevó en su coche, en plena tormenta de nieve. Mis amigos más cercanos lo siguieron en otro coche. Reclinaron el asiento y me acomodaron para que fuera semiacostada. Curioso... la única vez que había sentido la muerte de cerca había estado en esa misma posición. Ahora, de alguna manera, volvía a tener la misma experiencia de muerte. Durante el trayecto me fui con los ojos entreabiertos. Por el parabrisas veía caer frente a mí grandes copos de nieve, sintiendo como si fuera entrando a un camino de nubes hacia el cielo. Me sentía desfallecer. Lo único que recuerdo fue que llegamos a urgencias, me sacaron del coche en una camilla y, al tomar mis signos vitales, vomité a propulsión. Después de eso perdí la conciencia.

Cuando desperté habían pasado varias horas y me tenían en un cuarto de terapia intensiva. Mis amigos se fueron cuando les avisaron que debería quedarme internada varios días. Al principio parecía que estaba sufriendo de una crisis de rechazo del riñón, pero resultó ser una obstrucción en el uréter. En cuanto salí de terapia intensiva, Lior fue a visitarme a diario. Me llevaba flores, mis tareas, recaditos y regalos de mis amigos.

—¡Qué le pasó a tu cara! —me dijo espantado a media semana, cuando de un día para otro vio un cambio radical en mi faz.

Me habían subido tanto la dosis de los medicamentos que volví a convertirme en “la mujer con cara de luna”, redonda, gorda y fea. Lloré. Otra vez iba a tener que pasar por la frustración e inseguridad de verme grotescamente deformada. Me estaba viniendo abajo nuevamente.

Mi familia vivía a tres horas de camino, por lo que mi papá no pudo —o no quiso— ir a verme, hasta que se dio cuenta de que no me daban de alta en el hospital. Su ausencia me pesó mucho. Comprendo que toda su vida ha evadido hospitales y a doctores y que, para su desgracia, ha tenido que lidiar con ellos en muchas ocasiones. Mis amigos ponderaban esa carencia. Iban a verme los fines de semana y, como podían, me alegraban el día. A los veinte días de estar interna, finalmente fueron a verme mi papá, Larissa y mi hermana. Varias emociones se agolparon en mi pecho. Estaba enojada y quería reprocharles, sobre todo a mi papá, su abandono, pero también me sentía feliz y agradecida porque finalmente estaban conmigo. Me puse a llorar.

Mi alegría se disipó cuando supe que mi papá se había peleado con el doctor y éste había decidido no tratarme más. El doctor, muy enojado, entró al cuarto y me dijo: “Luz, en mi vida de médico nunca me había encontrado con alguien que me reprochara sin fundamento por tratar a su hija. Estuviste a punto de morir y hemos hecho todo lo que estuvo en nuestras manos para sacarte adelante, pero tu padre no parece entenderlo. No puedo seguirte

tratando. Tendrás que ser transferida a otro hospital”. Me quedé perpleja. Quería matar a mi papá. Mi estado era aún delicado, por lo que acordaron que lo mejor era trasladarme al Johns Hopkins Hospital, en Baltimore. Iba a estar en uno de los mejores hospitales de Estados Unidos; pero lejos de mis amigos, de mi familia y, sobre todo, de Lior. ¿Cómo iba a recuperarme sin apoyo emocional?

En ese hospital me iban a destapar el uréter con una cánula insertada desde el riñón trasplantado. El procedimiento era tan arriesgado que hasta podía perderlo. Sola y temerosa, me sometí a todos los estudios necesarios. Recé para que mi riñón se mantuviera intacto. Y sucedió el milagro que pedí: el día de la intervención los doctores se dieron cuenta de que la obstrucción ¡había desaparecido!, por lo que ya no necesitaron operarme. Decidieron mantenerme unos cuantos días más en observación para constatar que había recuperado mi salud inexplicablemente. Una vez más, el espíritu divino salía en mi ayuda.

Entre un hospital y otro estuve internada mes y medio en total. Tuve que perder el semestre de estudios, mismo que luego Larissa me cobró, por no ser parte del plan de ayuda económica que ella me había ofrecido en su oportunidad. No me importó. Gracias a ella tenía seguro médico, el cual absorbió los gastos exorbitantes de mi padecimiento, y se lo reconocí. Ya vería cómo salir adelante para pagar mi último semestre de estudios. Lo esencial era que seguía viva, con mi riñón intacto y con ganas de terminar mi carrera.

Durante el resto de ese semestre, como ya no podía estudiar, trabajé de bibliotecaria en la universidad y ayudando a un profesor con una investigación de mercado sobre el Tratado de Libre Comercio. Ambos trabajos los disfruté mucho. Además, estaba nuevamente cerca de mis amigos y de Lior. ¿Qué más podía pedir?

CAPÍTULO 12

Por fin comenzó el siguiente semestre, ahora sí, el último. Estaba decidida a terminar mis estudios. Debía tener mucho cuidado, pues los medicamentos suprimían mi sistema inmunológico, bajándome las defensas. No quería volver a enfermarme. Un día, sin embargo, me dio una gripa muy fuerte. Lior estaba estudiando en mi cuarto y decidí tomarme uno de esos tes antigripales para dormir un rato.

Mientras dormía, sentí como que un remolino interno se llevaba mi alma. ¿Adónde iba? Fue como si mi espíritu se encasquetara en mi cabeza. De pronto me vi dentro de un huevo de cristal sumergido en mi cráneo y percibí cómo el espíritu de una niña de más o menos nueve años, entraba en mi cuerpo a través de mi cabeza. No podía despertar. Por un lado me sentía encerrada en el cerebro, por el otro, sentía la presencia de esta niña habitando el resto de mi cuerpo.

Comencé a tener el impulso de repetir en voz alta una y otra y otra vez la frase *Une vadit sera patima*. La niña quería escribirla. Siempre contaba con papel y pluma en mi mesita de noche para escribir cualquier pendiente del que me acordara antes de dormir. Percibí su necesidad de incorporarme para escribir la frase. Yo lo quería evitar, pero me ganó el impulso y estiré involuntariamente la mano para tomar la pluma, las hojas y escribir: *Une vadit sera patima*. Al parecer, en este momento Lior se dio cuenta de que yo estaba hablando y escribiendo algo... ¡dormida! Trató de despertarme. Desde el huevo de cristal en mi cerebro vi y percibí todo. Quería gritarle que no me despertara, pero no pude. Tenía

miedo de que, si lo hacía, me quedaría en un estado de trance del que no regresaría. La niñita se asustó con la sacudida que mi novio me dio y sentí cómo salía de mi cuerpo, como si el universo la chupara de regreso a no sé dónde.

Poco a poco, el huevo de cristal desapareció y mi esencia volvió a ocupar mi cuerpo... lenta, muy lentamente. Sentí mucho miedo y desconcierto. Por fin abrí los ojos y lloré, pues no había sido una experiencia agradable en lo absoluto. Le conté lo sucedido a Lior quien, por supuesto, se impactó con el suceso. “Sólo porque lo presencié lo creo”, dijo. No entendía qué y cómo había pasado, aunque se me hacía claro que había sido poseída. ¿Por quién? ¿Por qué? ¿Para qué? Lo cierto es que inmediatamente dije en voz alta, casi a gritos: “¡Me rehúso a ser utilizada de esa manera! ¡Me rehúso a ser usada por seres que ni siquiera sé quiénes son, si son buenos o no! ¡Me niego a volver a tener una experiencia de este tipo!”

Mi decreto fue tan serio y contundente que durante mucho tiempo ya no hubo quien, a través de mi mano, contestara mis escritos como antes, queriéndome consolar. No me importó. No quería tampoco saber el significado de esa frase extraña. La archivé y me olvidé de ella por varios años. Había recobrado mi tranquilidad y eso era lo que importaba. Mi vida siguió su curso.

CAPÍTULO 13

Larissa terminó prestándome el dinero para ese último semestre de estudios. Para pagarle, tuve que traspasar mi departamento en Guadalajara. Lejos de verlo con malos ojos, vi la gran oportunidad de hacer realidad, con el resto del dinero, un viaje anhelado durante mucho tiempo: Europa. Aunque con eso me acabara todo mi patrimonio y tuviera que empezar nuevamente de cero, no me importó. “Si nadie tiene la vida comprada, menos yo, así que más vale que haga lo que deseo de corazón”, me dije.

Invité a algunas amigas que también tenían interés de ir a Europa. Ninguna se animó, ya fuera por falta de dinero, tiempo o decisión. Esto, en lugar de desmotivarme, hizo que me encarrilara más en conseguir mi objetivo. Sabía y sentía que en realidad no estaría sola, que de alguna manera siempre tendría ayuda providencial. Y así fue. “¡Europa, voy a tu encuentro!”, dije antes de partir en junio de 1993.

En mi viaje estuvieron presentes ángeles por todos lados: en los hostales, en los trenes, en las ciudades, en las hermosas e inmensas catedrales que visité. Los percibí muchas veces, en varios lugares. Me ayudaron a no ser asaltada por una gitana, a conseguir albergue en París en plena madrugada y a cambiar de tren en Alemania, justo en el momento oportuno para hacer la conexión adecuada, entre muchas otras aventuras.

Visité a varios amigos de la universidad que radicaban allá y conocí a viajeros que se convertían en compañeros inmediatamente, con los que, de la nada, sentía una afinidad inmensa. Era como si me reencontrara con ellos después de muchos años,

siglos quizá. Cuando queríamos ir a diferentes destinos, sin pena ni tristeza nos separábamos siguiendo cada uno su rumbo. Sin embargo, los momentos en que se cruzaron nuestros caminos, esos instantes de aventura, de paseo, de pláticas alegres, de visitas a lugares, son inolvidables. Me fui sintiendo “ciudadana del mundo”, un ser viviente disfrutando de cada país como de mi propia casa. Me di cuenta de que nadie es ni pertenece a ningún lugar en particular. Creo que todos somos ocupantes de este planeta, de este universo. ¿Que de dónde era? Un poco de aquí y de allá. Comprendí que las fronteras, más que ayudar a darnos un sentido de pertenencia, limitan el verdadero origen de los seres humanos.

Entre todos los lugares que visité, Grecia tuvo un significado muy especial. Hubo un momento preciso, yendo en autobús de camino a Patras, en que escuché una voz que me dijo: “¡Bájate del camión!” Sentí mi corazón palpar, inmensamente feliz, sin razón aparente, como si hubiera reconocido un lugar de antaño, familiar, pero distante. Nunca antes había estado allí, pero mi corazón pedía a gritos quedarse. Decidí pasar por alto ese llamado. El miedo a lo desconocido, a quedarme sin dinero antes de tiempo y a no conocer más lugares por quedarme, pudieron más que mi instinto. Aún ahora recuerdo con añoranza ese instante y me pregunto: ¿qué había allí que me llamó tanto la atención?, ¿qué quería mi alma?, ¿qué buscaba? Sólo espero tener la oportunidad de volver a ese lugar mágico, donde viví momentos intensos y llenos de luz. Partí a Italia con un ánimo diferente, recargado.

También en Viena me sentí como en casa. Caminaba por las calles como si las conociera. De hecho, varios turistas me preguntaban dónde quedaba tal o cual lugar, suponiendo que era lugareña, cuando simplemente era, como ellos, una viajera. Sin embargo, era cierto: intuitivamente sabía dónde quedaban muchos lugares. Recorrer las calles empedradas fue como remontarme a un pasado incierto, del que no tenía recuerdo alguno, pero que

percibía como propio, muy mío. No lo entendía, pero no era necesario hacerlo, lo importante es que lo estaba disfrutando al máximo.

Ése fue un viaje al exterior, al mundo, pero también un viaje a mi interior. Vi, sentí y viví mis capacidades, mis ímpetus por saber que puedo lograr lo que me proponga en la vida, si tengo el interés y entusiasmo suficiente para llevarlo a cabo. Mi mundo físico, con sus pormenores y problemáticas se disipó. Me adentré en un mundo más espiritual, más energético, más en contacto con mi intuición. No me enfermé, y mis medicinas llegaban prodigiosamente al destino en que me encontraba cuando casi estaba por acabarme la remesa. Dejaron de salirme granos y los molestos vellos bigotudos. Ni siquiera tenía que preocuparme por depilarme. La persona de frágil humanidad que a veces parecía ser, fue transformándose en una antorcha lista para alumbrar cualquier lugar nuevo que se aproximara a mi encuentro. Estaba llena de fortaleza, de alegría, de ímpetu y sed de conocimiento y aventura.

Fue también un tiempo para pensar y reflexionar. Me di cuenta de que podía encontrar en otra gente y en otras caras lo que mi familia no tenía: unidad. Cuestioné mi relación con Lior, lo que llegaría a ser o no mi vida con él. No sabía si era conveniente quedarme a vivir en Estados Unidos. Su familia nunca me aceptaría, por más que nos amáramos. Además, no tenía trabajo ni papeles para quedarme legalmente en ese país. Tampoco contaba con el seguro médico necesario para costear mis medicamentos o posibles eventualidades con el riñón.

Fueron meses de mucho cuestionamiento. Incluso retomé la idea de consagrarme a la vida religiosa, ya que llevaba tiempo creyendo tener vocación de monja. Desde pequeña me gustaba ir a comulgar todos los días a la hora del recreo en los colegios católicos a los que asistí. Siempre rezaba, leía la Biblia y mi participación en grupos espirituales había sido muy activa. De hecho, en ese tiempo, no obstante mi noviazgo con Lior, estaba integrada a una congregación religiosa, la Orden del Inmaculado Corazón de

María, para ver si entraba como novicia al año siguiente. Quizás ése era mi camino. Decidí ir a la gruta de Lourdes en Francia, a ver si con la ayuda de la virgen milagrosa encontraba respuestas. Allí tuve la oportunidad de platicar con un sacerdote que resultó ser latino. Le expuse mi lista de indecisiones e incertidumbres. Sabiamente me dijo que en ese momento lo que tenía era necesidad de pertenecer a un grupo, de sentirme apoyada y segura. No era ni el matrimonio ni la vida religiosa las que iban a solucionar mi situación. “Lo que debes hacer es regresar a tu país, buscar un trabajo y sentirte nuevamente autosuficiente. Lo demás irá tomando su propio curso. No te presiones por encontrar respuestas. Ellas vendrán a ti, a su debido tiempo.”

CAPÍTULO 14

Después de viajar tres meses por Europa, regresé a Estados Unidos con sólo cuarenta dólares en mi cartera. Eso era todo mi patrimonio. No tenía casa, ni trabajo, ni familia a la cual recurrir. En el aeropuerto de Nueva York, Lior me esperaba con su habitual paciencia. Había viajado cinco horas para recogerme en su auto. Durante el trayecto de regreso a Maryland platicamos de su nuevo trabajo, los amigos, algunas experiencias de mi viaje, etc. Aunque habíamos hablado por teléfono en varias ocasiones durante mi estancia en Europa, la comunicación ya no fluía igual que hace tres meses. Él había estado más cerca de su familia, y supongo que lo convencieron de que lo nuestro no funcionaría, pero no era capaz de decírmelo.

Mi papá y Larissa ya habían regresado a México. Marisol había preferido, un año antes, huir de casa e irse a vivir con Ernesto, su novio. No soportó más la presión de Larissa, sus enseñanzas llenas de frustración, ni las interminables charlas hasta altas horas de la madrugada quejándose por esto y aquello. Prefirió irse a vivir con su novio en el sótano de una casa y llevar una vida muy agitada, estudiando y trabajando largas horas. La distancia entre su trabajo, escuela y casa era tan grande, que casi no tenía tiempo para comer ni dormir. Pero eso era mejor que seguir en casa, aparentando ser niña linda. No me pareció prudente llegar con ella. No había lugar ni tiempo para compartir juntas. Además, tenía la confianza de que, poco a poco, la vida se fuera abriendo nuevamente ante mí.

Y así fue. Unos tíos que vivían allá, no sólo me dieron casa, comida, sustento y auto para trasportarme. Mi tía Lourdes —así

como la virgen a la que unos meses atrás le había implorado protección— y mi tío Alejandro —como un padre fuerte, seguro y exitoso— me dieron lo que más necesitaba en ese momento: amor, protección y compañía. Gracias a ellos salí adelante en esa época tan peculiar. ¡Dios los bendiga siempre!

Logré regresar a trabajar al Instituto Cultural Mexicano, donde ya había laborado varios veranos. Esta vez, sin embargo, no me pagarían un sueldo, ni haría de todo, como antes. Ahora sólo me enfocaría a organizar una propuesta que se me había ocurrido de repente en Alemania, durante mi viaje. Cuando se la presenté al ministro de Cultura le pareció muy buena. Pretendía hacer más eficientes las diversas actividades del personal del instituto.

La incertidumbre sobre lo que haría de mi vida al terminar ese trabajo me angustiaba. Cada vez veía más remotas las posibilidades de quedarme en Estados Unidos. No se me abrían las puertas para trabajar en ningún otro lado. El instituto no era una alternativa viable, pues no me cubría gastos médicos y ya no tenía seguro que me pagara mis medicamentos. Viví momentos muy difíciles de indecisión. Me rehusaba a aceptar que debía partir de regreso a mi patria y cerrar un ciclo más en mi vida. Aquel que hasta el momento más me había fascinado.

Una noche, después de platicar con mi tía sobre todo esto, nos pusimos a recordar lo maravillosa que había sido mi mamá cuando yo era pequeña. “Fue una mujer excepcional”, me dijo antes de irse a acostar. Me quedé sola en el estudio de la casa y sin poder evitarlo me puse a llorar como chiquita, extrañando enormemente a mi mamá. “¿Por qué te enfermaste, por qué te suicidaste, por qué te fuiste? ¡Si aún estuvieras con vida, no tendría que estar pasando por esto! ¡No deberías haber muerto!” me lamentaba entre lloriqueos, quejidos y sollozos.

Por un lado reconocía lo absurdo de mi actitud, pues sabía que estaba aprovechando la oportunidad para culpar a mi madre por mi destino incierto, pero por otro, llorar me ayudó a sanar algo

que había estado dormitando en mi corazón durante varios años: me estaba dando cuenta, por primera vez desde que había muerto, de lo mucho que la extrañaba y de que me hacía falta. Acepté el odio que una vez sembré en mi alma por tanto sufrimiento que nos había ocasionado su enfermedad. Reconocí también el profundo y enterrado coraje que había en mi corazón por haberse dado por vencida y tomar la decisión de acabar con su vida. Aunque en su momento lo consideré como el mejor alivio, lamentaba su ausencia. Comprendí la pena que me ocasionaba no contar con ella en esos tiempos tan inciertos de mi existencia. No era odio, pues, lo que sentía; era miedo de saberme vulnerable, carente del amor y de la dirección que sólo una madre puede dar. Sané mi corazón.

Me di la oportunidad de vivir el luto de su muerte, mismo que en su momento evité a capa y espada. Recordé mi regreso a Guadalajara después de haber pasado las misas de difunto en su honor. Recordé nuevamente cómo, de la noche a la mañana, decidí olvidarme de todo lo pasado. En aquel tiempo, con la muerte de mi mamá y el rompimiento con Anselmo, comenzaba para mí una oportunidad de cambio. “¡Tu mamá ha muerto, pero no por eso vas a enterrar todo lo demás! ¡Yo sigo vivo y te amo!” Me había dicho Anselmo cuando le cerré la puerta en la cara, después de que me sentí amenazada por la fuerte e inusual amistad que existía entre Aura y él. Sí, había decidido enterrar su amor en la sepultura de mi madre y con él todo lo que en ese momento me hiciera daño o me doliera, ya fuera del presente o del pasado.

Recordé también cuando Iris, años después, me había abierto los ojos ante la infidelidad de mi amor del momento:

–Luciano te pinta el cuerno –me había dicho.

–Yo tengo la culpa –recordé haberle contestado cuando me detalló todo, dos horas después de mi cirugía del brazo–. Yo le fui infiel a Anselmo y ahora lo estoy pagando.

Volví al presente, a ese otoño de 1993, en casa de mis tíos. Así como las hojas secas caían de los árboles, mis recuerdos caían en mi conciencia. Seguía llorando amargamente la pérdida de mi mamá y de mis amores. Todos esos sucesos reaparecieron como fantasmas. Memorias que, como había dicho Anselmo, enterré con el ataúd de mi madre. Entonces fue como si su tumba se abriera de pronto, dejando escapar junto con la esencia de mi mamá, la historia, también enterrada, de mis amores. Capítulos de mi vida que había considerado cerrados. Reflexioné cómo me aproximaba al término de un capítulo más. No con Anselmo ni con Luciano; esta vez era con Lior. Tenía necesidad de sentir la guía de mi mamá para no volver a equivocarme.

Lo único que me seguía atando a ese país extranjero era el amor que nos teníamos. Debía romper con él o luchar contra viento y marea para que nuestro noviazgo prosperara. Su familia estaba presionándolo para que terminara nuestra relación. La diferencia de religiones y culturas estaba ganando terreno frente al amor. Había decidido, empero, no ser yo quien diera el paso a la ruptura. Tendría que darlo él. Si algún defecto le veía a Lior, era la cobardía. Tendría que armarse de valor, y eso era como un dulce amargo que yo tendría que saborear. Le tomó varios días decidirse. Sabía que yo no sucumbiría ante el desafío de nuestras diferencias religiosas. Así que agarró mi salud como el pretexto ideal para terminar. Entre titubeos, tartamudeando, me dijo:

—Luz, mis papás están muy preocupados por ti. Dicen que seguramente vas a ser una mujer con muchos problemas de salud y que muy probablemente no podrás tener hijos. Les digo que no necesariamente es así, pero insisten en que no seré feliz a tu lado.

Lo que en realidad quiso decir, según mi interpretación, fue: “Luz, mis papás me han amenazado. Si no terminamos, me van a expulsar de la familia, como si hubiera muerto. La familia, para nosotros los judíos, es lo más sagrado y no soportaría que por mi

causa, es decir, por nuestra relación, se provocara una fisura irreparable. Tenemos que terminar”.

Lo miré a los ojos y le dije:

—Sí, Lior, es cierto. Probablemente enferme y te veas en la necesidad de cuidarme. No te ataré a mi lado. Además, parece que sientes que tu familia tiene razón en cuanto a mi salud. Ante ello, me doy por vencida.

Él sabía que este aspecto era mi punto débil, mi vulnerabilidad más grande. Si me lo ponía de excusa, debía ceder antes de que el dolor fuera más fuerte y la ruptura más drástica.

Años después, la vida se encargó de darles una gran enseñanza. Cuando él se casó, su esposa enfermó de gravedad durante su primer embarazo. Al parecer, debido a que eran del mismo linaje, los genes habían mutado de manera que la sangre del bebé estaba intoxicando a la madre. Ambos estuvieron en peligro de muerte. Él tuvo que cuidarlos durante mucho tiempo. Es curioso cómo el mayor temor decretado había tomado forma real en su vida, con otra mujer. Curioso también cómo su hermano mayor, quien más rechazara nuestra relación, terminó su matrimonio de manera muy dolorosa. Su esposa lo demandó por millones de dólares; jugarreta que planeó con su abogado, con quien sostenía una relación amorosa. Tras ganar el pleito, se quedaron con gran parte de la fortuna del hermano millonario. Sufrieron inmensamente ese descalabro familiar, emocional y económico. Allí seguramente comprendieron que ni la religión, la cultura o el linaje garantizan salud, amor y prosperidad.

A la fecha, Lior y yo seguimos en contacto por correo electrónico. Disfrutamos de los logros mutuos, compartimos nuestros proyectos y pesares. En ocasiones filosofamos y platicamos sobre diversos temas sociales, políticos y espirituales. Yo tenía la idea de que no se podía ser amiga de un ex novio. Él, con los años, me ha demostrado lo contrario.

En aquel momento, sin embargo, la ruptura parecía definitiva. Era un domingo de finales de 1993; mismo día de la semana en que habíamos comenzado nuestra relación, ahora concluía. En ambas ocasiones, horas antes había ido a misa. Del mismo modo que tres años atrás había pedido en la iglesia la oportunidad de conocerlo, ahora pedía el esclarecimiento de mi vida. Entonces el destino tomó cartas en el asunto, dando paso a la ruptura necesaria para seguir adelante. ¿Qué me estaba diciendo a gritos? *¡Regrésate a tu país!* No me quedó otra alternativa.

CAPÍTULO 15

Pablo fue a visitarnos a Marisol y a mí para pasar juntos la Navidad de 1993, mi última en Estados Unidos. No sé mucho de su vida de entonces, excepto que vivía en Cancún, que trabajaba para una cadena hotelera muy importante como gerente de ventas y que tenía un departamento muy padre y muchos amigos.

Durante su visita a Washington, una noche salimos solos a cenar a un restaurante de hamburguesas. Mientras comíamos, decidió confesarme algo que me tomó totalmente desprevenida:

–Luz, soy seropositivo –me dijo como si nada.

–¿Qué? –pregunté sin entender lo que me decía.

Un año antes habíamos platicado sobre su homosexualidad durante un viaje que él me había regalado para irlo a visitar a Cancún. Allí me presentó por primera vez a su pareja del momento y se abrió para contarme cómo y cuándo se había declarado homosexual. En ese entonces traté de tomarlo con tranquilidad, de digerirlo madura y pacientemente, con amor, pero lo que estaba escuchando un año después, en ese restaurante cerca del río Potomac, en Washington, era demasiado.

–Sí, gorda. No me cuidé. Tengo el virus de inmunodeficiencia adquirida.

–¡Qué! –repetí ahora asustada.

–No te espantes, gorda. Estuve muy débil hace un par de meses y fue cuando me hicieron los exámenes. Resulté positivo. Ya estoy tomando vitaminas y medicamentos para que mis defensas no bajen más. Me estoy cuidando mucho para no enfermarme. Estaré bien, te lo prometo.

Y así siguió intentando aligerar el asunto, como si se tratara de una simple gripa, para no preocuparme. Tenía ganas de salir corriendo, de gritar, de llorar, de vomitar. Sin embargo, guardé silencio y mantuve la calma. Sólo una lágrima rodó por mi mejilla.

El ser humano que me había devuelto la salud y la vida años atrás, tenía ahora la suya amenazada. Quería sacudirlo y gritarle: “¿Por qué, gordo, por qué lo hiciste? ¿Por qué no te cuidaste?” Mi coraje era enorme, contra él y contra la vida. Ya estaba harta de tanta tragedia, pero en ese momento no se trataba de mí ni de mi hartazgo. Se trataba de él y de su enfermedad. Tenía que apoyarlo. Tenía que hacerle saber que lo amaba y que no lo juzgaba; que allí iba a estar yo para él, como él estuvo para mí en su momento. No. No lo iba a regañar, no le iba a gritar. Lo iba a apoyar, pero mi cuerpo no pudo responder. Se paralizó. La saliva se me secó. No lo podía abrazar. No tuve palabras de reproche, pero tampoco de aliento. Me convertí en una estatua de hielo. Mi corazón se había congelado. Afuera nevaba.

Nos acabamos la hamburguesa en silencio.

—Tengo que salir a tomar aire —le dije cuando pagábamos la cuenta.

Caminamos por las calles de Dupont Circle sin decir palabra. No me importó la nieve. El frío de afuera era más soportable que el que sentía en el alma. Por fin, lo pude abrazar.

—Voy a estar bien, gorda, te lo prometo —me dijo mientras yo lloraba.

Fue una Navidad triste, sombría, llena de dudas y pesares. Pronto me regresaría a México. Me alarmaba la enfermedad de mi hermano y lo que le pasaría. Me preocupaba dejar a mi hermana, quien a pesar de vivir con su novio, estaría sin familia cercana que la apoyara —por lo menos emocionalmente— en medio de la vida tan estresante que llevaba, sin descanso entre escuela y trabajo. Me angustiaba lo que sería de mi propia existencia. Me inquietaba el destino de los tres, pero no podía hacer nada para solucionarlo. Sólo restaba empacar mis cosas y regresar a México.

CAPÍTULO 16

Mis abuelos paternos nuevamente me abrieron las puertas de su casa. Aquellos que me habían acogido en Guadalajara, se habían regresado a vivir a la ciudad de México. Siento como si un angelito los hubiera puesto en el lugar adecuado para apoyarme en el momento que los necesitara.

Clarita, como buena abuela, me hacía el desayuno y me deseaba un buen día, sin pedirme cuentas de nada. Mi abuelo, ya bastante enfermo, difícilmente se paraba de su cama, por lo que agradecía la oportunidad de convivir con ellos, aunque fuera por las tardes viendo un poco de televisión.

Había llegado sin dinero y con escasa dotación de medicamentos. Mi única opción para costéarmelos era el Seguro Social, que sólo me los otorgaría si trabajaba en alguna empresa. ¡Necesitaba encontrar un trabajo pronto! Fui a la Cámara Americana de Comercio a poner mi currículum. Me hablaron de varias compañías, pero ninguna me acomodó por el horario, la lejanía, el poco sueldo o las actividades a realizar. Quería algo que realmente me hiciera crecer, empezar con el pie derecho y no sólo aceptar la primera propuesta por necesidad. Algo dentro de mí decía: “Espera, tu oportunidad no ha llegado”, pero, por otro lado, ya me estaba desesperando.

Mi hermano Pablo me ofreció vivir con él y su pareja de entonces en Cancún. Fui por una semana a ver qué encontraba. Al día siguiente de mi llegada conseguí trabajo en una agencia de publicidad. Sin embargo, durante esa corta semana, Pablo ya me había cargado con la responsabilidad de buscar casa para los tres,

y el trabajo que realizaba no me era del todo satisfactorio. Ya veía venir muchas dificultades tanto familiares como laborales. No quería irme a vivir con él, pues su forma de ser y su estilo de vida eran totalmente diferentes al mío. Sé que ante sus ojos, él me había ofrecido su apoyo de manera incondicional y se lo agradezco, pero en realidad eso iba a implicar hacerme sumisa y aceptar ciertas responsabilidades en retribución de su gesto amoroso, en un ambiente en el que no me sentía nada a gusto. Tampoco estaba contenta con el trabajo que había conseguido. No veía posibilidades de crecimiento, y el sueldo era mísero por trabajar de sol a sol, en un lugar feo, sin ver la playa ni un día. No. No quería nada de eso.

Todo iba más en mi daño que en mi beneficio, pero tampoco sabía cómo decírselo para no hacerlo sentir mal por rechazar su “ayuda”. Incapaz de expresar mi verdadero sentir y mis miedos, regresé a México por mis cosas. Iba sólo por una semana, tiempo máximo que me habían dado en mi nuevo trabajo para instalarme en Cancún. Mi pensamiento era: “¡Por favor, Señor, ilumíname para encontrar algún empleo en la ciudad de México! ¡Pronto!” Dos noches antes de cumplirse la semana de plazo, en la oscuridad del cuarto donde me albergaba en casa de mis abuelos, me puse a llorar desesperadamente en la cama. No había encontrado nada. El tiempo se había agotado. La moneda estaba en el aire: me iba a Cancún, esperando que mis miedos y suposiciones fueran infundados.

No podía dejar de llorar, suplicando a alguna entidad divina que me ayudara. Le supliqué a mi mamá, a todos los angelitos, a todos los santos, a Dios... a quien estuviera dispuesto a escucharme y a abrirme una puerta, una opción de trabajo que me impidiera regresar a Cancún. Un trabajo que fuera imposible de rechazar, tan bueno que me sirviera de excusa para quedarme en México. Estaba desesperada, y cansada de tanto llorar, me quedé dormida.

Al día siguiente, Clarita se percató de mi semblante desencajado, angustiado y perturbado: “Hijita, cálmate. Todo va a salir bien”, me dijo con cariño. Francamente ya no tenía esperanzas. Me la

pasé todo el día en casa, triste, sin ánimo. A la mañana siguiente pariría con todas mis pertenencias a Cancún. Como a las cinco de la tarde sonó el teléfono:

—¿Miss Luz Báez? —me preguntó una voz masculina al otro lado de la línea.

—Ella habla —dije en inglés, instintivamente, al escuchar que mi interlocutor se había referido a mí como me decían en Estados Unidos.

No sabía quién era, pero supuse que se trataba del familiar de algún amigo extranjero que estaba en México y necesitaba mi ayuda para algo.

—¿Usted vivió en Estados Unidos? —me preguntó sin preámbulos en ese mismo idioma.

Por el tiempo que pasé allá, me sentía más a gusto platicando en inglés que en español. Sostuvimos una breve, pero amena plática, libre de nerviosismo, sin saber que en realidad se trataba de una entrevista laboral telefónica.

—Mi nombre es Ernst Bright —me dijo finalmente, después de verificar sagazmente mi nivel de inglés, capacidad de comunicación y experiencia laboral—. Soy director en Latinoamérica de un corporativo multinacional. Acabo de ver su currículum en el boletín de la Cámara Americana. Me interesa mucho conocerla. Estoy por salir a Miami, pero quisiera entrevistarla el lunes próximo, a mi regreso.

—Mañana me voy a vivir a Cancún —le dije sin más.

—No se vaya, por favor —me replicó—. Ojalá pueda aplazar su viaje. Espere a que tengamos una entrevista directa para decidir si le conviene irse. Es lo único que le pido. Si lo reconsidera, la espero en mi oficina el lunes a las diez de la mañana.

—Está bien, veré que puedo hacer —respondí sin dar crédito a lo que mis oídos escuchaban.

Me dio la dirección de la empresa. Quedaba a diez minutos de casa de mis abuelos. ¡No lo podía creer! No sólo se me estaba

presentando una oportunidad de un buen trabajo muy cerca de donde vivía, icasi me estaban rogando que no me fuera a Cancún!

Allí nuevamente estaba el ángel, el Ser divino o fuerza superior que oía mis súplicas y salía a socorrerme en el momento más oportuno. Allí estaba la luz de mi destino. Allí estaba mi espíritu, guiándome y dándome ánimos para seguir adelante. Como es de suponer, cancelé mi viaje a Cancún. El péndulo de mi vida otra vez tomaba vuelo hacia arriba, hacia el éxito. Lo veía venir.

Aún no sabía de qué se trataba el trabajo, ni cuál era el puesto o el sueldo, pero sólo por el hecho milagroso de que me hubieran hablado en el último momento, de que fuera de una corporación internacional donde estuviera nuevamente en contacto con muchas culturas y, por si fuera poco, cerca de dónde vivía, era suficientemente providencial como para confiar en que lo demás iba a ser lo que estaba buscando. No me equivoqué.

Me contrataron esa misma semana. El 5 de mayo de 1994 comencé a trabajar en la empresa que me ayudaría a realizarme profesionalmente. Era una trasnacional de maquinaria y químicos para la industria, y mis funciones iban desde el reclutamiento y selección de personal para las diferentes divisiones, hasta hacer investigaciones de mercado para ayudar a cerrar negocios internacionales. Rápidamente también me convertí en la encargada de atender a las personas de la compañía que venían del extranjero, en la coordinadora de seguridad en todas las plantas de la República mexicana y en la responsable de la revista informativa que había ideado para que todas las filiales supieran lo que estábamos realizando en México. Hacía traducciones tanto escritas como simultáneas cuando la compañía lo requería y organizaba las reuniones internacionales que tuvieran sede en México.

Ahora entiendo por qué el destino me llevó a vivir a Estados Unidos y a trabajar en el Instituto Cultural Mexicano en Washington. De no haber tenido esa experiencia en el extranjero, no habría podido realizarme tan plenamente en este nuevo empleo.

Recuerdo que un día, de regreso a casa del trabajo, feliz y satisfecha, escuché una vocecita en mi interior diciéndome: *Nada es casualidad.*

Gocé mucho de mis funciones y del trato con personas de varios países con los que tenía contacto, así como de mis colegas y compañeros de trabajo. Me sentía feliz, profesionalmente hablando, pero en mi alma seguía existiendo un vacío incapaz de ser llenado por el trabajo. El vacío que sólo un compañero, un amor puede llenar. Y ese amor aún no tenía nombre.

CAPÍTULO 17

Los beneficios de la soltería y de no tener compromiso rendían provechosamente sus frutos. Organizaba mi tiempo para participar en un grupo de trasplantados renales, estudiar francés y viajar con mis amigas.

Una Navidad me fui con Lucy y Aurora, amistades de la infancia, en un crucero por el Caribe. Aquella *Noche de paz*, después de intercambiarnos unos cuantos regalitos y de cenar, Lucy se sintió un poco indispuesta y se fue a dormir. Aurora y yo, un tanto aburridas, decidimos salir a cubierta a ver las estrellas recostadas en unos camastros.

—¿Qué le pedirías a la Estrella de Belén esta noche tan especial? —me preguntó Aurora, mientras seguramente ella pensaba en su propio regalo.

—Mi deseo más profundo es encontrar un compañero, un amor, con quien pueda bailar, divertirme, platicar, convivir. Con quien pueda compartir un plan de vida. ¿Y tú?

—Deseo que, pase lo que pase y andemos con quien andemos, nuestra amistad perdure por muchos años más.

Y así seguimos platicando hasta muy entrada la madrugada, imaginándonos a nuestro príncipe azul y elevando nuestras peticiones al cielo, sin creer realmente que una estrella estuviera escuchando tan claramente.

Tres meses después, sin embargo, mi ansiado deseo tomaba forma y figura en la fiesta de titulación de nuestra amiga Sofía. Unas cuantas horas antes del festejo me sentía muy mal. No tenía ganas de

ir a ningún lado. Sólo quería llegar a casa de mis abuelos, desmaquillarme, ver la tele un rato e irme a dormir, pero Aurora había pasado por mí al trabajo para ir a la reunión. Cuando le conté cómo me sentía y que no quería ir a la fiesta, me dijo, dándome ánimos: “No, amiga, ¡vamos!, te aseguro que te vas a divertir”.

Me pidió que antes la acompañara al supermercado y así descansaría un rato en el carro mientras ella hacía unas compras de última hora. Reclinada en el asiento, con humor melancólico, me quedé escuchando el radio. Estaba sintonizado un programa en el que la gente hablaba a la estación pidiendo que le marcaran a su novia o novio para decirle cosas cariñosas. Cualquier otro día le hubiera apagado de inmediato. Aquella noche, supongo que por mi humor, lo dejé y escuché el cursi enlace de un joven diciéndole a su novia cuánto la amaba. Para mis adentros, dije: “¡Cuánto quisiera que un hombre me dijera eso!”

Cuando Aurora volvió al carro fuimos a su casa a arreglarnos. Le dije que me dolía la espalda y la cadera, que me sentía desgastada y que traía mi periodo. Todo era cierto, pero en realidad estaba buscando algún pretexto para no ir a la fiesta.

–Tienes cólico –me dijo, explicándome los síntomas.

Nunca había padecido dolores menstruales, por lo que ni siquiera sabía cuáles eran las manifestaciones. Cierto, todo lo que me decía era justo lo que estaba sintiendo en ese momento.

–Tómame esta pastilla.

No suelo tomar ningún tipo de medicamento fuera de los establecidos para mi trasplante, mucho menos si no es recetado por un doctor, pero esa noche, ante tanta insistencia por ir a la fiesta, no me quedó otra. Me la tomé. A los quince minutos, como por obra y arte de magia, se me subió el ánimo. Me sentía como nueva.

–¡Vámonos! Ya me siento bien.

Ninguna de las dos podíamos creer mi pronta y abrupta transformación. No supe qué pastilla me dio, pero la que haya sido, me animó muchísimo. Me sentía tan alegre que fui yo quien puso el

ambiente en la fiesta, abriendo pista e invitando después a mis amigas a bailar la famosa *Macarena*. No paré de bailar en toda la noche, aunque la mayor parte del tiempo lo hice sola.

Mientras punteaba la fila del típico baile brasileño que anima cualquier fiesta, crucé una mirada furtiva con un joven igualmente animado. Él, a media hilera, me miró tan intensamente que atrajo mi atención. Una vocecilla interna me dijo: *Ése es*. “No –pensé para mis adentros–, no es mi tipo.” Yo busco un hombre de cabello negro, velludo y más bajo de estatura, que era como lo había soñado meses atrás. En ese sueño, también una voz interna, pero en inglés, me había dicho de igual forma “ése es”. Así que en ese momento, al no empatar la imagen de aquel joven alegre con la del hombre de mis sueños, ignoré ese fugaz cruce de miradas. Seguí bailando, creyendo saber más que mi propia intuición, subconsciente o angelito, quien haya sido el que me dictó que ese hombre estaba ya marcado en mi camino. Cuando ya estábamos a punto de irnos, con bolsa al hombro y despidiéndonos de unos amigos, sentí cómo alguien me jalaba del brazo hacia la pista.

–¡Ven, vamos a bailar! –me animó el joven que me asía del brazo. Al voltear, me percaté de que era con quien había cruzado miradas minutos antes.

–Ya me voy, nos estamos despidiendo.

–No te estoy preguntando.

–Pero no traigo coche.

–Yo te llevo después. ¡Vamos!

¿Fue acaso su decisión y seguridad lo que me llamó la atención? ¿Fue acaso la aventura de quedarme más tarde, sin saber quién era ese hombre que me ofrecía llevarme después a mi casa? ¿Fue la necesidad de sentir cerca la compañía y los brazos de alguien que quería conocerme? Sin poner más objeciones, asentí.

Corbata de rombos de colores tenues, traje café claro, cabello rebelde castaño casi rubio y unos profundos ojos verde-azulados, eran el encuadre de este joven seguro de sí mismo, de 1.75 de

estatura. Sus movimientos, algo bruscos, algo certeros, me llamaban la atención. ¿Qué era exactamente lo que me atraía de él? No lo sé. Sólo sé que me dejé llevar por el momento, dejé que él guiara mi baile, mi tiempo, mi destino.

Mientras bailábamos, él se animó a iniciar una pequeña conversación sobre la homenajeadada de la noche:

–¿De dónde conoces a Sofía?

–Somos amigas desde la primaria. ¿Y tú?

–De la universidad. Aunque ella es nutrióloga y yo ingeniero, convivo mucho con su grupo de amigas. Me llamo José Pablo, mucho gusto.

–Yo soy Luz.

Mis solidarias amigas Aurora y Angélica se habían quedado conmigo hasta que la fiesta terminara. Él y un amigo que lo acompañaba se habían ofrecido a llevarnos a nuestras casas. A punto de irnos, José Pablo, con la seguridad que lo caracterizaba, organizó cómo nos acomodaríamos en los coches:

–Tú ven conmigo –dijo dirigiéndose a mí–. Mi camarada acompañará a tus amigas y nos seguirá. Mientras ellas sacan su coche del estacionamiento, vamos por mi carro, que está estacionado enfrente. Nos vemos aquí en dos minutos –les dijo a Aurora y a Angélica, quienes, sin más, asintieron.

Cuando llegamos al lugar acordado, no las encontramos. Damos dos vueltas a la glorieta frente a la avenida donde estaba el lujoso hotel en que fue la fiesta. Nada. Ni rastro de mis amigas ni de su compañero.

–Ya nos dejaron –comentó él, leyéndome el pensamiento.

Decidimos enfilarnos a casa de mis abuelos, donde supusimos que los encontraríamos. Nada. Pensamos entonces que lo mejor era no movernos, pues tarde o temprano llegarían. Mientras los esperábamos entablamos una conversación tan amena sobre nuestras actividades, que ni cuenta me di del tiempo.

–¿Haces ejercicio? –me preguntó.

–Sí. Me gusta mucho nadar. ¿Y tú?

–Antes jugaba mucho frontenis, pero luego me lo impidieron cinco razones.

–¿Cuáles?

–La haba, la Eva, el iva, la hueva y la uva.

Al ver mi cara de desconcierto, se dio cuenta de que no había entendido el chiste. De hecho, creí que hablaba en serio.

–Sí –aclaró–, la comida es el haba, las mujeres son Eva, el dinero es el iva, la flojera la hueva y el vino la uva.

Me atacó de la risa. “¡Este muchacho es divertido!”, pensé.

Después de un rato de amena conversación, nuestros amigos finalmente aparecieron.

–¡Alguien muere esta noche! –gesticuló Angélica muy enojada, suponiendo que nos habíamos escapado José Pablo y yo a propósito.

Nosotros, a la vez, pensábamos que ellos habían sido quienes, con premeditación, nos habían dejado solos. Como hubiera sido, ese tiempo fue providencial. Tuvimos oportunidad de percatarnos de que ambos trabajábamos para corporaciones internacionales en Polanco y aprovechamos para intercambiar números telefónicos. Mi deseo, formulado tres meses atrás en plena noche estrellada, en medio del Caribe, comenzaba a tomar cuerpo, nombre y forma en José Pablo.

Supongo que mi malestar previo a la fiesta fue un presagio, una reacción interna que me pedía relajación para abrir paso a una nueva etapa. No creo en la casualidad de haber sentido mi primer cólico en un día que luego resultó trascendental. Para mí las coincidencias ya no existen.

Nuestra relación prosperó rápidamente. A la semana de habernos conocido, me habló al trabajo, poco antes de salir de la oficina. Después de contestar el teléfono en inglés, de la forma protocolaria, escuché su voz al otro lado del auricular.

–Hola, Luz, soy José Pablo. ¿Cómo estás?

–Hola, con mucho trabajo, ¿y tú?

–Bien. ¿Qué tienes que hacer esta noche?

–Llevaré a una compañera de Estados Unidos a conocer la ciudad de México de noche, ya sabes, el típico tour por la avenida Reforma, desde el castillo de Chapultepec hasta Garibaldi y luego al Zócalo.

–¿Te puedo acompañar?

–¡Claro! Hasta me harías un gran favor. No me gusta hacer estos recorridos sola, y menos de noche.

–¿En cuánto tiempo piensas salir?

–Como en media hora.

–Perfecto. Nos vemos afuera de tu oficina a las 8:00. ¿Te parece?

Así fue nuestro reencuentro, un poco casual, un poco en complicidad laboral. No sólo me acompañó, sino que la hizo de excelente guía de turista y chofer. La gerente internacional que paseamos iba feliz en el asiento del copiloto escuchando la explicación sobre el castillo de Chapultepec. Yo iba sentada detrás de José Pablo, comentando sobre los Niños Héroes. Fue por eso que me tomó por sorpresa sentir la mano de José Pablo buscando sagazmente mi tobillo para acariciarlo con ternura. Me sacó de balance, pero me encantó. Mi corazón dio un brinco. Sus intenciones eran claramente seductoras y hasta cierto punto poéticas.

Pocos días después me invitó al cine. Yo quería ver *Lo mejor de mi vida*. Él, al escuchar el título, aunque no supiera la trama, me susurró: “Lo mejor de tu vida soy yo”. Lo dijo en tono tan seguro, que parecía como si de verdad él hubiera sabido desde el primer instante, cuando nuestras miradas se cruzaron, lo mucho que íbamos a significar el uno para el otro.

Mientras él iba a pasos agigantados en la relación, yo quería ir cautelosamente para conocerlo más a fondo. Me daba miedo comenzar una relación de manera tan intempestiva, pero me

motivaba que, por primera vez, no fuera yo quien llevara la batuta. Eso me hacía sentir halagada, aunque un tanto vulnerable. ¡Necesitaba saber más sobre él!

Al día siguiente decidí hablarle a Sofía, nuestra amiga mutua, para pedir su opinión sobre José Pablo.

—¿Cómo es este muchacho, Sofi? —le pregunté.

—Mira, Luz, de entrada te digo que estuvo enamorado casi toda la carrera de una amiga mía. Su relación nunca prosperó porque ella es judía.

—¿Qué?

—Sí, pero no te preocupes —dijo, pensando que me había alarmado el enamoramiento infructuoso de cinco años que sostuvo, cuando era la coincidencia con mi propia realidad lo que me había impactado—. Es un muchacho de buenos sentimientos, a veces un poco alocado —continuó—, pero no hay como conocerlo directamente y juzgar por ti misma.

Así fue como decidí invitarlo a tomar un café para que me contara más sobre su vida. En ese pequeño cafecito me enteré que, como yo, había nacido con un mal congénito: paladar hendido y labio leporino. Que, como yo, tenía su disfunción física superada. También me contó abiertamente sobre su amor frustrado por la muchacha judía de la universidad. Y, para rematar, me confesó que hacía un año había tenido una hija. Me recordó a mi papá y la hija que tuvo en su juventud, antes de conocer a mi mamá.

Tanta coincidencia, incluido el parecido de su nombre con el de mi papá y hermano, y que ambos trabajáramos en compañías internacionales en Polanco, no hacía más que asegurarme que este hombre no se había cruzado en mi camino por casualidad. Nuevamente la sincronicidad de la vida me tomaba por sorpresa, entretejiendo mis circunstancias de vida con las de este joven.

CAPÍTULO 18

Pablo me llevó a casa de mis abuelos y nos despedimos con un beso en la mejilla. Ya en mi cama, me puse a pensar en lo que me platicó. De repente, algo brincó a mi mente: tiene una hija a la que no ve. ¿Qué sería de ella? ¿Cómo viviría sin la presencia de su padre? ¿Cómo le estaría afectando?

Mis pensamientos brincaron al recuerdo de cuando me enteré, a los catorce años, de mi media hermana, Estela.

—Tu papá tiene otra hija, Luz —me había dicho mi mamá alcoholizada, durante unas vacaciones que tomamos en una hacienda en Cuernavaca.

Ella estaba feliz de saber que allí había vivido el shá de Irán durante su exilio. En ese entonces, cualquier motivo era bueno para festejar y emborracharse. Ya me había acostumbrado a verla embriagarse y decir sandeces en todo momento y lugar. Me había hecho inmune a sus comentarios, desatinos y groserías. Mis oídos se hacían sordos ante tanto disparate, pero esas palabras de alguna manera me llamaron la atención.

—¿Qué estás diciendo? —le pregunté alarmada, sin saber a qué se refería.

Me contó su versión de los hechos: mi papá, antes de conocerla, se había enamorado de una “mujerzuela” —tal y como lo dice una mujer celosa de su hombre— y tuvo una hija con ella. Mi media hermana, según el concepto totalmente tergiversado de mi mamá, había seguido los pasos de su madre, embarazándose muy joven. No sabía —o no me quiso decir— su nombre ni dónde vivía.

Mis sentimientos y emociones saltaron de la negación a la injuria, del enojo por sentirme traicionada, a la tranquilidad y alegría que significarían apoyarme en alguien más. ¡Una hermana mayor! ¡Qué emoción! ¿Dónde estará? ¿Qué será de ella? En ese momento me hice la promesa de averiguar el paradero de esa mujer que decían era mi hermana.

Al regresar a México cuestioné infructuosamente a mi papá. “Aún no es tiempo, Luz, ya sabrás la historia a su debido momento”, me había contestado. Esas palabras bastaron, sin embargo, para constatar que al menos mi mamá había dicho la verdad sobre esa hija. Aún faltaba aclarar si el resto de la historia era verídica o no. Pasaron dos años sin saber nada al respecto. Hasta que un buen día, mi hermano Pablo, que en ese entonces vivía fuera de México, llegó a la casa sin previo aviso, un tanto sospechoso. Yo tenía dieciséis años y papá acababa de regalarme mi *Mayate*.

—Préstame tu coche, Luz —me dijo.

En esos tiempos, mucho antes del trasplante, mi hermano y yo no nos llevábamos bien. Para mí, era un muchacho egoísta que prefirió salir huyendo de la situación familiar y que sólo quería que le dieran dinero y comodidades, pero que nunca hacía nada por la familia. Harta de esa situación y de tener que enfrentarme sola a la problemática de mi mamá, le guardé mucho resentimiento. No. No quería prestarle nada. Mi gesto debió denotar mi indisposición, pues me llevó a la sala y en son de complicidad, sacó una fotografía de un folder.

—¿Sabes quién es ella? —me dijo, mientras me mostraba la foto.

Era una mujer muy bella. Inmediatamente supuse que era su novia y que la había embarazado. Ahora tenía que llevarla a algún lado, maquiné en mi interior.

—No —contesté secamente.

—Es nuestra hermana. Sabes de su existencia, ¿no?

Sentí como si una burbuja de aire caliente se hubiera filtrado en mi corazón. ¡Ella! ¡Esa mujer tan hermosa era mi hermana! ¡Por fin veía su rostro, aunque fuera en fotografía!

—Sí. Lo supe por mi mamá hace tiempo. Mi papá no quiso hablar al respecto —contesté sin dejar de ver la foto.

—La encontré, Luz, por medio de unos tíos paternos que la siguen viendo. Su nombre es Estela. Vive en Cancún, pero al enterarse por ellos de que la quería conocer, vino a México. Ayer la vi por primera vez. Quedamos en ir mañana a desayunar. Para eso te pido tu coche.

—Claro que te lo presto, pero con una sola condición: que me lleves contigo. Yo también la quiero conocer.

—Está bien.

Llegó el momento del encuentro. Era Semana Santa de 1984. Verla a los ojos por primera vez fue como verme en un espejo. Su alma y la mía se identificaron de inmediato, aunque ella era mucho más bella, más esbelta, más tierna y hermosa que yo. ¡Mi hermana mayor! ¿Quién y cómo se había tomado el derecho de negarme tal fortuna? Sentí que mi vida, mi existencia, cambiaba por completo en ese instante. Le agradecí inmensamente a mi hermano por la maravillosa oportunidad que me brindó de conocerla. Creía que podría tener un apoyo, un ser a quien admirar que era sangre de mi sangre. La abracé fuertemente.

Entramos al restaurante. Recuerdo que no le quitaba los ojos de encima. Sus orejas eran idénticas a las de mi hermano, los ojos y cejas de los tres eran tan parecidos que denotábamos la misma mirada, el mismo reflejo. ¡No había duda de que compartíamos los mismos genes!

Durante el desayuno nos contó la historia de su infancia. Nuestro papá y su mamá se amaron desde muy jóvenes. Eran apenas unos adolescentes cuando los tomó por sorpresa el embarazo. Los padres de ella impidieron que se casaran, prohibiéndole a mi papá volver a ver a su adorada novia y a la hija que llevaba en sus entrañas. La responsabilidad de la criatura recayó sobre los abuelos maternos. A su mamá la mandaron al extranjero para esconder su estado. Estela nació y creció pensando que sus abuelos maternos

eran sus progenitores. Su verdadera madre hizo las veces de hermana mayor. La mentira se desmoronó cuando un compañerito de la escuela le dijo a Estela, en ese entonces como de siete años, que “había oído por allí” que sus padres eran en realidad sus abuelos. Al cuestionar a su familia y ellos decirle la verdad, pidió ver a su verdadero padre, nuestro padre.

Durante esos años mi papá, al quedar excluido de la familia de ella, seguramente se sintió desolado. Sin alternativa, se refugió en el trabajo. Optó por seguir su camino como si nada hubiera sucedido, manteniendo su dolor profundamente enterrado. Años después conoció y se enamoró de mi mamá, con quien felizmente terminó casándose.

El que lo buscaran para atender a la curiosidad y deseo de su hija, debió conmocionar tanto a mi papá como a mi mamá, quien no sabía de su existencia hasta ese momento. Aún así, padre e hija se conocieron. Al parecer, hubo problemas entre ambas familias y, con tanta complicación, decidieron volver a sacar a mi papá de la jugada.

No sé si las cosas realmente sucedieron así. No importa. El hecho era que los tres hermanos estábamos allí reunidos. Eso era lo importante. Por fin nos veíamos cara a cara y nos abrazábamos sin importar los juicios ni prejuicios de nadie.

—¿Y Marisol, cómo está, cómo es? —me preguntó.

—Bien. Es una niña muy alegre y carismática, con mucha chispa. Tiene diez años. Participó en el concurso de la Heidi mexicana. Quedó en segundo lugar.

—¡Qué padre! Me da gusto por ella. Quisiera conocerla; pero siento que aún no es el momento. Te pido de favor, Luz, que no le digas de mi existencia hasta que sea más grande. Quisiera que entendiera las cosas con la madurez necesaria.

—Así lo haré, Estela, te lo prometo.

Tratamos de que nuestra relación como hermanos prosperara. Pablo fue quien tuvo más oportunidad de fomentarla, ya que la veía en Cancún durante las vacaciones. Yo no tenía la oportuni-

dad de hacer esos viajes, pero nos mantuvimos en contacto por medio de cartas. Mi papá se enteró de que sosteníamos comunicación con ella y lo motivamos para que se acercara a su hija. “Aún no es tiempo”, seguía siendo su respuesta habitual.

Aproximadamente un año después de nuestro primer encuentro, estuvo a punto de acabársele el tiempo a mi papá. Una mañana, sus gritos de espanto nos despertaron a Marisol y a mí.

—¡No es posible, no es cierto! —decía entre gritos y sollozos en el teléfono.

Del otro lado de la línea estaba Pablo llamando de larga distancia desde Cancún. Algo muy grave le estaba contando, pues mi papá tenía el rostro desencajado.

Cuando colgó le pregunté espantada:

—¿Qué pasó?

—Estela sufrió un grave accidente. Tu hermano, unos amigos y ella iban en moto, en traje de baño y sin casco. Pablo se adelantó para llegar al lugar de la renta de motos antes de que cerraran. Al parecer, con las prisas Estela chocó de frente contra un Jeep. Salió disparada. Está en coma en el hospital. Posiblemente no salga de esto, Luz —me decía llorando.

Marisol, aún adormilada, estaba espantada de oír de tan atroz accidente y de ver en tal condición a mi papá. Nunca lo había visto llorar, además, ¿de quién hablábamos? ¿Quién era Estela, que parecía causarle tal impresión a papá? Su reacción ante un ser desconocido para ella era incompresible.

—¿De quién hablan? ¿Qué pasó?

—Ven, gorda, tengo algo que decirte.

Me la llevé de regreso a nuestro cuarto. Era el día de su cumpleaños. Como regalo imprevisto, le conté sobre nuestra media hermana, de lo mucho que ella la quería, aunque no la conociera. Le expresé con pesar que Estela me había pedido que no le dijera a ella sobre su existencia, hasta que fuera más grande. Ahora, dada la situación, me veía imposibilitada de guardar mi promesa. Quería

que supiera que tenía una hermana mayor que yo, que tuviera esperanzas y rezara por ella para que algún día llegara a conocerla.

—Mira, es ella —le dije enseñándole la foto que mi hermano me había dado el año anterior.

Se quedó sorprendida. Su carita, admirada por la verdad recién develada y horrorizada por el temor de no conocer a quien yo decía era otra hermana suya, era incapaz de expresar la magnitud de sus sentimientos. Éste fue su regalo, sin envoltura, soltado así, a un corazón a la deriva: saber de una hermana desconocida, al borde de la muerte. No, este año no habría fiesta.

Gracias a Dios, Estela sobrevivió. Según cuenta, salió adelante cuando, tras varios meses de estar en coma, escuchó a lo lejos la vocecita de su hijo diciéndole: “¿Verdad, mami, que te vas a salvar?” Esa voz la trajo milagrosamente de regreso al mundo de la conciencia. Vinieron varios años de recuperación. Estuvo en silla de ruedas mucho tiempo. Luego tuvo que padecer muchas operaciones y terapias para la estabilización de su brazo y otras más para ayudarle a que su pierna, que había quedado diez centímetros más corta que la otra, pudiera crecer. Fue un proceso largo y muy, muy doloroso.

Durante el mismo, Marisol tuvo la fortuna de conocerla. En esa ocasión también mi papá tuvo la oportunidad de reencontrarse con su hija. Esto ocurrió cuando yo estaba muy mal del riñón, así que no presencié tan emotivo encuentro. Supe que fue en el Club Reforma, en un desayuno planeado. A partir de entonces, comenzó una apertura familiar bastante favorable.

Ahora recuerdo que el día del trasplante ella estaba allí, acompañándonos a Pablo y a mí por el pasillo que guiaba al quirófano, minutos antes de la cirugía. Ella fue quien nos dio la bendición. Cuando desperté de la anestesia, ocho horas después, allí seguía, pendiente y dispuesta a apoyarnos en lo que fuera. Siempre se lo agradeceré.

Estela es una mujer hermosa y sencilla por dentro y por fuera. Tiene una mirada que inspira paz y confianza. Habla lenta y pausadamente, como si el tiempo se detuviera en sus labios, entre una frase y otra, lo que da una sensación de estabilidad al mundo tan agitado en el que vivimos. En ese entonces estaba casada y tenía un hijo pequeño. Los tres vivían juntos en Cancún. Con el accidente, sufrió contusiones cerebrales, su brazo y su pierna derecha quedaron destrozados. Aún en coma, la operaban constantemente para reconstruir ambas extremidades. Su esposo la amaba mucho, pero nunca creyó que saliera adelante de ese fatal accidente. No soportó verla tanto tiempo en coma e ir a visitar al hospital en ese estado. Meses después él murió de un ataque al corazón.

La relación entre Estela y la familia desafortunadamente no ha prosperado debido a la distancia, el dolor y la falta de apoyo. Sé, sin embargo, que existe entre nosotros, los hermanos, un lazo muy fuerte. El tiempo nos lo dirá.

Volví de mis recuerdos y retomé el pensamiento en la hija de José Pablo. Una criatura canadiense de escaso un año que sufría la carencia de su padre. ¿De ese hombre me iba a enamorar? ¿Estaba segura? ¿Cómo sería mi relación con la chiquita? Aún era muy pronto para darle cabida a tanta incógnita. “Tómalo paso a paso, Luz”, me había autoaconsejado.

CAPÍTULO 19

Al mes, José Pablo y yo nos hicimos novios; al siguiente me pidió que me casara con él. ¡Esto iba demasiado rápido! Tuve que poner un alto. Además, su papá se opuso a nuestra relación al enterarse de la homosexualidad de mi hermano. Cortamos por un tiempo. Fue una prueba para ver si la opinión externa podía más que nuestro amor, como sucedió con Lior. Días después me volví a buscar. La prueba había sido superada.

Nos veíamos casi todas las noches, al salir de trabajar, pero todavía habríamos de pasar algunos retos.

Una tarde mi jefe me llamó a su oficina.

–Tengo una propuesta que hacerte –me dijo.

–Dígame ¿de qué se trata?

–Me gustaría que regresaras a Estados Unidos para hacer la maestría en administración. Has trabajado muy duro y le has ayudado a la empresa a lograr bastantes cosas: alianzas estratégicas entre compañías, un programa modelo de seguridad internacional y la coordinación de varias reuniones. Ya eres bastante reconocida y quisiera apoyarte para que escales aún más. Estoy viendo la posibilidad de que se te pague la mitad de tus estudios, siempre y cuando te comprometas a pagar la otra mitad y a trabajar, por lo menos, otros cinco años más con nosotros. ¿Qué te parece?

–Señor Bright, ¡me encantaría! –le respondí entusiasmada—. Déjeme ver cómo arreglo mis compromisos financieros e investigar las opciones universitarias factibles para ambas partes.

–Te recomiendo la universidad donde estudié mi maestría –me dijo al tiempo que me entregaba un folleto de la misma, seguro de que tomaría la oferta.

¡Estaba feliz! Le llamé a José Pablo por teléfono para platicarle. Mientras marcaba recapacité. Era una buena noticia para mí, pero implicaría truncar nuestra relación. Sería mejor comentárselo personalmente y dar oportunidad a platicar sobre nuestros planes.

–Te invito a cenar hoy en la noche –le dije en cuanto contestó.

–¡Ah! ¿Y a qué debo el honor de tan agradable invitación?

–Ya verás. Es una sorpresa.

Escogí un restaurante con matices románticos. Ya sentados, pedí un vino para celebrar, segura de que compartiría mi felicidad y me apoyaría para que me fuera a hacer mi posgrado, aunque eso implicara mantener una relación a distancia.

–Y bien, ¿de qué se trata? –me preguntó bastante intrigado.

Sin preámbulos, le conté la propuesta de mi jefe.

–¿Y cuántos años de estudios serían? –me preguntó al terminar mi relato.

–Creo que dos.

–Es mucho tiempo, Luz. ¿Qué pasará con nosotros?

–No lo sé. ¿Qué quisieras que pasara?

–Te amo. Como te lo he dicho muchas veces, sé que tú eres la mujer con quien quiero pasar el resto de mi vida. Quisiera casarme contigo, pero no creo esperar dos años. Es mucho tiempo.

–¿Qué me estás diciendo?

–Eso: no creo esperar tanto tiempo. No puedo irme contigo, aquí tengo mi vida y mi trabajo. Si te vas, siento que nuestro amor se marchitaría, que nos perderíamos. Tú decide lo que más te convenga. Si deseas hacer la maestría, adelante, no te detendré. Si, por el contrario, sientes que nuestro amor es más importante que tu carrera profesional, estaré a tu lado siempre. Te procuraré, veré por ti, te amaré.

¡Vaya decisión! Durante varios días pensé en ambas alternativas: ¿dejaría ir el amor que pedí al cielo y que se me concedió? ¿Estaba dispuesta a dejar al hombre que me amaba, después de haberme visto tan sola y necesitada de amor poco tiempo antes?

O, por el contrario, ¿dejaría pasar esta oportunidad de crecer profesionalmente? Recapacité: ya había probado las delicias del triunfo profesional. Por su parte, el sabor que mis relaciones amorosas me habían dejado era un tanto amargo. Quizá era momento de conocer la dulzura de una relación duradera, de una pareja estable.

Entre pensamiento y pensamiento pasaron dos semanas de indecisión. Por cuestiones de trabajo me mandaron a Houston unos cuantos días. Allí, en la soledad de mi habitación de hotel, sentí la falta de las caricias de mi amado. Ésa fue la clave que me permitió vislumbrar que nada se compara al amor, la ternura y la compañía de un ser humano al que se ama. No. No soportaría mucho tiempo sin él. Decidí entonces renunciar a la posibilidad de la maestría. Opté por una vida de compañerismo al lado de un hombre, aunque esto quizá implicara renunciar a un puesto profesional más importante. Debo admitir que a veces recuerdo ese pasado con nostalgia, pero sé que la decisión que tomé fue la correcta al abrirme a la aventura del amor, de ser esposa y madre; a la aventura de crear mi propia familia. Aventuras que ningún sueldo ni puesto profesional me hubieran dado.

Nuestra relación siguió adelante. Salíamos todas las noches y, poco a poco, la hora de llegar a casa de mis abuelos se fue haciendo cada vez más tarde. Ellos estaban muy desconcertados con mi actitud. Pasé de ser la nieta buena, recatada y responsable que llegaba a casa antes de que anocheciera, a ser la mujer de múltiples compromisos después del trabajo, que llegaba a dormir a la hora que se le antojara. Había regresado a mis años rebeldes de juventud. Una noche hasta tuve el descaro de no llegar a dormir. Clarita se molestó tanto que me dijo: “Luz, no seguiremos sopor-tando esto. Ya no es sano que vivas con nosotros. Debes buscarte otro hogar”. Me dolió mucho, pero tenía razón. Era momento de despedirme de quienes me habían abierto las puertas, no sólo

de su casa, sino de su alma y de su corazón. Lamentaba que esta ruptura se hubiera dado por una falta mía y no por otra circunstancia. Me sentí exiliada del hogar que me había acogido en los momentos críticos de mi vida.

Con pena, pero agradecida por todo lo que mis abuelos habían hecho por mí, comencé a hacer planes para buscar un lugar dónde vivir. Esa noche soñé con un departamentito con jardín cerca del trabajo, algo difícil de encontrar, pero sabía que tendría éxito en la búsqueda. También sabía que, aunque no fuera idéntico al de mi sueño, habría algo que me dijera *ése es*.

El siguiente fin de semana compré el periódico. El primer anuncio que vi llamó mi atención: era un departamentito amueblado cerca de mi oficina. Inmediatamente lo fui a ver. Resultó ser una casa segmentada, de forma que se hicieron de ésta cinco lindos departamentos. Quedé enamorada del lugar y el precio se me hizo un regalo. Al asomarme por la ventana y ver un jardincito en la parte trasera, me convencí de que era justo lo que buscaba. Esta vez no tuve que escuchar ninguna voz interna diciéndome *ése es*. Ya lo sabía, no había duda. Inmediatamente me arreglé con la dueña de la casa.

Nuestro nido de amor se materializó mucho más rápido de lo imaginado. Nueve meses después de conocernos, decidimos vivir juntos; con el compromiso de ver si nuestra relación verdaderamente prosperaba hacia el matrimonio. Otros nueve meses más tarde, nuevamente en el noveno mes, justo siete años después de mi trasplante, estábamos caminando hacia el altar con el corazón lleno de alegría. Empezaba una nueva etapa de mi vida al lado del hombre que parecía estar dispuesto a dar todo por mí, a cuidarme, protegerme en la salud y en la enfermedad, en lo próspero y en lo adverso, a hacer todo lo necesario por ver que nuestro amor fructificara. Por fin me sentía protegida y amada en los brazos de un hombre que quería estar a mi lado, hasta que la muerte nos separara. Ya no iba a tener que ser siempre la responsable, la

que viera por otros. Los problemas de mi infancia, mi adolescencia y juventud tomaron otra perspectiva, estaban lejos y enterrados. Ahora alguien me estaba ofreciendo su mano, su apoyo y su amor. Por fin podía sentirme tranquila y segura con la compañía y el apoyo de un hombre que me amaba.

CAPÍTULO 20

El 14 de septiembre de 1996 hicimos, frente al altar, nuestros votos matrimoniales. La boda fue muy emotiva. Está por demás decir lo feliz que nos sentíamos al estar juntos, compartiendo con nuestros amigos y familiares esta celebración. El momento culminante de la ceremonia fue cuando, en lugar de llevarle el ramo a la virgen, como acostumbran las novias, nosotros encendimos la Vela de la Unión. Ésta la encendimos con la luz de dos velas delgadas que cada uno portaba. Era nuestra representación para denotar que, con la llama de su amor y del mío, estábamos decididos a encender una nueva luz que iluminaría el camino de ambos en una sola dirección.

Al día siguiente, antes de salir de luna de miel, Marisol y su novio Ernesto nos acompañaron al cementerio a llevarle mi ramo de novia a mi mami. De soltera solía ir mucho a barrer la tumba y tomarme una cerveza mientras le platicaba a mi mamá en voz alta, esperanzada de que me escuchara dónde estuviera, mis aventuras, ilusiones y proyectos. Las visitas al cementerio para mí no eran de dolor, al contrario. Eran un acercamiento a la energía de mi madre en mi corazón. Eran la forma que había ideado para contar con ese apoyo materno que, si bien no era físico, al menos lo era en espíritu.

Frente a su tumba me era más fácil darle voz a todo tipo de pensamientos, planes y a mis más codiciadas ilusiones. Creo que me escuchaba, pues muchos de los deseos que le confiaba se hacían realidad. En una de esas visitas le había confiado la esperanza de encontrar algún día el amor de mi vida. También le había

contado sobre mi pretendiente José Pablo, sobre lo galán y simpático que era. Durante esa confidencia, como si me hubiera respondido, me vino a la mente un día en que, estando ella tomada, me había dicho: “Tu príncipe azul llegará por ti en un caballo blanco. Su nombre será igual al de mi rey y mi príncipe”. Recuerdo que lo tomé como una de sus tantas alucinaciones.

Sin embargo, allí, frente a su tumba, estaba cayendo en la cuenta de que sus palabras en realidad habían sido proféticas. Efectivamente, me había enamorado de un José Pablo, que lleva el mismo nombre que el rey de mi madre, Pablo Antonio, y el de mi hermano Pablo. Cuando lo conocí, tenía un carro blanco que, si bien no era un caballo, pudiera ser su símil en una ciudad como México.

Para mí, llevarle el ramo era como un tributo a ella; una manera de hacerle saber que su deseo, fantasía o profecía se habían cumplido y que estábamos allí para agradecerse. Deseaba intensamente presentarle simbólicamente a mi esposo y pedirle que bendijera esta nueva etapa de mi vida como esposa, como princesa al lado del príncipe que ella me había augurado.

Ese día José Pablo, Marisol, Ernesto y yo rezamos y dejamos aflorar nuestras emociones frente a la tumba que alberga los restos de mi bisabuela, mi abuela, mi mamá y mi hermanita fallecida a los pocos días de nacida, cuando yo tenía dos años. Una sensación muy extraña me embargó al percibirme en esta pequeña reunión familiar con cuatro generaciones de mi linaje materno. Sé que de alguna manera sus espíritus estaban con nosotros disfrutando de ese momento tan especial.

Las palabras del sacerdote que me había aconsejado años atrás, en Lourdes, Francia, vinieron a mi mente frente a la tumba de mi madre: “Lo que debes hacer es regresar a tu país, buscar un trabajo y sentirte nuevamente autosuficiente. Lo demás irá tomando su propio curso. No te presiones por encontrar respuestas. Ellas vendrán a ti, a su debido tiempo”. Allí, en ese momento, la respuesta

había llegado: el matrimonio había sido mi camino, aquél que había estado buscando.

Para Marisol, sin embargo, esa visita al cementerio no fue del todo positiva. Ella no se había parado por allí desde que la sepultamos. Al parecer le fue muy duro volver a estar frente a su tumba, recordando lo doloroso que había sido para ella aquel momento. Tanto, que en el instante en que el féretro caía dentro de la fosa, mi hermanita, de entonces once años, no terminó de presenciar el ritual porque le sobrevino un vómito repentino. Allí mismo, justo once años después, su semblante se volvía a contraer, mientras su corazón se adentraba en una tristeza indescriptible, en el vacío de su alma. No volvió a decir palabra hasta que llegamos al aeropuerto, al despedirnos para partir a nuestra luna de miel.

CAPÍTULO 21

Ya de vuelta a la normalidad, empezando la rutina diaria, decidí renunciar a mi trabajo, cosa que después lamenté enormemente. Amaba lo que hacía, me llenaba de satisfacciones, pero por otro lado me absorbía demasiado. Ya me habían cargado la mano con mucha responsabilidad sin que eso implicara mayor sueldo o mejor puesto. Me cansé. Supuse que ahora que alguien veía por mí, podía darme el lujo de renunciar y buscar algo mejor.

Por lo menos eso me ayudó a hacer realidad uno de los objetivos que no había concretado por falta de tiempo: mi segundo libro de pensamientos en verso. *De mi ángel a mi patria* se publicó en septiembre de 1996, fecha cercana a mi matrimonio. Casi al regresar de la luna de miel fui a Guadalajara a recogerlo y aproveché para promoverlo. Me hicieron entrevistas en la radio y lo dejé a consignación en varias librerías. Todo esfuerzo fue inútil. No fructificó. El éxito del primero se opacó con la sombra de este segundo, del que apenas se vendieron unos cuantos ejemplares.

Después de resentir este fallo, me dediqué a buscar empleo. Supuse que me sería muy fácil. Me equivoqué. Obtuve un puesto gerencial de mercadotecnia, con muy buen sueldo en el recién instaurado Sistema de Recaudación de Fondos para el Retiro en México, las Afores. Al ser un programa de nueva creación, nadie sabía bien a bien cómo funcionaban ni quién se encargaba de qué. Como no soy buena para trabajar en ambientes desorganizados y desestructurados, no soporté la presión. El estrés me desactivó aún más mi sistema inmunológico y comenzaron a sa-

lirme verrugas. No podía dormir y toda la piel me picaba. José Pablo me dijo: “No, Luz, no debes seguir con ese trabajo. No quiero que te enfermes, por favor, déjalo”. Le hice caso y al mes renuncié.

Algo en mí y en mi seguridad había cambiado. No supe si, como ya tenía al sol que iluminara mis días, alguien quien viera por mí, me hice débil, o si poco a poco su energía protectora impidió que, como siempre lo había hecho, me valiera por mis propios medios. Mi energía se había acostumbrado a luchar para salir adelante con esfuerzo, afrontando crisis y adversidades. Ahora, ese esfuerzo ya no era necesario. Mi espíritu luchador se veía sin necesidad de espada. A la antorcha de mi vida le faltaba el aceite que la hiciera encenderse y brillar para encontrarle sentido a su existencia. ¿Hacia dónde voy? ¿Qué quiero hacer con mi vida?, me preguntaba constantemente.

Siempre hubo un motivo por el cual salir adelante: falta de dinero, enfermedad, problemáticas familiares. Ahora todo parecía en calma. Era momento de hacer un alto en el camino y ver hacia dónde quería dirigirme, pero me sentía inútil. Por más que buscaba y hacía, no llegaba a ningún lado.

Seguí mi búsqueda infructuosa de empleo. No sabía qué hacer con mi tiempo, con todas las capacidades que tenía y estaba desaprovechando. No estaba acostumbrada a estirar la mano para tener dinero, aunque se tratara de mi marido. Me sentía a disgusto con esa situación, pero por otro lado me lavaba la mente diciendo: “Ya toca que alguien vea por mí”. Entré en depresión, con conflictos internos muy críticos que no sabía cómo manejar.

Decidí entonces motivarme nuevamente a través de la escritura automática. Aquello que años atrás hacía sin saber que tenía un nombre tan específico y que hacía fluir mis sentimientos y encontrar una respuesta más directa. Eso que inconscientemente realizaba en la juventud cuando me sentía perdida, escribiendo lo que

saliera, sin pensar en lo que quería plasmar. Eso que dejé de hacer cuando tuve aquel susto en la universidad al sentirme poseída por la pequeña entidad de nueve años. Ese día, nuevamente dejé fluir la pluma sobre el papel, buscando una respuesta a mi desmotivación, mi desaliento y mi falta de dirección.

Lo que surgió fue una rememoración de mis triunfos para recordarme cómo había salido de los tropiezos y una posible proyección de mi porvenir. Aquí lo comparto:

Permíteme que te muestre tu futuro, el que está ya germinando dentro de ti: serás una gran oradora, muy reconocida en varios lados, lo que te proporcionará viajes alrededor del mundo, que podrás disfrutar con tu marido.

Ayudarás a mucha gente. Harás lo que te gusta hacer. El que en estos momentos te sientas desmotivada, es justo el arranque para que la gente confirme que si pudiste sobrepasar la apatía y la negatividad, ellos también podrán hacerlo. Todas las cosas negativas por las que has pasado son los cimientos de los mensajes que ayudarán a mucha gente.

Serás feliz, como lo eres hoy, con tu esposo, una hija hermosa y un niño adoptado, a los que legarás gran amor y enseñanzas. Harás muchas obras de beneficencia. Mientras, tu esposo será un hombre trabajador, primero en una empresa, y después, siguiendo en la empresa, sacará también adelante una bodega en parte taller y en parte almacén o estacionamiento, como negocio propio y familiar. Él también, con su bondad, ayudará a mucha gente.

Pasarán penas por enfermedad, pero igual que pasaste el “primer bache” (trasplante) pasarás éste. ¿Cuándo? No te preocupes por el cuándo. Sábete que lo harás.

Tu hogar será hermoso. Verás cielo azul y campo, porque así lo deseas. Tendrás tu propio jardín donde sembrarás plantas hermosas y el árbol más significativo de tu vida (a su tiempo lo entenderás). Será una casa muy cómoda, céntrica y adornada con gusto de primera, mas nunca ostentosa. Lo más importante: se respirará un ambiente de amor, paz y alegría.

Luz: naciste para triunfar. Has triunfado. ¡Triunfarás!

Marzo 1997

Decidí entonces tomar la vida con más tranquilidad, serenando mis pensamientos y mi angustia.

CAPÍTULO 22

Durante el periodo de mi inestabilidad profesional, Marisol también estaba pasando por una época difícil. Cuando vino a mi boda, algo pasó en su mente, espíritu y alma que la había transformado: no podía concentrarse. Se fue a estudiar a Suiza becada por la universidad, pero los estudios se le hacían tan pesados que sólo pensaba en desertar.

Nuestra relación era un tanto distante. Casi no nos hablábamos por teléfono, mucho menos durante su estancia en Europa. No sabía de sus conflictos emocionales ni de sus cambios. Tampoco sabía que finalmente había decidido regresar a Estados Unidos, con una fuerte carga de culpabilidad por la oportunidad aparentemente desperdiciada. Por eso me tomó por sorpresa que, un día después de este escrito, ella me hablara por teléfono desde su departamento en Maryland.

—Luz, estoy muy triste.

—¿Qué tienes, rompiste con Ernesto?

—No. Estoy muy desconcertada con lo de mis estudios.

Caí en la cuenta de que mientras me debatía en si dejar o no mi trabajo, ella dudaba de si debía desertar de sus estudios en Europa, sintiéndose incapaz de seguir con la presión que le imponía semejante tarea en el extranjero. La comprendí muy bien. Estábamos viviendo una sincronicidad de circunstancias a miles de kilómetros de distancia. Ella, sin embargo, parecía estar más deprimida que yo y creo que mucho tuvo que ver la visita al cementerio al día siguiente de mi boda y todos los recuerdos que debieron de surgir a borbotones en su conciencia.

—¿Quieres que vaya a verte? —le pregunté sin considerar que no tenía, como antes, dinero propio para hacer mis viajes y que ahora era una mujer casada, que debía tomar decisiones junto con mi marido. Me olvidé de todo eso. Lo más importante era que se sintiera apoyada por mí, como antes.

—¡Sí! —me dijo casi en tono de súplica.

—Bueno, veré qué puedo hacer.

En tres días iba a ser su cumpleaños, momento ideal para visitarla.

Fue como si me hubieran encendido un motor interno. Olvidé mi depresión. Mi querida hermana nuevamente se abrió ante mí. Era importante ayudarla. Mi marido, como siempre, comprensivo y motivador, no tuvo objeción. El problema primordial era el dinero. Como ya no contábamos con mi aportación financiera, nos alcanzaba justo para los gastos mensuales. Tuve que acudir a mi papá, quien me pagó el viaje.

Llegué a Washington al día siguiente, 7 de abril de 1997, dos días antes de que ella cumpliera veintitrés años. Ver esa preciosa ciudad desde el avión, cubierta por los cerezos en todo su esplendor, me dio mucha alegría. También me sentía feliz de saber que vería a mis amigos de la universidad que aún vivían en las cercanías. Por unos momentos, la situación de mi hermana pasó a segundo término en mi esquema mental. Hasta que me vi nuevamente frente a ella en el aeropuerto, esperándome como lo había hecho siete años atrás. Esta vez, sin embargo, la deprimida y con baja autoestima era ella. Ernesto la acompañaba. Durante el trayecto, no me paraba la boca en elogios hacia ella, la ciudad, el clima... lo que fuera. Ellos iban callados, sin decir palabra. Al llegar a su casa, también alabé lo bonito que tenían su departamento y lo mucho que habían logrado juntos. Nada pareció animarla.

Al día siguiente fuimos a caminar a un precioso parque cerca de su casa. Traté de hacerle ver toda la belleza de la que estaba

rodeada, todos los privilegios de que gozaba. No recordaba que cuando uno está deprimido nada de eso funciona. Sus palabras más directas fueron: “Luz, ¿cómo murió mi mamá?” No consideré de dónde surgía su inquietud. Supuse que era momento de hablar madura y abiertamente sobre el asunto; de hermana a hermana. Ella era aún pequeña cuando falleció nuestra madre, así que si tenía dudas al respecto, era mi obligación aclarárselas. Si de eso quería platicar, de eso platicaríamos.

Tranquila y pausadamente le conté lo que sabía de su muerte.

—Se tomó el amoníaco con el que la muchacha trapeaba el piso en casa de mi abuelo —le dije—. Ni las dos enfermeras que la cuidaban pudieron hacer nada al respecto. Ella sufría mucho, gorda, sentía que nos había perdido a nosotros y a su adorado esposo. Para ella, la vida ya no valía la pena. Su muerte fue lenta y muy dolorosa, pues se quemó toda por dentro.

Estos recuerdos movían mis entrañas, sentía cómo mi corazón se iba entumiendo, disecando, haciéndose chiquito. No me estaba gustando el tenor de esta plática, pero tenía que ayudarla a comprender.

—Pero lo había intentado varias veces, ¿no?

—Sí. Una vez tomó pastillas, otra se fue a estrellar en el carro contra las bombas de agua en la avenida Palmas, otra más se cortó las venas... —le dije controlándome para no meter más sentimiento a aquellos recuerdos llenos de tragedia.

Estaba haciendo mi mayor esfuerzo para tratar el caso como una simple reportera del crimen. Abrumada con tanto recuerdo y sin querer hablar más de cosas desagradables, cada vez que podía, le cambiaba el tema, volviendo a enfocarme en ella.

—Tú lo tienes todo, gorda. El futuro te espera. Eres una niña muy inteligente y trabajadora. Tienes a tu lado alguien que te ama...

Seguí y seguí con mi sermón animador, casi sin percatarme que ella ya se había sumido profundamente en sus propios pensamientos.

Al día siguiente fue su cumpleaños veintitrés. Como amaneció aún más deprimida, le dije que creía necesario que viera a un psiquiatra, que yo le regalaba la primera sesión de cumpleaños y que después veríamos cómo solventar las terapias subsecuentes. Aceptó de mala gana. Fuimos juntas. La esperé en el vestíbulo. Tras casi una hora de consulta, el psiquiatra me pidió que entrara.

—Su situación es crítica —me dijo—. Le estoy dando mi número de casa para que me llame a cualquier hora. Marisol, prométeme que me hablarás si te sientes muy mal —dijo dirigiéndose a ella. Quisiera verla en una semana —volviendo la conversación hacia mí.

Sin más, la sesión terminó. Eso fue todo lo que supe. ¡Claro que sabía que su situación era crítica, de otra forma no le hubiera sugerido consultar a un especialista! Pero seguía ciega a la amenaza cada vez más patente de un posible intento de suicidio. Nunca supe que ella estuviera pensando algo así. Viéndolo en retrospectiva, me doy cuenta de que no quise verlo, quizá por el miedo que me daba revivir algo ya enterrado. La mera posibilidad me aterraba. Y así, me la capoteé un día más. Partimos un pastelito sin más concurrencia que Ernesto y yo. La abrazamos, le dimos sus regalos y nos tomamos fotos. Eso fue todo. Después, a dormir.

Al día siguiente la alcancé en su trabajo para conocer a sus amigas y el lugar donde se había desenvuelto tan bien por tantos años, aunque en esos momentos no se sintiera capacitada para ello. Trabajaba en el Instituto Nacional de la Salud de Estados Unidos. Estaba muy orgullosa de ella.

Esa noche había quedado con mis amigos internacionales de ir a cenar a un restaurante chino. ¡Tenía tantas ganas de verlos a todos! Habían pasado casi cuatro años desde la última vez que salimos todos juntos. Lior iría con su prometida, una chica judía, por supuesto. La velada fue linda conviviendo con tantos amigos de antaño. Por varias horas me olvidé un poco de la tensión que me producía la ya patente enfermedad de Marisol.

Al regresar a su casa, sin embargo, la escena y mis sentimientos se volcaron. Ernesto estaba esperándome en la puerta como un centinela que aguarda la llegada del último descarriado.

—¿Has visto a Marisol? —me preguntó.

La pregunta se me hizo fuera de lugar, pues él bien sabía que había ido con mis amigos, pero su semblante denotaba mucha angustia, por lo que no lo tomé a mal.

—No, ¿qué pasa?

—Estoy muy preocupado. Salió de casa poco después que te fuiste y no ha vuelto. La busqué por todos lados. No aparece. Ninguno de sus amigos sabe nada de ella. ¡No sé dónde puede estar!

Me quedé aturdida. No sabía qué hacer, ni suponía siquiera qué le hubiera pasado. ¿Acaso se la robarían? Todo pensamiento era permisible excepto la posibilidad de un intento de suicidio. Eso ni siquiera cruzó por mi cabeza. Hasta que quince minutos después sonó el teléfono.

—¿Hola? —contestó Ernesto—. Sí, Marisol Báez. ¡Hospital! ¿Dónde? ¿Cómo? ¡Voy para allá inmediatamente!

—¿Qué pasó? —pregunté muy alarmada.

—Está en el hospital, en urgencias. La recogió una ambulancia.

—¡Vamos!

El trayecto se me hizo eterno. Cruzaban mil pensamientos por mi cabeza, pero lo que vi cuando llegamos a urgencias sobrepasó cualquier expectativa, cualquier escena de terror. Estaba inconsciente, llena de tubos por todos lados, le salía sangre por los pulmones. Me sentí desfallecer. ¿Qué le pasó?

—Alguien marcó desde un teléfono público el número de urgencias. Esta persona la vio caer de un estacionamiento de cinco pisos. Es un milagro que esté viva. Al parecer cayó en unos arbustos que amortiguaron el golpe —me dijo la doctora—. Al llegar, volvió en sí unos momentos y se puso a gritar: “¡No, no, no!” y a tratar de arrancarse las cánulas histéricamente —continuó—. De

verdad no quería salvarse. La tuvimos que sedar para intubarla. Acérquese a ella, por favor. Su situación aún es crítica, pero estable. La necesita cerca.

Yo temblaba de angustia, de dolor, al ver a mi hermana en esa situación. Seguía sedada. Le tomé su manita.

—No, gorda, por favor, no te mueras —supliqué—. Te quiero, te quiero mucho. Te necesito.

No podía ni llorar. Era demasiado para soportarlo sola. Para llorarlo necesitaba un hombro a mi lado, que no tenía. No me quedaba otra que ser fuerte, al menos hasta que llegara mi papá.

Un poco más tranquila pensé en lo que haría, cómo daría la noticia y a quiénes. Durante la madrugada, lo primero que hice fue hablarle a mis tíos Lourdes y Alejandro que aún vivían allí; aquellos que me habían dado asilo años atrás a mi regreso de Europa. Mi tía fue inmediatamente a buscarme al hospital. Me fui a bañar y a dormir un rato a su casa. De allí, tomé valor para hablarle a las seis de la mañana a mi papá para darle tan fuerte noticia. Contestó Larissa.

—¿Está mi papá? —le pregunté con voz de ultratumba.

—Sí, Luz, te oyes muy mal, ¿qué pasa?

—Marisol trató de suicidarse. Está en el hospital.

—¿Qué? —dijo con su distintivo tono melodramático—. ¿Qué pasó? ¡Dios mío!

—Pásame por favor a mi papá.

—¡Antonio, te habla Luz, se trata de Marisol!

—¿Bueno? —contestó mi papá aún adormilado.

—Papá, Marisol se aventó de un quinto piso.

—¿Pero por qué? ¿Qué pasó? ¿Cómo está? —preguntó amedrentado.

—Está muy deprimida, trató de suicidarse. Está críticamente lesionada. Parece que se dañó los pulmones y el hígado. La tienen toda intubada. No sé hasta cuándo vaya a salir. Cuando llegues, te

contaré los detalles –le dije, suponiendo que tomaría el primer avión a Washington.

–No, Luz, no iré.

Mis oídos no daban crédito a lo que acaba de escuchar.

–¿Qué? Papá, ¡Marisol te necesita!

–Si Marisol me necesita, tendrá que pedírmelo ella por su propia boca. No voy a volver a caer en estos jueguitos de tragedia –fue su tajante y fría respuesta.

Me había caído un balde de agua fría.

–¡Papá, te necesito yo! ¡Por favor, no me dejes sola con este paquete!

–No es tu paquete, Luz. Tú tómallo si lo deseas, pero será tu decisión. No la mía.

Cada palabra suya era como una flecha punzante en mi corazón, ya de por sí desvalido, ensangrentado y deshecho. Me quedé muda, atónita.

Ahora, con los años, comprendo que mi papá no podía soportar revivir el infierno que vivió durante tanto tiempo, junto a mi madre, cuando nosotros éramos chicos. Él luchó a capa y espada para protegernos de la realidad de nuestra madre. Así, mis hermanos y yo vivimos en la ignorancia de la situación hasta que ésta se agravó a tal grado que ya no había forma de ocultarla. Su desaliento fue tan grande al ver que cada esfuerzo que hizo por salvarla, por sacarla adelante, había sido en vano, que ya no quería volver a pasar por ese martirio. Ahora lo entiendo bien. Sin embargo, en ese momento me sentía con una responsabilidad tan grande que no podía ni respirar. No, no me parecía justo que yo tuviera que cargar este paquete, pero tampoco dejaría a mi hermana sola y desamparada en una situación así.

–Larissa quiere hablar contigo.

Ella, totalmente contraria a mi papá, volcada en emociones de tragedia, me preguntó:

–Luz, ¿sólo lo hizo para llamar la atención, verdad?

¡Eso era demasiado! No soportaba una palabra más de estos dos. Uno, minimizando la situación al grado de no considerar lo importante que, como padre, era su presencia. La otra, suponiendo que era una escena de telenovela para llamar la atención, cuando dos horas antes me habían dicho lo milagroso que fueron los arbustos, el que alguien la hubiera visto caer y llamado al hospital para que inmediatamente la recogiera la ambulancia. De no haber sido así, por muy amortiguada que fuera la caída, quizá se hubiera desangrado.

Entonces recordé que años atrás Larissa nos había platicado de una estudiante de intercambio de la organización donde ella trabajaba que trató de suicidarse poniéndose frente a un tren. En el último segundo se quitó, y sólo salió lastimada del golpe. Larissa tuvo la desfachatez de comentar en esos momentos que ella suponía que quien de verdad se quiere suicidar, lo logra a la primera y no se anda con rodeos. Que los intentos son simples llamadas de atención. Si en ese entonces su comentario me había caído como bomba, debido a todo lo que habíamos sufrido con mi mamá y sus múltiples intentos de suicidio —para su desgracia fallidos—, en este momento su comentario sobre Marisol era insultante, denigrante y humillante.

Allí me di cuenta de porqué Marisol, al volver en sí, se había puesto a gritar como loca: “¡No, no, no!” y quiso arrancarse los tubos, para ver si así se moría. Supongo que no quería que Larissa creyera que había sido un simple teatro para llamar la atención. De verdad, Marisol quería morir. ¿Y yo? ¡No quería volver a hablar con Larissa en mi vida!

Colgué el teléfono deshecha por dentro. Gracias a Dios, mis tíos me dieron la mano en todo: casa, comida, idas y recogidas al hospital, en fin, conté con ese apoyo familiar, que de no haberlo tenido me hubiera vuelto loca. Se los agradezco de todo corazón.

De regreso en el hospital pasé a ver a Marisol a terapia intensiva. Le volví a tomar su manita. Despertó. Mis ojos se llenaron de

lágrimas al verla llena de tubos por la nariz y boca. Su semblante pálido y mirada desenfocada denotaba tristeza, pena y dolor. Se nos acercó la doctora.

–Marisol, es un milagro que estés viva. Tu caída fue severa, pero tienes unos angelitos que te protegen muy bien. Vamos a hacer todo lo posible por sacarte pronto adelante. Todo va a salir bien, ya lo verás.

La doctora, frente a Marisol, empezó a hacerme preguntas sobre los posibles motivos que la hubieran llevado a tomar tal determinación. Le comenté sobre sus problemas escolares, sobre lo impactante que había sido para ella acompañarme un día después de mi boda al cementerio, a llevarle a mi mamá mi ramo de novia. También le conté cómo había sido el suicidio de mi madre, once años atrás. “Tomó amoníaco”, le contaba a la doctora cuando Marisol movió las manos como queriendo decir algo. Debido a su imposibilidad de hablar, le pasamos papel y lápiz. Movía sus manos hacia su boca, haciendo un gesto de estar tomando algo. Como tampoco podía escribir mucho, la doctora la iba guiando con preguntas para que sólo pusiera “palomita” si quería decir sí o cruz, si quería decir no. Tras varias preguntas, dedujimos que había tomado algo corrosivo. “¡Un gastroenterólogo por favor, urgente!”, gritó la doctora, mientras seguíamos tratando de averiguar qué era lo que había ingerido Marisol. Nunca se imaginaron que, además de aventarse de un edificio, hubiera tomado algo previamente, por lo que no le revisaron el estómago. Al ver que la doctora no atinaba a pensar qué habría tomado, Marisol logró escribir: “Destapacaños”.

–¡Es similar a lo que mi mamá tomó! –logré decirle llorando a la doctora, quien ya se estaba llevando la camilla de mi hermana junto con otro doctor a una sala de exploración, para hacerle un lavado o algo por el estilo.

–Espérenos aquí, por favor.

Me quedé sola en el cuarto, llorando apesadumbrada y sintiéndome culpable por haberle dicho a Marisol cómo había fallecido nuestra mamá. Al parecer, aventarse del edificio había sido, para ella, simplemente, el remate para no sufrir al sentir cómo se quemaba por dentro. La historia de mi madre se repetía ahora en el cuerpo de mi hermana y yo nuevamente cargaba con la mayor pena, pesar y responsabilidad del caso. No era justo.

Sin embargo, no había tiempo para lamentarse ni dejarse vencer. Mejor me cuestioné sobre lo que había tomado Marisol ¿Cómo soportó tantas horas sin ser revisada, sin mostrar síntomas de intoxicación o de quemaduras internas? Aún no lo sé. Quizá fue muy poco lo que logró engullir del líquido fatal, quizá fue un milagro más. Con esa idea trataba de mantenerme fuerte, sintiendo que los milagros en mi vida seguirían sucediendo.

Ernesto, con el amor que supongo le tenía a Marisol, trató de hacer cuanto estaba a su alcance para apoyarla, aunque no por eso dejó de estudiar y trabajar. La visitaba cuando sus obligaciones se lo permitían. A veces coincidíamos en el hospital, pero como era bastante tímido y reservado, no platicamos mucho sobre nuestros sentimientos al respecto. Él regresaba al departamento y yo a casa de mis tíos. Sabía, sin embargo, que, si necesitaba algo, contaría con su apoyo.

La oportunidad se presentó cuando, una semana después, la policía del condado le habló por teléfono. Le pidieron que algún familiar de Marisol fuera al Departamento de Criminología a recoger una bolsa que contenía sus pertenencias, las cuales habían sido encontradas en el último piso del edificio desde donde saltó. Ya habían analizado las evidencias y estado en contacto con el hospital para saber del progreso de mi hermana. Las mantuvieron en custodia para ver si no surgía otro incidente cercano que ligara a mi hermana con el asesinato de alguna persona, o que alguien la hubiera incentivado a hacer lo que hizo. Una vez aclarada la situación, le solicitaron que fuera por dichas pertenencias. Como

no estaban casados, no se las darían a él. Así que me lo comentó y juntos fuimos a recogerlas en su carro.

Tras un par de horas de camino llegamos al lugar citado. Custodiados, pasamos a una sala donde tomaron mis huellas digitales, vieron mi identificación y me hicieron unas preguntas. Me sentía como actriz de un programa televisivo, sin tener aún la certeza del papel que desempeñaba. Podía ser tanto la sospechosa del crimen como el detective a punto de encontrar la evidencia clave que resolvería la trama de la tragedia en cuestión. Entre la culpable y la heroína me estaba fugando de la realidad, cruel y dura, que tenía que ver con los objetos utilizados por mi hermana en su intento de suicidio.

Tras corroborar mi identidad, me entregaron una mochilita con rayas a colores que contenía, además de su identificación y las llaves de su casa, un cuchillo, unas pastillas y el recipiente donde había puesto el líquido fatal. Parece que aquella noche llevaba consigo todo un *kit* suicida para tener opciones con las cuales lograr su objetivo, pero aún no era su hora. Su destino era seguir en este mundo. Estaba llamada a continuar.

Pasaron dos largas semanas, y Marisol seguía hospitalizada. ¿Quién pagaría todos esos gastos? Mi papá y mis hermanos Pablo y Estela hablaban constantemente, pero nadie podía ir, ni hacer frente a una situación económica tan fuerte. Yo, menos. Entonces decidí hablar con los médicos. Ellos, contagiados del carisma y la ternura que inspira mi hermana, me dijeron que de eso no me preocupara, que ya se vería cómo se solventaría esa situación. Lo más importante era que Marisol saliera adelante. Nunca volví a saber del tema.

Su condición física mejoró, pero su condición emocional seguía muy inestable. La pasaron al piso de psiquiatría. Me acordé de las visitas a mi mamá al hospital psiquiátrico, aunque entonces nunca pasé de la sala de visitas. Aquí, en cambio, estaba por en-

trar al infierno escenificado: había enfermos mentales gritando por todos lados. Unos deambulaban pegándole a la máquina de refrescos, a ver si así lograban sacar la tan ansiada bebida gaseosa. Otros hablaban solos, y a otros más les escurría saliva mientras miraban al techo con la cabeza inclinada. Con el puro hecho de estar allí, por más cuerdo que uno esté, uno se siente enfermo a la media hora. No, mi hermana no pertenecía a ese lugar. ¡Había que darle a entender que debía salir pronto de allí! De no ser así, se volvería loca de verdad, pero ella parecía inmune a tanta gente enferma. ¡La que estaba por volverse loca era yo!

Lo que me mantuvo fuerte fue que mis amigos, incluido Lior, iban a verme a menudo o me hablaban por teléfono. Además, tenía el aliciente de hablar con mi adorado esposo todas las noches. Esto gracias a que mi tío Alejandro me proveyó de un teléfono celular para llamarle a José Pablo cuantas veces creyera necesario. Así conté con su apoyo emocional. Todo esto fue fundamental para que sobreviviera en un ambiente tan hostil. Sin el apoyo de mis tíos, mi amado y mis amigos, ¡no sé qué hubiera hecho!

A la tercera semana de angustia, mi hermano pidió unos días en su trabajo para visitar a Marisol y ayudarme un poco. Al llegar, pidió a los doctores que nos permitieran sacarla a pasear un día. Creía que el aire fresco y salir de ese lugar tan patético le caería bien. El doctor, renuente, aceptó. La llevamos a pasear por los monumentos de Lincoln, Jefferson y Washington. Disfrutamos de los parques y dimos una vuelta por la Casa Blanca. El día estaba hermoso, despejado, con un cielo tan azul que brillaba. Nos tomamos muchas fotos. Aparentemente, ella la estaba pasando bien. Sonreía. Al dejarla en el hospital, Pablo y yo nos fuimos muy contentos a casa de nuestros tíos, creyendo que habíamos hecho un buen trabajo al sacarla, que le ayudaría mucho. Supusimos que pronto mejoraría.

¡Cuál no sería nuestra sorpresa cuando al día siguiente nos hablaron del hospital para avisarnos que Marisol había tratado de

suicidarse nuevamente tomando shampoo! ¿Qué pasó? ¿Qué hicimos mal? Al parecer, haberla sacado del hospital fue un esfuerzo sobrehumano para ella. Estuvo aparentando todo el día que se la pasaba bien para tenernos contentos, cuando ella estaba sintiéndose miserable.

—¡No sé qué tiene Marisol en la cabeza! —dijo Pablo al saber la noticia—. ¡Uno hace todo lo posible por sacarla adelante y mira cómo responde!

A mí me dieron ganas de ahorcarlo. ¡Él llevaba apenas dos días allí! ¡Todo el esfuerzo y lo que se había logrado en tres semanas se había ido por la borda y, además, se sentía víctima! ¡La niña no respondía conforme a sus expectativas de respuesta ante tanto apoyo de su parte! Era muy difícil para él comprender que nuestra hermana estaba enferma. En-fer-ma y que sacarla para que le diera el aire y viera el cielo azul, no necesariamente ayudaba a los deprimidos a salir de su estado, cuando éste ya es tan grave como el de Marisol. No, fue imposible que lo entendiera. Todo fue inútil.

Marisol decidió dejar de hablar, de colaborar. Ya no respondía ante nada. Sólo se quedaba mirando el techo. Quería que la dejáramos sola. No quería visitas, ni regalos, ni cartas. Era su manera de evadirse. Ya estaba harta de escuchar consejos y muestras de motivación de los demás. Creo que por más buenas intenciones que tuviéramos, no nos dábamos cuenta de que estábamos siendo insensibles a su estado.

Esa semana fue aún más estresante para mí: no sólo tenía que lidiar con la situación de mi hermana, sino que además tenía que confrontar a mi hermano que parecía no entender lo que significaba una depresión clínica. Pablo se sentía defraudado porque, a sus ojos, nuestra hermana no valoraba el esfuerzo que hacíamos por ayudarla. Para mí era absurdo pensar en una retribución por nuestra ayuda. Tuvimos uno de los enfrentamientos más fuertes que recuerdo.

–Está enferma, gordo –le trataba de explicar–. No podemos recriminarle nada. Más bien, debemos cooperar con los médicos. Estás tomando la situación como un “dar y recibir” y la vida no es así... –de pronto me interrumpió con un grito:

–¡¡¡La vida ES un dar y recibir!!!

–¿Eso significa que un día te vas a cobrar el riñón? –le pregunté ya enojada.

–¡Más hubiera valido dárselo a un desconocido que a ti, por malagradecida!

Me sentí enferma, descontrolada. Parecía que el piso se derrumbaba a mis pies. No daba crédito a lo que estaba oyendo: mi hermano no sólo pensaba que Marisol no valoraba nuestra ayuda y dedicación, sino que, además, yo no era merecedora de su riñón. No le había correspondido como él esperaba. No era lo suficientemente dadivosa, cariñosa, comprensiva o... ¿qué? ¿Cómo tenía que pagarle tal hecho? ¿Qué debía hacer para que entendiera lo agradecida que estaba?

¿Esperaba que le hiciera favores eternamente o que cayera en sus juegos de niño inmaduro? ¿Quería que accediera a todos y cada uno de sus caprichos? ¿Que le guardara en mi casa sus cajas que por el momento no necesitaba, utilizando para su beneficio los espacios que mi esposo y yo necesitábamos para guardar nuestras propias cosas? ¿Que me desviviera por sus novios y aprobara sus andanzas desproporcionadas? ¿O acaso sólo estaba enojado porque no caía yo en sus manipulaciones para prestarle mi coche, cuando no deseaba hacerlo por el mal uso que le daba? ¿Esperaba que resolviera sus asuntos ilegales cuando él irresponsablemente había decidido manejarlos así? ¿Quería que viera por su casa abandonada en Ixtapa porque él no tenía el tiempo de atenderla? ¿Y por qué suponía que yo sí lo tenía?

Además, ¿por qué iba a responsabilizarme yo de sus actos inconclusos o maltrechos? ¡No tenía por qué hacerlo! ¿Acaso con todas o alguna de esas cosas le podía “pagar” el *favor* de haberme

devuelto la vida? No veía por qué mi agradecimiento tendría que ir directamente relacionado con resolverle sus cosas. Pero, evidentemente, no me comprendería, y reconozco que yo tampoco lo comprendía a él. La problemática de mi hermana había tocado otras fibras. Heridas aún frágiles y vulnerables. No contábamos con la energía ni con la madurez suficiente para sanarlas. Además, no era el lugar ni el momento adecuado para hacerlo. Había cosas más importantes que confrontar y todas debían ser en referencia a Marisol.

Algo, sin embargo, me quedaba muy claro: ino deseaba recibir nada más de mi hermano! No sabía qué tipo de manipulación tramaría para cobrarse más tarde sus favores o regalos. No, no estaba dispuesta a eso.

A la semana de infructuosa convivencia y de haber perdido ambos los estribos, él regresó a Cancún. Nuevamente sola, me sentí aún más abatida. Sin apoyo, en un callejón sin salida frente a la enfermedad de mi hermana y herida por la actitud de Pablo. Además, ya había dejado cuatro semanas a mi esposo. Era demasiado. Quería regresar a sus brazos, sentir su amor. En siete meses de matrimonio me había ido todo un mes a Guadalajara a promover mi libro y ahora otro mes por esta situación. Durante mi ausencia había sido su cumpleaños número treinta. No le pude hacer la prometida fiesta con todos sus amigos con bombo y platillo, como lo habíamos planeado. No se merecía esto y, la verdad, yo tampoco.

Estaba dispuesta a regresar a México y seguir con mi vida, pero no tenía la capacidad emocional para dejar a mi hermana en esa situación. Entonces le avisaron a mi tía sobre un curso de energía universal que daría un sacerdote católico mexicano en casa de una de sus amigas. Decían que la energía universal ayudaba a restaurar los canales del cuerpo y, por ende, a sanar. Mi tía Lourdes me animó para tomarlo juntas.

—Vamos, hija —me dijo—, te ayudará a despejarte y quizá encontremos una manera alterna de apoyar a tu hermana. Yo te pago el curso.

Acepté sólo porque lo daba un sacerdote mexicano. De no haber sido así, no sé si me hubiera dado la oportunidad de abrirme a éste, para mí, nuevo concepto de sanación.

Le agradezco al universo y a mi tía el regalo tan grande de esta experiencia. Allí, mi propio destino comenzó a tomar sentido. Fue la puerta hacia un proceso de aprendizaje, de experiencias tanto físicas como emocionales y espirituales que dieron pie al conocimiento de otra perspectiva sobre mi vida y mis circunstancias. Comencé a tomar conciencia de Dios como la fuente de energía creadora. Visualicé cómo nosotros, creados a su imagen y semejanza, somos seres que emanamos de esta misma energía, por lo tanto, somos cocreadores de lo que vivimos. Con este nuevo paradigma, ya no podría tragarme la píldora de “Dios permite que esto suceda”, haciéndome víctima de la situación.

Por el contrario, entendí que no podía responsabilizarlo ni cargarle el peso de los infortunios. Las enfermedades y circunstancias adversas no eran castigos de Dios, sino consecuencia de nuestros actos realizados bajo la influencia del miedo, del sentirnos deslindados de esa energía creadora que es todo amor, toda salud, toda abundancia. Las penas llegan a nosotros cuando nuestra energía las atrae inconscientemente para obtener algún aprendizaje necesario para nuestra evolución.

El curso le dio un nuevo cariz a mi vida, me mostró que por algo había tenido que experimentar la enfermedad y muerte de mi mamá, mi propia amenaza de muerte, la enfermedad de mi hermano y, ahora, la de mi hermana. Ahora estaba dispuesta a obtener el aprendizaje, ayudándome a dejar de ser víctima de las circunstancias y a no achacarle todos mis pesares a Dios. Vi estos males como oportunidades de crecimiento en lugar de castigos inmerecidos.

Los siguientes cuatro días me dediqué a meditar y a poner en orden mis emociones y sentimientos. Así aproveché el tiempo en que no nos dejaron ver a Marisol, dada su crítica situación, para estabilizarme y recargar fuerzas. Ella había decidido terminantemente dejar de hablar. Nuestra visita, más que ayudarla, la estaba perjudicando. Teníamos que esperar a que se recuperara y cooperara para apoyarla desde afuera.

Su estado parecía haberse estancado. Marisol no estaba poniendo de su parte. No quería ver a su psiquiatra, ni a algún orientador, así que una mañana me habló el doctor encargado de la unidad:

—Hemos topado con pared en lo referente a Marisol. No muestra interés por mejorar. Ya no es posible mantenerla en estas instalaciones. Nos vemos obligados a remitirla al hospital psiquiátrico del condado, donde se harán cargo de ella. Venga por favor para ayudarla en el traslado. Una ambulancia las recogerá a mediodía. El trayecto es largo, como de hora y media en carretera. No se preocupe, el costo va por nuestra cuenta.

Tras hablarle a Ernesto para informarle del cambio, me fui al hospital. La encontré igual que la dejé cuatro días antes: viendo al techo, sin articular palabra, pero de alguna forma, mi intuición y mi sentir habían cambiado. Sabía que podía hablar. Intuitivamente supuse que estaba fingiendo. Haciendo mi último esfuerzo por darle a entender las repercusiones que su comportamiento tendría y adónde la mandaban, le expliqué la situación.

No creyó que le estuviera diciendo la verdad respecto de su traslado a un hospital psiquiátrico estatal. Recé un rosario a su lado y le pedí que, si hablaba, lo hiciera con la virgen, acompañándome en mi rezo; que se dejara de juegos, pues éstos sólo la llevarían a un hoyo cada vez más profundo. Nada. No habló. Al terminar el rosario, se metió al baño sin puerta. Mientras yo empacaba sus cosas, de reojo me di cuenta de que se estaba metiendo una bolsa de plástico a la boca con la intención de

ahogarse. Quitándole rápidamente la bolsa de la boca, dije: “¡Esto es el colmo!”

Me sentía impotente en todos los aspectos, pero ahora comprendía que ella estaba tomando las decisiones sobre su destino, y que no estaba en mis manos. Los camilleros fueron a recogerla para llevarla a la ambulancia. No recuerdo haber firmado papeles de salida del hospital, sólo sé que seguí la camilla donde llevaban a mi hermana hasta el vehículo hospitalario, me subí, se cerró la puerta y arrancó. Ernesto nos seguía en su carro.

Marisol se fue todo el camino en la camilla. En las bancas paralelas a ésta iba sentado un enfermero de un lado y yo del otro. Al principio del trayecto repasé todos los instrumentos médicos que la ambulancia traía, preguntándole al camillero para qué servía cada aparato. Ni en los momentos más difíciles de mi enfermedad había utilizado una ambulancia. Mi asombro por el instrumental que cargaba la unidad era como el de una niña frente al ropero de su abuelita. Estaba absorta viendo al derredor cuando sentí la mano de mi nena tratando de tocar la mía. La acaricié.

De la nada, comenzó a hablar:

–Tengo miedo, Luz.

–Lo sé –le dije, sin darle mayor importancia a su ansiado retorno de voz–. Yo también, pero hay que acatar las consecuencias de nuestros actos. Esperemos que aquí te ayuden a salir adelante y que tú pongas de tu parte para que estés el menor tiempo posible.

El resto del trayecto fuimos calladas, aunque yo bien sabía que ella podía hablar perfectamente. No había perdido la voz. Había decidido dejar de hablar de la misma manera que ahora decidía romper su largo silencio de una semana. El viaje de hora y media se me hizo eterno. Llegamos a un lugar a las afueras de cualquier indicio de civilización. Era un hospital grande, rodeado de jardines y plantíos. Dentro de la propiedad, tardamos diez minutos en llegar a las oficinas centrales.

Si el panorama de los enfermos en la sección de psiquiatría del hospital privado era deprimente, éste era aún peor. Sólo esperaba que Marisol recobrar pronto las fuerzas y el ánimo para querer sanar.

Durante el proceso de admisión le hicieron algunas preguntas. Ernesto se quedó maravillado al escucharla hablar y suponer que de la nada había recobrado la voz. Ya ingresada e instalada en su nueva habitación, platicamos con ella sobre su enfermedad, la manera en la que podía cooperar y que lo que ella tenía también lo sufría mucha gente. Había carteles de actores, pintores, artistas de todo tipo con este síndrome bipolar maniaco-depresivo. Nos quedamos con ella hasta que la noche cayó. Era momento de despedirnos.

Dándole la espalda al dolor y a la pena que sentí al dejarla allí sola, tan alejada de todo, regresamos a casa de mis tíos. A mi rostro asomó una sola lágrima. Sólo una. Las demás se me habían agotado.

Al día siguiente partí hacia México. Por fin volvería a mi hogar, a los brazos de mi amor, dejando que el destino tomara su propio curso.

Tal vez fueron los años, la experiencia o el taller que había tomado, pero todo me ayudó a tomar la decisión de escoger mi camino con más calma. Con integridad, decidí buscar mi propia felicidad, sacando lo mejor de las circunstancias. Sabía que el sendero de mi hermana se iluminaría, tarde o temprano, si ella así lo deseaba.

CAPÍTULO 23

A mi regreso tenía muchas cosas que digerir. Confieso que no me fue fácil retomar mi vida. Pronto sería mi cumpleaños veintinueve. Mi mejor regalo era estar apaciblemente disfrutando con mi amado la tranquilidad de nuestro hogar.

También quería aprovechar para aprender más sobre esta técnica de sanación que conocí durante mi estancia en Estados Unidos. Así que le pedí a José Pablo que tomáramos juntos el segundo nivel del curso de energía universal. Así lo hicimos. Los nuevos aprendizajes me ayudaron a manejar las cosas de otra manera y las circunstancias comenzaron a cambiar.

La comunicación con Marisol mejoró paulatinamente durante mis constantes llamadas telefónicas. Al principio, ella sólo se limitaba a contestar a mis preguntas con un simple sí o no. Poco a poco los medicamentos, y supongo que también mis visualizaciones ayudándola a percibirse sana, comenzaron a surtir su efecto.

Un buen día, me dijo:

—Luz, quisiera ver a mi papá.

—Sí, Sol, lo sé. Yo te recomendaría que le hablaras por teléfono. A él le va a dar mucho gusto oírte mejor, saber por tu propia voz cómo te sientes y qué es lo que deseas.

Supongo que le hablé, pues a los dos días mi papá tomó un avión rumbo a Washington. ¡Por fin iba a verla! Desde ese momento, su recuperación se aceleró.

Un domingo que me sentía particularmente desanimada, ella me habló por teléfono. Mi voz delató mi estado de ánimo.

—¿Qué tienes?, ¿qué pasa? —me preguntó.

—Me siento muy triste y desorientada. Ojalá estuvieras aquí —le dije—. Nos haría muy bien a las dos estar juntas. Creo que pronto estarás lista para salir del hospital. ¿No te gustaría venir a pasar unos días a México?

—Sí, supongo que me haría bien.

No me imaginaba que mi deseo se fuera a cumplir tan pronto. Mi papá fue por ella para venirse a pasar una semana como máximo. Casualmente, el departamento contiguo al nuestro acababa de desocuparse y de inmediato le pedimos a la dueña que nos lo rentara por si acaso se quedaba más tiempo.

Este departamento tenía la maravillosa ventaja de tener conexión interna con el nuestro. Así, Marisol estuvo en su propio espacio, sin sentirse una carga para nadie —como se sienten los depresivos—, pero de alguna manera estaba siempre acompañada. Era la situación ideal para todos. Lo que en un principio sería por unos cuantos días, se fue convirtiendo en semanas, las semanas en meses y los meses en años. Con el tiempo y la distancia, la relación con Ernesto se enfrió hasta que terminaron. Marisol lleva varios años en México y, aunque ha tenido sus recaídas, hemos salido avante, con más madurez, dirección y tranquilidad.

CAPÍTULO 24

La presencia de Marisol en casa vino a cambiar mi estado de ánimo. Tanto, que al sentirme más tranquila y libre de presiones y responsabilidades, José Pablo y yo buscamos embarazarnos.

Mi ginecólogo, el papá de Iris, nos había dicho que muy probablemente tardaríamos en concebir, dadas mis circunstancias renales. Así que no le di importancia cuando al mes siguiente de la llegada de Marisol a México, mi periodo se retrasó. “Seguramente fue el estrés por lo de mi hermana”, me decía, pero casi llegando a la tercera semana de retraso, supuse que algo más que la resaca del estrés pasaba en mi cuerpo.

Antes de irnos a cenar a casa de unos amigos, hablé con Aurora para confirmar si iría ella a la cena.

–Si, allá nos vemos, ¿no?

–Me siento un poco extraña, pero sólo me arreglo y nos vamos para allá.

–¿Cómo que extraña?

–Tengo un poco de náuseas y no me ha bajado.

–¿Ya te hiciste la prueba de embarazo?

–No. No lo he considerado necesario. Ha de estar por bajarme y por eso me siento así.

–¡Más vale que nos enteremos! Ahorita mismo paso a la farmacia y en la reunión te haces la prueba, quieras o no.

–¡Ay! ¡Ya me estás emocionando!

Ahora que lo escribo me percató de la casualidad de que fue Aurora quien vivió mi primer cólico y que, gracias a la pastilla que me dio, fui a la fiesta donde conocí a José Pablo. En estos

momentos, nuevamente me ayudaba antes de un acto social, a hacer algo concerniente a mi sistema reproductor, ahora para corroborar un posible embarazo.

Al llegar a casa de nuestros amigos, Aurora me dio la prueba e inmediatamente me metí al baño. Leí atentamente las instrucciones: dos gotas de orina en el tubo de prueba. Si al cabo de un par de minutos se mostraban dos líneas rojas, la prueba sería positiva.

Fueron los dos minutos más largos de toda mi vida. Poco a poco la segunda línea comenzó a matizarse. ¡Sí! ¡Estaba embarazada! No sé qué sientan el resto de las mujeres al saber que su prueba de embarazo es positiva, pero yo... ¡no cabía de la emoción! Me maravilló el simple hecho de imaginar que en mi vientre se estaba formando una criatura que era sangre de mi sangre, cuerpo de mi cuerpo, fruto del amor que José Pablo y yo nos profesábamos. Era tanta mi emoción, que no sabía cómo salir del baño a darle la noticia.

Transcurrió media hora y yo seguía absurdamente encerrada, emocionada, llorando de alegría, buscando las palabras adecuadas para decírselo a José Pablo. Aurora y él fueron a buscarme.

—Luz, ¿estás bien? Llevas mucho tiempo encerrada, ya abre la puerta y dinos qué es lo que pasa —me pidió Aurora.

—Mi amor, ¿estás bien? —me preguntó José Pablo ya preocupado con mi tardanza.

—Ya voy —les repliqué.

Me tardé unos cuantos minutos más. Ya habían regresado a la sala cuando, con los ojos vidriosos y llena de emoción, salí del baño y fui inmediatamente a abrazar a José Pablo. Supongo que mi cara delató el veredicto. La emoción hizo que la velada tomara un matiz diferente, con una alegría especial, pero también surgió la preocupación entre unos cuantos.

—¿No es peligroso que te embaraces? Tomas muchos medicamentos, ¿no? ¿Qué pasará con tu riñón?

Eran preguntas a las cuales no podía responder. Sí, sabía que iba a ser un embarazo de alto riesgo, ya nos lo había comentado mi ginecólogo, a quien estimaba tanto que le decía *papá Jorge*. Él y su esposa, *mamá Carmen*, han sido como mis segundos padres.

—Tendrás que estar durante todo el embarazo con una dieta muy rigurosa: nada de sal, pocos carbohidratos, muchos lácteos y proteína moderada —me había dicho *papá Jorge*—. Estaremos constantemente monitoreando el progreso, encomendándonos a Dios nuestro Señor.

Yo estaba segura de que todo saldría muy bien. Mis meditaciones, el ejercicio moderado, la dieta y la decisión de escoger una energía de amor en lugar de una energía de temor, haría que todo saliera bien. Tenía la confianza de que, pasara lo que pasara, iba a ser lo mejor para José Pablo y para mí. No me importó seguir nuevamente un régimen alimenticio tan riguroso. Lo había hecho varios años durante mi juventud. Nueve meses ahora eran nada comparados con ese periodo. Además, el incentivo merecía cualquier sacrificio.

Día tras día era para mí un milagro de vida. Me sentía plena, realizada, llena de amor. Ya tenía por quién vivir, por quién salir adelante. Comencé a practicar meditaciones en movimiento que me ayudaron a centrarme en el aquí y el ahora. Todo lo nuevo que estaba aprendiendo con las técnicas esotéricas, me ayudó a mantener mi campo energético estable, a llevar un embarazo armonioso, saludable y lleno de satisfacciones. Creo que esos meses han sido los más plenos de mi vida, en los que mejor me he sentido.

Sí, mucha gente se preocupó por mí, dudando de que mi bebé naciera sano debido a los medicamentos que tomaba y no podía suspender. Muchos, incluso, estuvieron en contra de que me embarazara, tomando esto como una irresponsabilidad ante mi vida, la de mi marido y de la criatura que llevaba en mi vientre. Hubo quienes, incluso, me dijeron que me hiciera unas pruebas y que, de salir algo mal, mejor abortara. Eso me dolía mucho. ¿Quiénes

eran ellos para decirme lo que era moralmente correcto o no? ¿Quién se quería tomar el derecho de quitarnos esa felicidad incomparable que es engendrar y ser padres? ¿Por qué se empeñaban en mortificarme y opacar esos días de felicidad? Sus razones muy particulares tenían, pero contrarias a nuestra voluntad y decisión. Así que seguí el llamado de mi alma, de mi corazón e hice oídos sordos ante tanta queja, miedo y reclamo. Dejé que ellos se sumieran en sus propios miedos, mientras yo me abría paso hacia la seguridad y confianza en Dios, mi guía divina que emanaba de esa felicidad nunca antes experimentada. Todo saldría bien. Lo sabía. Desde lo más profundo de mi ser lo sabía... y así fue.

Analuz nació a las treinta y ocho semanas de gestación. Fue una criatura pequeñita, de escasos 47 centímetros y 2.280 kilogramos. Tal como su madre: chiquita, pero fuerte, sana y decidida desde el primer día de su vida.

Durante la cesárea aprovecharon para ligarme, pues el riesgo en un segundo embarazo se incrementaba exponencialmente. La balanza se inclinó hacia la cordura de mantenerme sana para darle a mi hija y a mi esposo la posibilidad de tenerme a su lado por muchos, muchos años más, sin poner nuevamente mi vida en peligro. A veces lamento la decisión. Creo que me dejé llevar por el miedo y lo que los demás suponían que era lo mejor para mí, para nosotros. Otras veces creo que el doctor hizo lo correcto. Lo cierto es que en esos momentos cuando, paradójicamente, la plenitud de mi maternidad salía a flote, me vi coartada con la imposibilidad de engendrar más hijos y de amamantar a mi hija recién nacida. Los medicamentos que tenía que tomar para tener una vida sana, evitaban dar más vida a mis seres queridos. ¡Qué contradicción!, pero esa era la realidad y tenía que aceptarlo.

Analuz es mi angelito, una estrellita, el milagro más grande y hermoso que la vida me ha dado. En el momento en que la sostuve entre mis brazos por primera vez, comprendí profundamente el motivo por el que nueve años antes de su nacimiento me había

salvado: para gozar de la bendición de ser madre. El agradecimiento a mi hermano Pablo era aún más grande: me había brindado la oportunidad de recobrar la salud, de renacer a una nueva vida para así dar yo, a mi vez, vida. Ojalá algún día él llegue a entender que mi gratitud por su generosidad es inmensa y que no encuentro mejor forma de expresarla que viviendo intensamente y dándole lo mejor de mí a mi hija, como legado de la vida que él nos infundió.

El agradecimiento a mi esposo José Pablo, por su amor, su entrega y su compromiso por salir juntos adelante como familia también era inmensurable. Nos convertimos en una familia, por lo pronto, de tres integrantes con miras a aprender y a vivir plenamente lo que el futuro nos deparara.

CAPÍTULO 25

Tras el nacimiento de Analuz, vinieron años económicamente difíciles. José Pablo perdió varias veces su empleo. Con una tía muy querida pusimos un negocio de bienes raíces que tampoco prosperó. Trabajé en una escuela como bibliotecaria, donde no me quedé más de un año, por no tener el certificado correspondiente. En fin, nuestro camino profesional, por una u otra situación, se truncaba. Me era difícil entender qué aprendizaje debíamos tener para salir adelante.

Tomé un curso de numerología. Los números poco a poco tomaron otro sentido. Así entendí que nuestro nacimiento viene marcado con ciertas peculiaridades, de acuerdo con la característica del número que nos rige. Comprendí que mi misión de vida estaba presidida en gran parte por el número nueve, como lo demuestran muchos de los acontecimientos más importantes de mi vida: en el noveno mes nos mudamos a Guadalajara, me trasplantaron, se publicaron mis dos libros, me casé, perdí mis mejores trabajos, me enteré de que estaba embarazada, obtuve mis mayores logros y he tomado las mejores decisiones. El 9 de septiembre de 1989, la voz me dijo: “No he venido a salvar a los sanos, sino a los enfermos”. Nueve meses vivimos juntos José Pablo y yo antes de casarnos. Otros nueve para embarazarnos y casi nueve meses después nació Analuz.

Pero ¿qué significa este número en la vida de alguien?

Es el número de la integridad, la sabiduría y la ayuda al prójimo. Intuí entonces que todo lo que había vivido tenía que ser integrado para comprenderlo desde otra perspectiva y ponerlo al servicio de los demás, pero ¿cómo? No sabía qué hacer.

Una noche tuve un sueño:

Mi amiga Myriad estaba haciendo una escultura. Su maestra la regañaba porque no lo estaba haciendo bien. Yo estaba detrás de la maestra, como a unos cinco pasos. Ella no me podía ver, pues estaba a sus espaldas. Después de ver que le gritaba y le gritaba a mi amiga, sin poder darse a entender bien qué es lo que quería que Myriad hiciera, me entrometí diciendo: “Es que le hace falta aire a la cara”. La maestra volteó y se me quedó viendo. Se acercó a mí y me dijo: “Tú vas a trabajar con cristales”.

No entendí a que se refería, pues no sabía nada de cristales, ni en el sueño, ni en la vida real.

Un año pasó antes de que entrara a trabajar a un Instituto de Psicología, donde tuve la oportunidad de aprender sobre el poder de los sueños, su simbolismo e importancia en la vida diaria. A los nueve meses de mi incorporación, fui a un congreso sobre sueños en Boston. Por fin conocería a Crysta, una mujer de la Asociación de Sueños con quien había entablado una relación laboral muy estrecha mediante internet. Ella presidía el grupo cibernético *Soñadores a Favor de la Paz*, que fundó tras el atentado a las Torres Gemelas de Nueva York, el 11 de septiembre del año anterior. Cuando la vi por primera vez en persona, su cara se me hizo conocida, pero no sabía de dónde.

En uno de los talleres del congreso me acordé del sueño de la escultura de mi amiga Myriad. La cara de la mujer que me había profetizado en el sueño que yo trabajaría con cuarzos me vino a la mente. ¡Era Crysta, mi amiga cibernauta! Me prometí ir a buscarla tan pronto terminara la mesa redonda en la que estaba participando. En cuanto salí de la sesión, me topé con ella. La sincronidad me impresionó. No tuve ni siquiera que buscarla. Allí estaba, frente a mí.

–Crysta, ¿sabes algo acerca de cristales? –le pregunté de golpe.

–Sí, ¿por qué?

–Tengo que hablar contigo.

–Ven, vamos al jardín.

Nos sentamos bajo la sombra de un frondoso árbol y de inmediato le relaté mi sueño, el cual, por alguna razón, pese haber pasado más de un año, recordé casi por completo. Al terminar, ella me dijo:

–Bien, ya has llegado. El primer cristal con el que debes trabajar eres tú misma –como si hubiera estado esperando todo este tiempo a que yo la reconociera para comenzar con mi primera lección–. Tu vida y tus circunstancias las tendrás que ver a través de diferentes caras de un mismo cristal. Al darte cuenta de que cada cosa y situación tiene diferentes puntos de vista y facetas, colores y formas, dependiendo de la cara del cristal con que la veas, comprenderás mejor tu realidad y la de los demás, para ayudarlos.

Y así siguió con su primera lección. Hoy, escribiendo estas líneas, comprendo que la labor de plasmar mi vida sobre papel ha sido una manera de reexperimentarla desde otra perspectiva, gracias a la cual he suplido ciertas carencias y sanado muchos dolores. Ha sido como vislumbrarme desde otra cara del mismo cristal para reparar mis circunstancias de una forma creativa. En ese momento, sin embargo, no le veía sentido y no tenía las energías para tratar de encontrarlo.

Hubo un momento en que me perdí en sus palabras, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo. Sólo trataba de hilar cómo y cuándo había comenzado la integración de mi vida y mi trabajo futuro a través de un sueño y cómo esta mujer me guiaba tan prontamente en el tema.

–Una vez que empieces a conocerte mejor –la oí decir al regresar de mis propios pensamientos–, los cuarzos comenzarán a llegar a tu vida, sin necesidad de pedirlos o buscarlos.

¿Cómo iban a venir los cuarzos a mí? ¿Algo así como: si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma? No tenía sentido. Estaba cansada; sólo quería comer y dormir. Creo que

mi cuerpo me decía “esto es demasiado” y quería evadirse de lo que yo estaba juzgando como incoherencia. No, no iría a la siguiente sesión. Después de la comida, me iría a dormir a mi habitación.

Algo extraño sucedió nuevamente. De pronto todo el cansancio se disipó y decidí ir a un taller donde se hablaría de los sueños y sus concordancias con el chamanismo. Resultó ser sobre el poder de los cuarzos en el mundo onírico. Como parte del trabajo, nos regalaron un cuarzo a cada asistente y se realizó una ceremonia especial para recibir este precioso objeto en nuestra vida. ¡No lo podía creer! ¿Tan rápido había llegado mi primer cuarzo a mi mano? Tal y como Crysta me lo había dicho: ¡sin buscarlo siquiera, la piedra había venido a mí!

De regreso en México recibí una llamada en el instituto, que me abriría más el camino hacia el mundo de los cristales. Lucero, la directora de un nuevo centro de terapias alternativas, llamaba para informarme sobre el curso inaugural de su centro: Masaje Atlante.

A la par de mi trabajo y estudios en el Instituto de Psicología Profunda, estaba tomando un diplomado de masajes en un centro holístico. Así que me llamó mucho la atención enterarme de esta forma sobre un curso al respecto, cuando generalmente hablaban para algo referente a talleres sobre sueños. Nunca había escuchado sobre la técnica Atlante. Por casualidad, al día siguiente entré a la librería donde años atrás había hecho la presentación de mi segundo libro. Allí, justo frente a mí, estaba una obra cuyo título brincó a mis ojos: *Masaje Atlante*, escrito por la terapeuta que daría el taller. Tomé el ejemplar en mis manos, y al ver la contraportada me percaté de que... ¡se hacía con cuarzos!

“¡Este masaje lo tengo que aprender! Llegó a mí por alguna razón. El camino se está abriendo solo, tal como Crysta lo predijo”, me dije con asombro por la sincronía de eventos que llegaban a mí sin buscarlos.

Casualmente, la relación bastante armónica que llevaba con mi jefe, el director del Instituto de Psicología, había comenzado de pronto a deteriorarse. Era momento de renunciar y tomar este taller. Así me dedicaría a dar masajes y trabajar con cristales. Lucero y yo nos hicimos muy buenas amigas y nos ayudamos mutuamente en varias circunstancias. Llegamos la una a la vida de la otra en momentos de especial importancia en nuestro desarrollo.

Pero aún había cosas que sanar de mi propia vida. Cosas que todavía no entendía y que no sabía cómo manejar, a pesar del taller de energía universal que había tomado en Estados Unidos. Me dolía reconocer que entre mi hermano y yo no había una buena relación y que aún no resolvía bien a bien la muerte de mi madre. Me extrañaba también que en mi familia hubiéramos tenido que pasar pruebas de enfermedad, suicidio, alcoholismo, abandono, homosexualidad, etc. Mi cuñada me animó para ir a consultar al doctor Zul, un vidente que, según ella, me ayudaría a encontrar un cauce a mis infortunios. Él fue quien me abrió los ojos del corazón para comprender sobre mi Ser Superior y la inmortalidad del alma.

Para mí, espiritualmente no había otra cosa que no fuera la oración. Siempre me gustó ir a la iglesia, comulgar, rezar el rosario. Incluso durante mi embarazo iba diario a la misa de siete de la mañana. Siento, sin embargo, que con el tiempo mis oraciones se volvieron huecas, sin fervor. Creo que se convirtieron en algo rutinario, sin corazón, sin espíritu. Eran un simple protocolo de buena católica. Fui educada a pensar que con los rezos todo se arreglaría, sin que yo hiciera gran cosa, más que portarme bien y hacer mis oraciones y peticiones... Pero si no se cumplían, ¡gran desilusión! ¿Qué habría pasado? ¿Sería que Dios no me escuchaba, que se quería hacer el sordo? ¿Sería que Dios no era tan bondadoso como dicen? ¿Sería que no me estaba portando lo suficientemente bien como para merecer sus favores? ¿Sería que Dios era un Señor muy quisquilloso y voluntarioso que nos trata bien

cuando quiere y cuando no, no? Eso no me parecía lógico ni digno de un Ser amoroso. Menos digna se me hacía la típica frase que convertía a cualquier feligrés desafortunado en víctima o hasta en mártir al sufrir injustamente una desgracia: “Eso te pasó por voluntad de Dios”.

Entonces el doctor Zul me explicó su punto de vista: “Dios no es un ser que esté allá afuera dictando, juzgando y castigando sin ton ni son a las personas. Dios es el ser espiritual que vive dentro de cada uno de nosotros. Somos creados a su imagen y semejanza, claro, pero malinterpretamos eso como si Dios fuera un Ser con cabeza, cuerpo, manos y pies, con el mismo sistema de razonamiento que nosotros. En realidad es lo opuesto: nosotros somos creados a través de una Energía Divina. Emanamos de ella, por eso somos a Su imagen y semejanza.

”Tú puedes co-crear tu realidad al ponerte en sintonía con tu Ser Superior. Así, los resultados de tus oraciones quizá no sean lo que hayas pedido directamente, pero ten la seguridad de que son los necesarios para tu mejor desarrollo. Dios no castiga, y el hecho de que no cumpla necesariamente tus expectativas, no significa que no te escuche. Esto no puede ser, puesto que tu Ser Superior eres tú, y tú eres ese Ser Superior. No es que éste no te escuche, en todo caso sería que tú no lo escuchas a Él.

”Siempre tenemos abiertas las puertas del aprendizaje, pero si éste va en contra de nuestras expectativas, sufrimos. Sin embargo, si vamos confiando en que lo que pasa sucede por algo y en que sólo en nosotros está sacar el máximo provecho y aprendizaje de la situación, la experiencia nos enriquecerá, aunque a veces sea dolorosa. El dolor es creado, precisamente, por nuestras expectativas.”

Esta explicación se me hizo muy congruente, similar a lo que venía aprendiendo desde hace meses, pero a veces difícil de llevar a cabo. Era tan obvio y coherente, que me dio la confianza para abrirme a la experiencia de una terapia de regresión psicológica y

espiritual. En ésta, el doctor Zul y Estrella, su compañera terapeuta, ayudan al paciente a tratar de borrar del subconsciente las emociones atoradas que hacen daño e impiden ponerse en contacto con el Ser Superior.

Desde la primera sesión algo mágico sucedió.

Primero rememoré algunos sucesos de la infancia. Después visualicé mi nacimiento. Estaba hecha bolita en el piso, como un feto a punto de nacer. En verdad parecía como si estuviera reviviendo mi nacimiento. El doctor Zul se puso frente a mi cabeza, la tomó en sus manos y me pidió que comenzara a empujar. Salí como del vientre materno sin dificultad. Pese al cambio abrupto que implica nacer, me sentí amada y protegida. Pude oler el humor de mi mamá, la percibí dándome su amorosa bienvenida a este mundo. Una luz me deslumbraba. Supongo que estaba visualizando la lámpara del quirófano. Se los hice saber a los terapeutas:

–Hay una luz cerca de mi cabeza, es una luz muy brillante –les dije, como si estuviera relatándoles una película en tiempo real.

–¿De dónde viene esa luz? –me preguntó Estrella.

–En parte es como del quirófano, pero no... viene del Universo... se está transformando en un ángel.

–Pregúntale lo que viene a hacer aquí.

Así lo hice con mi pensamiento. Empecé a llorar como loca y a decir:

–¡No, no, no, por favor!

–¿Qué pasa? –me preguntó Estrella.

–Viene a llevarme.

–Pregúntale por qué te quiere llevar.

–Porque no he aprendido. Dice que no he querido aprender.

Me vino entonces el recuerdo de la universidad cuando, dormida, sentí que el espíritu de una niñita se metía en mi cuerpo para escribir algo, y me había causado tal miedo e impresión que decreté a gritos no querer ser utilizada nunca más de esa forma. ¿Acaso era eso lo que no había querido aprender?

–Pregúntale qué es lo que tienes que aprender.

–A fluir, para ayudarles.

–Dile que no te quieres ir, que cómo les puedes ayudar desde aquí, en la Tierra.

No percibí ninguna respuesta, pero mentalmente visualicé una pluma larga y negra para escribir. Para ese momento, con tanto llanto y angustia, ya estaba acostada boca abajo con mi cara sobre mi brazo izquierdo, sufriendo por mi aparente partida. Sentí una necesidad imperiosa de escribir, al ver la pluma negra en la mente.

–Me está dando una pluma.

–Agárrala.

Estiré el brazo como recibiendo una pluma. El doctor o Estrella –no sé quién– aprovechó mi movimiento para ponerme físicamente una pluma en la mano. Era exactamente del mismo grosor que la que imaginariamente recibía del ángel. Me pusieron hojas de papel bajo la mano. Así, como estaba, con los ojos cerrados, en el piso, boca abajo, comencé a sentir cómo mi mano derecha fluía sobre el papel con una rapidez impresionante. De allí salió este mensaje:

No temas. No hay por qué. Eres Luz y brillas mucho. Sólo sal al mundo y vive. Es Amor. Ya lo tienes. No hay más que Amor. Toma, abre, sana, libera. La cárcel eres tú. La luz está fuera y dentro de ti. Vela, vívela, siéntela, guíate por ella. No temas. Hay algo dentro que vuela en ti. Tómalo y abre la puerta de tu libertad. Se llama AMOR. Localiza tu vida en el cielo que ves, en la flor y en tu ser de amor. Vive. Eres sólo tú quien puede sanar el día.

Toma, vive, siente. Eres fuerte, vive, está en paz. Tuya es la vida siempre. Eres libre. Eres buena, ama, libera, siente amor. Vive Ya, hoy, tu...

Si tienes miedo nunca verás. Es simplemente el espíritu que estarás ocultando en tu ser. Si te dejas llevar por el miedo, nunca saldrás a la luz. Vive hoy con la paz de tu ser que habita en ti siempre. VIVE.

Hay más... toma siempre una pluma y déjala vibrar como ahora. Hay más, mucho más que está por venir, en todo momento y en todo lugar. Estás con Dios. Estás en Amor. Estás viva. Quien muere, quien se va, es el pasado sin luz.

Te necesito Hoy. Te necesito aquí. Te necesito siempre. Has de escribir. Tienes amor, vívelo. Ya murió tu ser sin luz. Tu pasado ya pasó. No sufras más. Vive. Estás en paz. Haz vivir, haz paz.

Libera tu ser de todo el dolor porque en la misma medida en que hagas eso, liberarás el dolor del mundo. No hay tal. Eso no existe. Vive en amor y verás que todo se hace amor. En la vida sólo eso es lo que importa.

Mientras vivas en este plano hay mucho que dar. Tu forma de hacerlo será brindando apoyo a quien te lo pida. No lo ofrezcas. Éste llegará. Calma, paciencia. Estás liberada. El coraje ya pasó.

Guarda esto hasta el momento preciso. Hasta que la luz se abra en tu ser y puedas ver con armonía todo tu entorno. Hay cosas aún que trabajar. Trabajar, no sanar, pues sanada ya estás. Sólo tienes que aprender a pasar de un solo ser y transformar ese espíritu en bien. ¿Cómo? Lo sabrás... Sólo vive y trabaja, Respira y disfruta. Baila. Calla, siente. Todo llegará en su momento. Tienes guías. Están contigo. Ámalos. Estás segura.

Has sufrido porque ésa es la manera de abrirte paso al sentimiento y al dolor humano que necesitas para comunicarte con los demás. No eres salvadora de la Tierra. Eres sólo una mensajera de amor para quienes lo necesiten.

Eres AMOR. No lo olvides nunca. Estate en paz. Ámalos a todos. Calma. Calla. Tu sufrimiento no ha sido en vano. Todos sufren, el chiste es saber el porqué del sufrimiento. Hoy y siempre. El sufrimiento sana, renueva, sumerge, purifica. Si no hay sufrimiento, no hay aprendizaje verdadero y no hay amor venidero.

Toma la fe como tu estandarte y olvida tus penas. Ya pasaron. Ya te liberaron. Ya eres uno. No lo olvides: *el fin es el amor.*

Así comencé con las terapias que después desembocaron en regresiones a vidas pasadas. Cada sesión aterrizaba en lo que, con

el tiempo supe, se llaman *canalizaciones*. ¿Es mi inconsciente? ¿Es mi Ser Superior? ¿Son varios seres? ¿Soy yo en otra dimensión? No lo sé.

Lo que sí sé, es que con ellas encuentro paz y me ubico en otro entorno, pese a las dificultades. Me atreví a entrar en un plano vedado por mi religión, lo que me ha provocado mucho rechazo y exclusiones de grupos católicos. Aun así, he seguido mi camino hacia una nueva percepción, hacia nuevos paradigmas.

CAPÍTULO 26

La relación con mi hermano Pablo prosperó tras una terapia que le dediqué exclusivamente a él. En ésta, el amor y el agradecimiento que le tenía por haberme dado el riñón lo concilié con el resentimiento que sentía por percibir que de alguna u otra forma trataba de cobrarse. Visualicé mi riñón dorado, lleno de luz brillante que le brindaba salud eterna. A la vez, visualicé cómo le mandaba a mi hermano, en forma de billetes y papeles, millones de bendiciones en salud, paz y prosperidad para que siempre viva como él lo desea.

Ahora nos respetamos más como hermanos. Mantenemos una comunicación, sobre todo por correo electrónico, gracias a la cual tratamos de ayudarnos en lo que podemos, con consejos y animándonos tanto en nuestros logros como en las dificultades. Él vive en Estados Unidos y es representante de arte en varias galerías. Se dedica a lo que le gusta y vive como desea, rodeado de mucha gente que aparentemente lo quiere bien.

Mi hermana Marisol tuvo otro intento de suicidio mientras viajaba por Europa en abril de 2003, a los veintinueve años. Lejos de su patria y de su familia, tras medio año de vivir en plenitud viajando, el péndulo de su enfermedad se inclinó nuevamente hacia el lado de la depresión. Debido a la distancia, las cosas eran más frustrantes, pero los sentimientos eran más fáciles de manejar. Mi papá acudía a mí para hablarle por teléfono, hasta que me di cuenta de que estaba siendo yo el eje de comunicación entre mi papá y mi hermana. Nuevamente comenzaba a cargar yo con el peso de la problemática familiar de alto riesgo. Traté de ver la situación

desde otra cara del cristal. Gracias a las terapias de *Constelaciones Familiares* logré hacerle entender a mi papá que esta vez no tomaría la responsabilidad de sacar la situación adelante. Agarré una maceta, que simbolizaba un problema muy pesado, y se la puse en las manos para que la cargara. Le dije:

—Papá, quieras o no, tú eres el capitán de este barco. Esta familia nuevamente está naufragando y es tu responsabilidad, no la mía. Tú sabrás cómo y hacia qué rumbo dirigir la embarcación. Yo estoy dispuesta a hacer mi parte como marinero, como hermana —no como madre— de Marisol. Cuenta conmigo para apoyarla y darle ánimos para salir adelante, pero más ya no. Tú serás quien le hable por teléfono, si así lo deseas, y verás si la traes a México o si dejas que se hunda sola allá. Yo hablaré con ella después de que tú lo hagas, en cada llamada. Es decir, una vez que tú hayas tomado el timón. Estoy en el barco, sí, pero sólo haciendo lo que me corresponde hacer. Espero que lo entiendas.

Marisol regresó a México y con el tiempo y ayuda de todos, en la forma en que nos correspondía, salió adelante. Reconozco que para mí fue un trabajo y un proceso muy duro, sobre todo cuando la vi salir de la depresión. Ese periodo del ciclo bipolar es particularmente difícil para mí, pues rememoro las aparentes recuperaciones de mi madre y la de ella misma hace varios años. Pasada la etapa de euforia, la sensación de ya no ser requerida y de que se olvida del apoyo brindado me hacía sentir miserable, vulnerable y temerosa de que el proceso se repitiera nuevamente. Con la ayuda de mi padre, mi hermano y de mi hermana misma, he sanado esa vulnerabilidad y reconocido que ella toma el rumbo de su propia vida con cautela, con más sabiduría y agradecimiento. Comprendí que no necesariamente se tenía que repetir la historia de mi mamá en ella. Todos sanamos.

A mi papá, con lágrimas en los ojos, admito con orgullo que lo amo con todo el corazón. De alguna forma ha sido la persona más importante en mi vida: me ha enseñado a ser nube en los momentos

de tormenta y sol en los días de cielo azul. Me ha demostrado cómo ser fuerte y tenaz ante mis retos. Me ha guiado con su presencia y su ausencia en el camino hacia la madurez.

Recuerdo con ternura cómo su mano buscó la mía el primer día de clases en la escuela primaria para llevarme a la entrada del colegio. Ese acto fue como un símbolo en el que me dirigía con amor al recinto de la sabiduría, dándome su apoyo y señalándome el camino a seguir. Con los años, cuando esa mano fuerte toma la mía con suavidad, siento una unión muy especial. Ese acto tan simple, tan puro, se ha convertido en un emblema. Aun ahora, como adulta, sigo buscando su mano cada vez que puedo para sentirme protegida, aceptada, dirigida y reconocida por él. Lo quiero, lo quiero tanto!

Ahora que lo veo como abuelo de mi hija, percibo al padre que, si bien estuvo ausente en mi adolescencia, ahora está presente con gran ternura. Percibo al hombre que me encaminó para pagarme sola mis estudios, siendo generoso con mi hija, ayudándonos a hacer un fondo de ahorro para la universidad de Analuz. La vida me ha premiado con la fortuna de tenerlo a mi lado, de disfrutar de su presencia y de su generosidad.

Los tres, Pablo, Marisol y mi papá, a través de mi hija y directamente, me han retribuido todo el amor del que un día sentí carecer. Ellos, como unos duendecitos navideños, llenan a Analuz con regalos de amor, paciencia y dedicación.

Y mi José Pablo... gran hombre de firmes principios, seguro de su amor por mí, me ha acompañado en las buenas y en las malas. Es un estandarte de fidelidad y de seguridad que no se corrompe ni se desvanece ante las adversidades de pareja. Pacientemente espera a que salga de mi capullo, de mi caparazón de ansiedad, para seguir juntos por el camino de la vida.

Hubo una época en la que juntos colaboramos en una asociación católica dando pláticas a parejas de jóvenes a punto de contraer matrimonio. Eso contribuyó enormemente a nuestra estabi-

lidad marital. Desgraciadamente debimos salir de dicho grupo por abrirnos paso en el mundo esotérico y a nuevos paradigmas con la experiencia terapéutica de regresiones a vidas pasadas.

Hubo otra época en la que buscamos la oportunidad de adoptar un bebé. Trabajamos arduamente tomando cursos, sometiéndonos a exámenes psicológicos y económicos para ser aprobados en el proceso requerido para la adopción en México. Todo lo pasamos juntos, con sus altas y sus bajas. Un día, después de una sesión psicológica de cinco horas, decidimos ir al cine para despedirnos. Antes de entrar a la sala, fui al baño. Cuando me senté, oí una voz que me dijo: *¿Qué están buscando? ¿A dónde quieren llegar? ¿Qué les hace falta? ¡No lo hagas ahora! Las repercusiones pueden ser más que las bendiciones si siguen con el proyecto.*

El mensaje fue totalmente inesperado y contrario a nuestras intenciones, pero había sido muy claro y contundente. No podía hacer oídos sordos, aunque la razón me decía que no le hiciera caso a mi intuición; que ya estábamos muy cerca de lograr nuestro objetivo. Tras platicarlo largamente con José Pablo, acepté que era mejor enfocar nuestro esfuerzo en darle a su hija que vive en Canadá lo que se merece como parte de nuestra familia y acordamos dejar el proceso de adopción pendiente. Ya la vida nos guiaría y dictaría lo más conveniente para todos.

CAPÍTULO 27

—¿Cuándo me llevas al cementerio, mami? Quisiera ver dónde está el cuerpo de mi abuelita Lucila —me dijo Analuz un día de primavera de 2005, ya de siete años.

Su abrupta petición me sacó de balance. Ocasionalmente platicamos de su abuela, pero nunca habíamos tocado el tema de su tumba. Quizá le vino la inquietud al sufrir la muerte de Laica, la mascota de mi suegra. Mi hija adoraba a la perrita y sufrió mucho su partida. Cuando se enteró de su fallecimiento, lloró inconsolablemente. Quería ver dónde estaba, así que la llevé al jardín donde la habían enterrado. ¿Sería eso lo que la atrajo a averiguar días después dónde estaba enterrada su abuelita?

Hacía mucho que no iba al panteón a visitar a mi mamá. Creo que la última vez fue antes de partir a nuestra luna de miel. Así que si me lo pedía Analuz, iríamos. Era momento de regresar y simbólicamente presentarle su nieta a mi mamá, como tiempo atrás le había presentado a su yerno.

—Ésta es la tumba, mi amor —le dije al llegar, tras pasar varias callejuelas llenas de criptas—. Además del cuerpo de tu abuelita, aquí están los restos de una tía tuya, de tu bisabuela y tu tatarabuela. Las almas de todas ellas se fueron al cielo y seguramente de sus cuerpos sólo queda polvito. Lo importante es que su recuerdo siga vivo en nuestros corazones.

Nos acercamos a la lápida para que leyera los nombres de sus antepasados que descansaban allí. Barrimos el derredor con unas ramitas que encontramos. Hasta ese momento me acordé de mi antiguo ritual de escoba, cubeta y cerveza que sostuve durante

algunos años. ¡Había olvidado por completo los días que solía ir al cementerio a contarle a mi mamá mis confidencias! Éste era un buen momento para rememorarlos.

–Mamá, aquí te traigo a tu nietecita. Quería venir a saludarte –logré decir con voz entrecortada.

No pude seguir hablando. La garganta se me había cerrado al pensar que, de no haberse suicidado, quizá hubiera podido tomar en brazos a Analuz y disfrutar de ella en vida. Se había negado esa posibilidad... y en ese momento me dolió como nunca antes. Incapaz de continuar con mi presentación, le pregunté a mi hija:

–¿Quieres decirle algo a tu abuelita?

–Sí.

Viendo hacia la inscripción de mármol sobre la tumba dijo:

–Abuelita, sé que desde donde estás en el cielo nos ves. Te mandamos nuestro amor y te pido que nos cuides a todos desde allá. Por favor, permite que mi mami se quede muchos años aquí con nosotros.

La abracé y le dije:

–Hijita, no te preocupes, siempre voy a estar contigo.

Una ráfaga repentina de viento me hizo sentir como si mi mamá estuviera queriendo abrazarnos. Las palabras que acababa de decirle a mi hija resonaban en mi interior. Mi mamá, con el susurro del viento, me las repetía al oído: “Hijita, no te preocupes. Yo siempre estoy contigo”.

“Todo ha terminado”, recordé a mi papá diciendo, años atrás, frente al féretro de mi mami. Sí, ahora sí, todo terminaba. Terminaba el suplicio de verme enfrentando responsabilidades que no me correspondían. Era momento de dejar que cada miembro de la familia llevara las riendas de su vida. Terminaba el miedo a la enfermedad, al dolor y a la muerte. Terminaba la soledad, la carencia afectiva de una pareja o de una familia amorosa y unida. Terminaba la incomprensión y la lucha constante. Terminaba la búsqueda

de un empleo por mera necesidad económica. Terminaban los días de sombra, de oscuridad.

Allí, en el panteón, frente a la tumba de mi madre, experimenté la vida en plenitud. Lo que dieciocho años atrás había sido un momento de pena y dolor, ese día se convertía en un momento de dicha, de verdadera tranquilidad, vislumbrando nuevas oportunidades. En ese instante empezó para mí una nueva aventura de vida. Abrazando a mi hija, decidí abrir la puerta de mi corazón para dejar que la luz de mi Ser Superior entrara e iluminara este nuevo camino.

Un camino armonioso, con las responsabilidades que implica ser esposa y madre; donde sus pormenores pudieran ser matizados con respeto y comprensión, con la confianza de estar forjando una familia unida. Un camino donde, aunque no todo sea color de rosa, tenga la oportunidad de equivocarme y de retomar el rumbo; donde desarrolle un trabajo que me llene como ser humano. Un camino donde pueda ver la salud y la felicidad como fruto del amor, la paz y la prosperidad y donde las adversidades sean tomadas como oportunidades de aprendizaje.

—Ven, mami, vamos a caminar —me dijo Analuz, al tiempo que su manita me jalaba hacia un sendero donde las copas de los árboles dejaban traslucir los rayos del sol.

Había crecido un árbol de florecitas blancas que caían sobre la tumba como un manto iluminado. Así dejamos a mi mami: cubierta de flores que denotaban luz y paz. Así nos retiramos del lugar: con esa luz que sólo la paz puede dar.

EPÍLOGO

El mandato del ser espiritual que se comunicó a través de mis manos era claro y contundente: *Escribe*.

Escribo, pues, este testimonial de mi vida. Escribo lo que me transmiten seres espirituales en las canalizaciones. Escribo sobre terapias alternativas de curación para el cuerpo y el alma. Escribo sobre lo que he estado aprendiendo acerca de la naturaleza de las emociones.

Además de escribir, actualmente me dedico a dar masajes con cuarzos y terapias para ayudar a quienes soliciten mi presencia. Comparto mis experiencias con gente que ha sufrido desde soledad, robos y depresiones, hasta crisis con seres queridos por problemas de alcoholismo, homosexualidad, enfermedades bipolares o terminales, trasplantes de órganos y suicidios.

Escribir... Ayudar... La vida me ha dado la oportunidad de aprender con todas estas circunstancias. Lo mejor que puedo hacer es poner mi experiencia al servicio de quien lo necesite. En cuanto tomé esa decisión, el camino se empezó a iluminar.

Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de
Amaranta Medina Méndez

Se terminó de imprimir en noviembre de 2006

Diseño de portada
Retorno Tassier, S.A. de C.V.
Río Churubusco núm. 353-1
Col. General Anaya
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos
03800, México, D.F.
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos
Baskerville en tamaños
9, 10, 11, 12, 15, 16 y 22 puntos

Editado por
DEMAC